LA NOVELA COMICA

Granada

E. TORRALVA BECI

20 cts.



Caricatura de Unamuno

Astrea

Andrés Piñol

ASTREA

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
Astrea	Pepita Vázquez.
Felisa	Anita Vadillo.
Doña Brígida	Inés González.
Una obrera	Antonia Soto.
David	S. Vazquez.
Don Bonifacio	Tomás Fernández.
Don Zósimo	Antonio Ramos.
Félix	V. González.
Don Oleto	E. Rado.
Don Pascual	E. Torralva.
Don Sebastián	E. García.
Don Segundo	M Rincón.
Pedrón	I Caso.
Juanín	E. Rincón.
Obrero 1.º	S. Solar.
Idem 2.º	(Suprimido en el estreno.)
Un mozo	P. García.
Un obrero	•
Comandante de la fuerza	J. Crûz.

Obreros, señores, guardias civiles, mozos.

La acción, en Villarredil. — Epoca, actual.

AÑO III Madrid, 8 de septiembre de 1918 Núm. 116

E. TORRALVA BECI

ASTREA

Drama en tres actos y en prosa, estrenado en el Teatro Principal, de Santander, el 1.º de mayo de 1907.

ACTO PRIMERO

La escena representa un escritorio amplio. Muebles al efecto, armarios, sillas, etc. Derecha, primer término, puerta que da a las habitaciones de la casa. Segundo término, mesa en que escribe don Zósimo. A continuación, una mampara de cristales, detrás de la cual se supone están las oficinas del principal y la caja. Esta mampara llega hasta la mitad del escenario; aquí forma una escuadra. En el fondo, una gran ventana. Segundo término, izquierda, puerta que comunica con la fábrica. Cuando se abre, deberá oírse el ruido de la maquinaria. Almanaques, carpetas, libros comerciales, etc., completan el cuadro. Por derecha e izquierda se entienden las del actor. En escena, don Zósimo, escribiendo en su mesa. A poco Juanín, con un papel en la mano.

ZOS.—(Escribiendo en los libros.) Pedro Ruiz... a seis reales... seis por seis, treinta y seis; igual a nueve pesetas. Y ya tenemos hecha la nómina de la semana: trescientos sueldos; resumen de jornales, seiscientas ochenta y seis pesetas. ¡Cuidado que se llevan dinero los obreros! ¡Y parece que no, eh? Luego dirán...

JUA.—(Entrando por la puerta de la fábrica.) Buenos días, don Zósimo. Mucho ha madrugado usted hoy.

ZOS.—No hay más remedio, hijo. Tenía que tener preparada la lista de los jornales para las doce, y eso es cosa que lleva tiempo. Ahora he terminado. ¡Me he dado un ratillo!...

JUA.—No hay más remedio que trabajar para ganar el pan que nos dan los amos.

ZOS.—Tienes razón, Juanín. Y eso que yo, con los años y los padecimientos, no valgo dos céntimos ya. ¡Y luego este maldito reuma!... ¿Tú no tienes reuma, Juanín?

JUA.—Eso es para ustedes. Nosotros, los que tenemos necesidad de tener todos los remos sueltos pa trabajar, no podemos gastar esas cosas. Teniendo las piernas agarrotadas, no se pueden cargar los sacos a las espaldas; y no pudiéndose cargar los sacos, no se puede ganar el jornal, que no le dan, y hacen muy bien, por estarse sentado y dando quejidos; y no ganando el jornal, todos los días, no se puede comer todos los días; y...

ZOS.—(Interrumpiéndolo.) ¡Quién pudiera decir otro tanto! Yo, cierto es que no cargo sacos y estoy sentado, pero cuando llueve, tengo reuma; si hace frío, catarro; en el verano, tabardillos, y granos en la primavera. Mayor calamidad no se encuentra.

JUA.—¿Se levantó ya el amo?

ZOS.—No sé. De su cuarto no ha salido todavía.

JUA.—Le traigo aquí, ya que hoy es el día de su santo, una felicitación que le hacemos los obreros de la fábrica. Abajo van las firmas de todos. Usted se la entregará.

ZOS.—Yo se la daré. ¿A ver? (La coge y la lee.) Y, en efecto, todoshan firmado. Juan Ruiz, Pedro Olivas, Antonio Sánchez .. Muy bien, muy bien; seguramente se alegrará muchísimo Pero... no, no la veo .. (Mirando el papel y rumiando nombres) Falta una firma.

JUA.—La de don David: el ingeniero. Ese no quisó firmar.

ZOS.—¿Sí, eh? Bueno es saberlo, bueno es saberlo

JUA.—¿Y usted no obsequia con algo a don Bonifacio hoy?

ZOS.—Yo, bien quisiera, que harto se lo merece. Pero.. ¡soy tan pobre!

JUA.—¡Vamos, don Zósimo, que ya tendrá usted su pacotilla!

ZOS.—¡Qué he de tener yo, hijo mío! Toda la vida he trabajado como un buey, y ahora soy aún más miserable que el día en que nací; porque nací en cueros...; pero ¡no le debía la ropa al sastre!

JUA.—¡Ja, ja! Tiene gracia.

ZOS.—¡Maldita! No hay cosa que no me haya salido torcida, y así he llegado a la vejez, solo en el mundo, pobre, enfermo...

JUA.—Pero el señor le da a usted el pan de su vejez. No tendrá queja.

ZOS.—Gracias a sus bondades, no estoy en el hospital o en el cementerio ¡Que Dios le bendiga!

JUA.—Hay que decirlo. Más bueno no le hay. ¡El dinero que él se gasta en hacer caridades!

ZOS.—¡Dímelo a mí, que llevo la cuenta corriente de todas ellas!

BRIG.—(Que sale por la puerta de la casa) ¡Eso es muy bonito! ¡De charla durante las horas de trabajo! ¿Tú no tienes nada que hacer, Juanín? ¿Y usted tampoco, don Zósimo?

JUA.—Es que... yo había venido a traer una felicitación de todos nosotros para el señor... Luego, empezamos a hablar de sus bondades... y como son tantas, en empezando a hablar de ellas, no acaba uno nunca.

BRIG.—¡Harto bueno es, cuando emplea el dinero en dar de comer a holgazanes, que se están charlando en vez de trabajar, para ganarlo honradamente!

ZOS.—Si no fué más que un momento... ¿Cómo está usted, doña Brígida? ¿Ha pasado bien la noche?

BRIG.—Sí, muy bien. Voy a sentarme aquí un rato, mientras usted trabaja.

JUA.—Bueno, me voy. Usted lo pase bien.

BRIG.—Anda con Dios. (Vase Juanín.)

ZOS.—Y yo, a ultimar las cuentas para cuando venga don Bonifacio.

BRIG.—Ya lo debía usted de tener hecho.

CLE.—(Entrando por la puerta de la fabrica, vestido de etiqueta.) ¿Se puede pasar?

BRIG.—Adelante, don Cleto.

ZOS.—Muy buenos días, señor alcalde. ¿Qué tal está usted?

CLE.—Muy bien. A usted, ya le veo como siempre, amigo don Zósimo. ¿Y usted, inalterable; no es así, doña Brígida?

BRIG.—Así es, amigo mío. Siéntese usted. Bonifacio no tardará en venir.

CLE.—(Sentándose.) Vengo a darle los dias No quería dejar de cumplir ese imperioso deber, y fué el primer pensamiento que ocupó mi mente al abandonar el lecho; por eso, en cuanto ha llegado la hora oportuna, he acudido solícito a cumplir lo que en modo alguno quise demorar.

BRIG.—Muchas gracias (Pausa) Pues Bonifacio le estima mucho a usted.

CLE.—Tengo el inmerecido honor de ser honrado con la amistad de tan digno prócer, y ..

BRIG.—Póngase usted el sombrero, don Cleto.

CLE.—No, si es que...

BRIG.—Póngaselo usted, hombre. Ya sabe que a mí me fastidian las etiquetas.

CLE.—Obedezco galantemente.

BRIG.—Pues, sí; Bonifacio me lo dice muchas veces: «Este don Cleto es un hombre altamente útil para los intereses de Villarredil. Debiera ser alcalde perpetuo».

CLE —Esas deferencias me conmueven profundamente. A ellas sólo puedo dignamente corresponder poniendo mi humilde personalidad, y la de los que siguen mi política, y la de la corporación que tengo el honor de presidir, a la incondicional disposición del grande hombre a quien todos amamos, respetamos y obedecemos. .

BRIG —Mil gracias, don Cleto.

CLE —.., Y obedecemos, sabiendo que, al hacerlo así, servimos con ello los altos intereses del pueblo que se honra en tenerle como el más preclaro y eminente de sus hijos.

BRIG.—¡Vaya, vaya! (Pues quieres que no, me soltó el discursito de ordenanza.) ¿Y qué hace usted ahí embobado, don Zósimo? ¿Ya se le terminó el quehacer?

ZOS.—No, señora. Estaba escuchando a don Cleto, y como es tan elocuentísimo...

BRIG.—Usted se aprovecha de ello para no trabajar. ¡Ea, ea: termine usted eso, para que ayude luego a la doncella a preparar el comedor para el banquete de hoy! (A don Cleto.) Bonifacio debe ya de haberse levantado. Voy a decirle que está usted aquí.

CLE.—Por mí, no...

BRIG.—Además, quiero dar un vistazo por la casa, porque estos criados, en cuanto se les deja solos, no hacen labor.

CLE.—Entonces... Beso a usted la mano, señora.

BRIG.—Servidora de usted Hasta ahora don Cleto. (Vase.)

CLE.—¡Parece que no está hoy de muy buen humor doña Brígida, eh?

ZOS.—Si lo dice usted por lo que me ha dicho a mí, hoy ha estado amabilísima.

CLE.—¿Sí?

ZOS.—¡Si la viera usted otras veces! Sin embargo, no hay que hacer caso de esto. Algo áspera en la corteza, pero con un fondo angelical.

CLE.—En esta casa todo es angelical.

ZOS.—Todo En lo que a mí me suceda no se fije. Mi destino en el mundo no es otro que el de recibir los puntapiés de todo el que eche las piernas por alto.

CLE.—¡Vaya, hombre, vaya!

(Don Sebastián, don Pascual, y don Segundo entran por la izquierda.)

SEB — Buenos días.

CLE —¡Apreciables amigos!

PAS.—¡Nuestro querido alcalde! (Se saludan todos.)

ZOS.—¿Están ustedes bien, señores?

SEB.— Ya veo que nos ha adelantado usted, porque supongo que todos vendremos a lo mismo.

PAS.—Naturalmente: a felicitar a nuestro querido don Bonifacio en su fiesta omonástica.

SEG.—Es un deber que no podíamos dejar de cumplir.

BEB.—Claro que no.

CLE.—Porque don Bonifacio es la representación más preeminente de las fuerzas vivas de todo el distrito.

ZOS.—Eso es.

SEG.—En lo que a mi radio de acción atañe o compete, he de decir que, gracias a él, la instrucción pública está a una envidiable altura en Villarredil El provee de material a la escuela, regala premios, libros... ¡Es un Carlos III!

SEB.—¿Qué es lo que en Villaredil no prospera y se engrandece merced a

él? La iglesia, en él tiene uno de sus más firmes apoyos, y sus donaciones frecuentes y abundantes, son causa no pequeña de que goce una prosperidad esta parroquia, que otras miran con ojos envidiosos, no obstante ser de más importancia. ¡Es un Constantino, queridos feligreses!

PAS.—Por su amor a la enseñanza, es un Carlos III; por su cristianismo ferviente, un don Constantino, y por sus riquezas, un Larios. ¡Qué grande hombre, señores, qué grande hombre!

CLE.—Inmenso. Porque si hemos de concretarnos a lo que a la administración de la cosa pública afecta, ¿qué iniciativa grande, qué acción regeneradora, qué empresa útil, qué disposición beneficiosa, no tienen en él impulso, motor, consejero, guía y apoyo? Es... es un don Antonio Maura y Montaner, mis apreciables correligionarios. Yo, de mí sé decir que...

BON.—(Que ha estado escuchando unos momentos antes, entra con doña Brígida por la derecha.) ¡Basta, señores, basta! Si no me presento a tiempo, acaban ustedes por canonizarme.

TODOS.—¡Don Bonifacio!

BON.—¡Amigos queridísimos! (Saludos.) ¡Cuánto placer me ocasiona el verles por mi humilde morada!

CLE.—¡Venimos a dar a usted los días!

BON.—¡Oh, gracias, gracias infinitas! ¡Me inundan de felicidad estas solicitudes inmerecidas!

SEG.—Señor: en nombre de todos mis discípulos o educandos, que ven en usted .. que ven en usted el protector... sublime, ¡eso es, sublime!, que les concede su protección solícita, benevolente... y... benevolente, yo entrego respetuosamente a usted este humilde y cariñoso obsequio. (Le da un sobre cerrado.)

BON.—¡Niños queridos! Con toda mi alma se lo agradezco, mi buen don Segundo. Esto me conmueve profundamente.

CLE.—Le quieren a usted como a un padre. Así le queremos todos.

SEB.—Con ese amor que saben conquistar los corazones magnánimos, que siembran beneficios con mano pródiga y cosechan bendiciones y afectos.

BON.—Me confunden ustedes con demostraciones que no merezco...

PAS.—Las palabras de nuestro virtuoso párroco son la pura verdad.

CLE.—La fiel expresión de la verdad.

BON.—No lo dudo. Es más: dudarlo sería para mí un sufrimiento. Más que estas riquezas con que Dios se ha dignado favorecerme, estimo este amor que me rodea de todos los míos. A conservarle siempre entero, sin que decrezca nunca, tienden todos mis actos. El amar y ser amado ha llegado a ser una necesidad para mi alma y sin ello no podría vivir.

SEB.—Necesidad ampliamente satisfecha.

BON.—Y con ello se cumple el deseo ferviente de toda mi vida. Vivir en medio de un pueblo numeroso y feliz, y ser como el padre de todos, el padre bueno y bendecido... Pero no hablemos de mí. Ustedes han hecho mal en esperar aquí y no haber pasado adelante. Mi casa es la de ustedes.

CLE.—Agradecemos mucho ..

BON.—Sin cumplidos. Brígida, acompaña a los señores al jardín. Se quedan ustedes a comer. No les suelto ya.

PAS.—Don Bonifacio...

BON.—Nada, nada; no admito excusas. Yo, me quedo arreglando estos asuntos oficinescos con don Zósimo, y seré con ustedes muy en breve.

CLE.—A sus órdenes. (Vanse con doña Brígida.)

BON.—¿Ya tiene usted dispuestos los pagos para el mediodía?

ZOS.—Sí, señor. Todo está dispuesto ya.

BON.—Muy bien. Pues ya lo sabe usted: a las doce, que deje el trabajo esa pobre gente. Esta tarde, quiero que sea de holgorio para todos.

ZOS.—¡Cuánto se regocijarán al saberlo!

BON.—Su regocijo es el mío. ¿Hay algo por ahí?

ZOS.—Nada... ¡Digo, no!; ¡qué cabeza esta! Esto han traído para usted, en nombre de todos los trabajadores de la fábrica. (Le da el pliego que le entregó Juanín.)

BON.—¿Otra felicitación?... ¡Me llegan al alma estas manifestaciones cariñosas de los humildes, de los menesterosos!... Léamela usted, don Zósimo. Los años, que dan mirada de águila a los ojos del espíritu, enturbian estos ojos materiales...

ZOS.—Es preciosa. Oiga usted, don Bonifacio:

> En el día de su santo — damos, con grata ilusión,
> al señor don Bonifacio — esta felicitación.
> Todos le queremos mucho — por su noble corazón
> y que viva muchos años — deseamos con efusión,
> gritando con entusiasmo: — ¡Viva nuestro señor amo
> con mucha satisfacción, — y viva toda su familia
> con salud y con unión!

Y ahora las firmas.

BON.—¡Pobres gentes! ¡Cuánto amor hay en mí para ellos, pero cuánto ellos merecen también! ¿Y todos firman, no?

ZOS.—Todos... menos uno.

BON.—¿Uno? ¿Quién?

ZOS.—Don David.

BON.—Habrá sido un olvido. Eso es, indudablemente, un olvido.

ZOS.—Quizás, pero yo lo dudo.

BON.—No hay que ser malpensado, don Zósimo. ¿Qué quejas puede tener David de mí?

ZOS.—Por eso precisamente: porque quizá sea el que más beneficios le deba a usted. ¡Hay hombres tan ingratos!

BON.—¡Qué idea! Cuando él vino de Bélgica a instalar la maquinaria moderna de mi fábrica, ¿no le prodigué las mayores atenciones? Cuando, estando con nosotros, la casa que le había enviado aquí cerró sus puertas y le dejó en la calle, ¿no le confié la dirección técnica de mi fábrica, para que no se quedara sin pan? ¿Pude hacer más, don Zósimo?

ZOS.—Hizo usted demasiado.

BON.—Nunca se hace demasiado bien. (Pausa.) ¿Ha preparado usted las invitaciones para la comida?

ZOS.—Sí; aquí están.

BON.—Entonces, llame usted una chica para que las lleve. (Se pone a mirar los libros.)

ZOS.—¡Eh, a ver...!, ¡una! (Entra una obrera.)

OBR.—Mande usted.

ZOS.—Hay que llevar todas estas invitaciones a escape. ¡Ea, de prisa!

OBR.—Sosiéguese usted, que ya las llevaré.

ZOS.—Pero pronto.

OBR.—Todo lo que pueda, que no será mucho. Después de haberse pasado seis horas de pie, delante de una máquina y sin parar un momento, no crea usted que están las piernas para hacer maravillas.

ZOS.—Pues la lengua bien suelta la tienes. De vuelta debieras estar ya.

OBR.—No se atosigue y déme lo que hay que llevar.

ZOS.—Ahí va.

OBR.—¡Cuántas son! ¡Anda, hijos, que lo que es hoy, sacáis la tripa de mal año! (Se va.)

FEL.—(Entrando.) Buenos días, papá. Muy felices te los deseo.

BON.—Gracias, hijo mío. ¡Más felices pudieran ser, si no los amargaras tú con tu vida poco edificante!

FEL.—¿Me vas a reñir hoy?

BON.—Y ¿qué adelanto, si de todos mis regaños te ríes? Tu voluntad es la que haces, sin echar de ver cómo todas las personas de bien te censuran.

FEL.—Pero, papá, ¿no se va a aprovechar esta juventud, que no vuelve? Cuando la alegría rebosa por dentro, ¿se la va a ahogar con el dogal del qué dirán de las gentes?

BON.—Y para gozar de la juventud, ¿es necesario encenagarla?

FEL.—¡Papá!

BON.—Desde anteayer no has venido a casa. ¡Ve usted, don Zósimo, ve usted qué depravación!

ZOS.—Esos son los años.

BON.—¿A qué te obstinas en hacer aquello que me ocasiona sufrimiento? No desoigas los sanos consejos que quiero que sigas y practiques. Esa conducta tuya, que no ignoro es indigna de un hombre bien nacido.

FEL.—Mira, mañana me reñirás, si es que te empeñas. Pero hoy es día de alegría y no de sermones.

BON.—Siempre es día de emprender el camino del bien. Además, pronto llegará el día de que te cases, ya lo sabes, y has de empezar a formar en ti el digno marido del ángel humano que el Cielo te ha destinado para esposa.

FEL.—¿De Bonifacia?

BON.—Justo, de tu prima. Es necesario que seas tú el que pongas ese hermoso remate a la obra piadosa que yo inicié.

FEL.—Pero esa boda aún tardará en verificarse.

BON.—Menos de lo que crees. Quiero que cuanto antes se lleve a efecto. Y quiero también que la hagas muy feliz, porque ella lo merece todo.

FEL.—Ciertamente.

BON.—Yo arranqué esa presa del infierno, y anhelo ver coronada mi obra. Su padre, mi desgraciado hermano, la había puesto en el camino de la perdición.

FEL.—Ya te he oído decir que tu hermano César fué...

BON.—¿Por qué no decirlo? Aun doliéndome el corazón, me veo precisado a confesarlo. Fué un malvado. Y murió, ello es la vergüenza de mi vida y el baldón de mi sangre, detrás de los muros infamantes de una cárcel. Al morir él, Bonifacia quedó abandonada a su suerte, sostenida por algunos de los amigotes de César, gentes sin creencias, sin fe, sin respetos a nada ni a nadie, que hubieran deformado su alma hermosa y pura. Yo me apresuré a recogerla, a limpiar toda la mala semilla que se había arrojado en la tierra fértil de su espíritu. La dí mi nombre, porque ¡hasta sin bautizar la tenía aquel desgraciado! Y hoy quiero completar esta empresa, casándola contigo.

FEL.—Ya sabes que estoy dispuesto a hacer lo que ordenes.

BON.—Con ello, aunque esto sea lo menos importante, uniremos dos fortunas considerables, pues ya sabes que ella es muy rica.

FEL.—Por ti lo sé. Vuestro padre desheredó a mi tío César por su conducta depravada. Pero la parte del caudal que a él le correspondía, quedó a favor de su hija, de Bonifacia, para cuando dejara de estar a su lado.

BON.—Así es, en efecto. Ya ves, pues, cómo ese matrimonio ataja dos males: uno, el mayor, que esa criatura se pervirtiera, pues sabido es que la rama sale al tronco; otro, que esa fortuna deje de servir a nuestros honrados negocios industriales.

FEL.—Es verdad. Pero Bonifacia está enferma...

BON.—Por fortuna, no es de peligro su estado. El día pasado me escribió el médico, a cuyos cuidados la encomendamos en nuestra finca del bosque, donde la enviamos a reponerse, que no tardará ya en poder volver aquí. Y entonces...

FEL.—Sí, sí; ya lo sé. Entonces nos casaremos.

FELISA.—(Entrando. Trae un ramo de flores.) ¿Puedo pasar?

BON.—Pasa, hija mía. ¡Qué hermosas flores!

FEL.ª— Para usted son, señor. Las cogí de madrugada, mojadas de rocío, para que fueran la humilde ofrenda que hoy le ofrezco.

BON.—¡Ofrenda inestimable! Con toda mi alma te lo agradezco, Corderita.

FEL.ª— Si no es un presente rico, es sincero. Su valor está en que esas flores simbolizan amor y gratitud.

BON. — ¡Siempre tan humilde y tan buena! Eres una encantadora muchachacha, Felisa.

FEL.—Una palomita sin hiel.

FEL.ª—Yo, señor ..

BON.—Si algún beneficio a tu madre y a ti he podido hacer, queda pagado con esa gratitud que en vosotras despierta... ¡Bella cosa es la gratitud! Vé: brotan de ella flores, como de una primavera. Y es porque, cuando solean las almas sentimientos honrados y puros, la semilla del beneficio, derramada en el surco del sufrimiento, se convierte en frescas flores de ternura... Tenías razón: tu ofrenda es un símbolo.

FEL. — Bien, papá: hoy estás hecho un poeta. Primero, te pones trágico, fulminando anatemas sobre mí, y ahora entonas una trova sentimental a las flores que trae la Corderita... ¡Ja, ja, ja! (Entra Brígida.)

BRIG.—Pero, ¡hombre! ¿Hasta cuándo vas a hacer aguardar a esos señores? ¡Ya se están impacientando en el jardín!... (A Félix.) Ya es hora de que se te vea el pelo, perdido. Luego hablaremos. ¡Ya te ajustaré yo las cuentas!

FEL.—Mamá...

BRIG.—¿Usted terminó ya en los libros, don Zósimo?

ZOS —Sí, señora.

BRIG.—Pues vaya a ayudar a poner la mesa y a limpiar la vajilla fina. (A don Bonifacio.) ¡Anda tú, hombre, que con esa calma que tienes no sé cómo no estás más gordo que el tío Barriga, que no se podía abarcar la tripa con las manos!

BON.—Ya voy, mujer, ya voy.

BRIG. — ¡Jesús, qué trajín y qué aperreo! En todo tiene que estar una. (Vanse Brígida, Bonifacio y Zósimo.)

FEL.ª—¡Qué bueno es tu padre!

FEL.—También soy yo bueno, ¿no es verdad?

FEL.ª — Tú... no sé. Yo no sirvo para juzgar a nadie. A mi bueno me pareciste.

FEL.—¿Te parecí?... ¿Es que no te parezco ya?

FEL.ª—¿Para qué me preguntas nada, Félix? Yo creo que conmigo obraste mal.

FEL.—¡Felisa!

FEL.ª — No te enfades. Yo no he nacido para decir rencores ni para guardar odios. Los odios, los rencores, se deslían en lágrimas y se evaporan en plegarias. Sólo resignarme y llorar sé.

FEL. —¿Nada más?

FEL.ª — Nada más. De aquello sólo quedó tristeza en mí, un recuerdo amargo. Fuiste el primero que me hablaste de amor, y acertaste a despertar el amor de mujer en mí... Te amé por gratitud a ti y a los tuyos. Por gratitud a ti y a los tuyos te entregué...

FEL.—¿Y a qué viene ahora eso?

FEL.ª — Perdóname si no te agrada lo que digo. Pero es un consuelo desplegar los dolores íntimos a los ojos de los... que los pueden comprender.

FEL.— ¿Y por qué esos dolores? Otras muchachas, y no tan bellas como tú, son decidoras, alegres, ríen siempre, llevan el sol adentro y ponerse a su lado es como ponerse al sol. Tú, eternamente dulce, triste, . pareces una dolorosa atravesada por siete espadas. (Riendo.) Haces mal. Ríe y goza, como gozan y ríen las demás.

FEL.ª—Bien sabes que no está en mi.

FEL.—Yo... créeme: te hubiera amado más tiempo si hubieras sido de otro modo. Pero estar junto a ti es como echarse a la sombra de un sauce: inspira pensamientos fúnebres. (Riendo.)

FEL.ª — ¡Que me hubieras amado más tiempo!... ¿Y para qué me amaste aquel instante Félix? Yo, loca de mí, hubo momentos en que soñé que me amarías siempre.

FEL —Siempre... es mucho tiempo.

FEL.ª—Pues eso creí yo. ¡Tantas veces me lo dijiste tú!

FEL.—¿Y por qué crees tú todo lo que te dicen?

FEL.ª — Pero ¿es que lo que se dice no es para que se crea? ¡Ah! Engañar a una criatura confiada y sencilla, es...

FEL.—¿Qué?

FEL.ª—Es ser malo.

FEL.—¿De modo que me insultas?

FEL.ª—No, Félix. ¡Cómo he de insultarte yo? ¿Quién soy yo para insultar. si cada agravio que acudiera a mis labios me recordaría la vida salvada, el hambre aplacada, la miseria socorrida, un beneficio, una limosna?... ¡Ya te lo he dicho: mi destino es resignarme, llorar y agradecer!

FEL.—¡Pobre Corderita! (Entra Astrea.)

AST.—¡Primo!... ¡Felisa!...

FEL.ª—¡Señorita Bonifacia!

FEL.—¡Primita!... Pero ¿qué diablura ha sido ésta?

AST.—Diablura, no. Que ya me cansé de esperar a que me llamarais, y he venido yo. No quería pasar lejos de vosotros el gran día de hoy.

FEL.ª—Muy bien venida, señorita. Me voy.

AST.—Gracias, Felisa. Iré a veros a ti y a tu madre.

FEL.ª— Siempre será usted bien recibida. Adiós. (Vase.)

FEL.—¿Qué me cuentas, mi querida Boni?

AST.—¿Qué he de contarte? Que tenía unos grandes deseos de veros. La impaciencia me consumía, y hoy, tomando unas precauciones extraordinarias, me fugué de la prisión, como un rata. Me rebelé contra la tiranía insufrible del médico, ya no le podía aguantar. ¡Viva la libertad y mueran las prescripciones facultativas! Ese fué mi grito.

FEL.—¿Conque te rebelaste, eh?

AST.—Sí, sí.

FEL.—¡Loca!

AST.—No quería faltar en el día de la fiesta del tiito.

FEL.—Pero ¿estás ya completamente buena?

AST.—Completamente. El médico dice que no, pero yo sé que sí. Allí, en la finca del bosque, en plena naturaleza, a plena libertad, la vida me tocó en la frente y me despertó, sonriéndome, y yo sonreí también ante ella, y nuestras sonrisas se convirtieron en alegría y salud.

FEL.—Siempre poética.

AST.—Siempre. (Se sienta en el sillón de don Zósimo.)

FEL.—Pero ¿no entras?

AST.—No; tengo una idea. Quiero dar a todos una sorpresa. Ya verás: don Zósimo se ha dejado aquí las gafas. Me las calo, me siento en su sitio, y, con mucha gravedad, le lleno los libros de garabatos y monigotes, como si estuviera haciendo un asiento de varios a varios, ¡ja, ja, ja, ja! Que me encuentren así al llegar. ¡Verás qué sorpresa!

ZOSIMO.—(Entrando.) ¡Señorita Bonifacia! ¡Muy bien venida! ¿Qué tal está usted?

AST. — Muy bien, don Zósimo. A usted ya le veo tan bueno. (A Félix.) ¡Qué!, ¿te vas?

FEL.—Sí; no quiero estropearte la combinación. Hasta luego. (Se va.)

AST. — Hasta luego. A ver, las gafas; don Zósimo, hoy le usurpo a usted sus funciones ¿Dónde está el libro de caja? ¡Ea!, vengan, vengan...

ZOS.—Pero... ¿qué locura?...

AST.—¡Ah! .. ¡Un hombre!

DAVID. — (Entrando.) Buenos días. ¿Me hace usted el favor, don Zósimo, de dar el plano de la instalación? Necesito arreglar un desperfecto de la turbina y quiero consultarle.

ZOS. — Le tiene guardado el amo en sus cajones. Voy a pedirle la llave.

DAV.—Esperaré aquí.

AST.—(Esa cara... me recuerda algo lejano.)

DAV.—No... no me engaño... Lo es, seguramente. ¡Astrea!

AST.—¡David!

DAV.—¿Me reconoce usted?

AST.—Sí; es como un recuerdo muy brumoso, que estaba casi borrado ya de mi memoria, y va, poco a poco, reapareciendo...

DAV.—Era allá, en Bélgica...

AST.—Sí, en Bélgica. Yo era muy niña.

DAV.—Justo. Usted era una encantadora niña, vivaracha y alegre. Vivíamos juntos los tres: César, usted y yo.

AST.—Mi padre.

DAV.—¿No le recuerda usted?

AST.—También de un modo algo brumoso.

DAV.—Era un hombre bueno y un bravo compañero. ¡Amigo del alma! Murió...

AST.—¡Oh, no lo diga usted!

DAV.—¿Y por qué no he de decirlo? En la cárcel murió...

AST.—¿A qué evocar ahora esa vergüenza de mi vida, que yo quisiera olvidar?

DAV.—¡Astrea, no blasfeme usted! ¡No escarnezca la memoria de aquel hombre honrado! Ese pensamiento ruin, sólo le pueden haber hecho nacer en su mente estas gentes ruines.

AST.—David...

DAV.—Murió de muerte honrosa. En la cárcel entró con la frente alta; no como un culpable, sino como un mártir. ¿No sabe usted que aún perduran los tribunales de fariseos, que mandan crucificar a Cristo? César también murió en la cruz, con los ojos puestos en el porvenir; cayó por defender la causa de los oprimidos.

AST.—¡Oh!

DAV.—¡Cómo recuerdo el día aquel! Fué en Charleroy. Se había emprendido una campaña a muerte contra los que pensábamos alto. Competían todos los de arriba en inferirnos vejaciones y escarnios. Un día, los esclavos tuvieron un destello de dignidad y se rebelaron contra sus señores. ¡Fué un estallido grandioso, inolvidable! Una ira santa crispaba todos los puños; un coraje viril ardía en todas las miradas; una arrogancia majestuosa levantaba todas las frentes. Vinieron muchas tropas. Estábamos reunidos en un amplio campo, con muchas flores, y cantábamos: «¡Arriba los pobres del mundo!»...

AST.—¡Siga usted!...

DAV.—Se dió la orden de hacer fuego contra nosotros, y los soldados se dispusieron a tirar. César, entonces, al frente de todos, gritó con una voz que ahogó todos los ruidos: «¡Proletarios con uniforme: no tiréis! ¡Ved que será sangre vuestra la que corra de nuestras heridas!» Aquella voz paralizó todos los movimientos. Los soldados se miraron unos a otros...

AST.—¿Y qué?

DAV.—Muchos bajaron las armas y corrieron a nuestro lado, uniendo al nuestro su clamor pidiendo justicia. Pareció que había brillado el instante grandioso del fin de todas las iniquidades. Se fué más adelante de lo que se

pretendía. Una corriente de entusiasmo nos inflamó a todos: nos sentimos arrastrados por un vértigo... Pensamos en hacer la gran revolución.

AST.—¿Y después?

DAV.—Vinieron más soldados y apagaron el incendio a tiros. Los más comprometidos fuimos encarcelados. Entre ellos su padre de usted, César.

AST.—¡Mi padre!

DAV.—Y allí murió. Murió lleno del pensamiento de toda su vida: la redención de los irredimidos. Recordaré siempre sus últimas palabras.

AST.—¿Qué dijo?

DAV.—Dijo: «Luchad mucho, luchad sin desmayo... y decid a Astrea que sea siempre digna de mí».

AST.—¡Pobre padre mio!... ¿Verdad que no era un malvado, como aquí me dicen?

DAV.—¡Qué vil y qué infame será el que diga eso! Repita usted siempre, Astrea, que era cien veces más bueno, más noble, más honrado, que estas gentes mezquinas que jamás tuvieron dentro de sí uno de sus gritos de rebeldía contra lo injusto, uno de sus rayos de odio contra lo inicuo.

AST.—¡Oh!... Hay algo dentro de mí, muy en lo profundo, que se enardece al oírle hablar... Y hay algo, también, que sufre.

DAV.—¿Habrán sido capaces de transformarla en un cadáver, de convertirla en una cosa fría?.. Cuando usted era niña...

AST.—¿Cómo era yo entonces?... Hábleme usted de ello, David...

DAV.—¡Está tan presente en mi memoria! Yo era casi un niño también. Trabajaba con César y vivíamos los tres, usted, él y yo, en una modesta casita de Charleroy. Usted era una preciosa chicuela que nos recibía con besos y risas cuando volvíamos maltrechos de la doble lucha diaria: la lucha por vivir y la lucha por purificar la vida. César la sentaba sobre sus rodillas; la miraba con aquellos ojos suyos serenos y pensativos, en que había rayos y lágrimas, y la prodigaba consejos y enseñanzas. Usted repetía nuestras palabras y aprendía a pensar como nosotros. Recitaba versos en nuestras reuniones, nos acompañaba en nuestra propaganda, y entre todos repartía caricias y besos...

AST.—Sí... Cada vez voy recordando con más precisión.

DAV.—Después del desastre, ya no sé lo que fué de usted.

AST.—Las autoridades me recogieron; fuí entregada al cónsul de España, que averiguó el nombre de mi familia y me envió con mi tío Bonifacio. Diez años hace ya que estoy aquí.

DAN.—¿Entonces, el propietario de esta fábrica, es el hermano de César?

AST.—El mismo. Estaban enemistados.

DAV.—Ya lo sé. Su alma grande no era comprendida aquí. Le quisieron hacer hipócrita, cortarle las alas de águila, y, al no quererse someter, le maldijeron y le desheredaron.

AST.—Cierto. Al morir mis abuelos, dejaron su inmensa fortuna dividida en dos partes. Una para mi tío Bonifacio; otra, la que correspondía a mi padre, para mí, cuando...

DAV.—Cuando volviera usted al redil.

AST.—Ahora, al cumplir la mayor edad, me será entregada mi herencia. Entonces, me casaré con mi primo

DAV.—Y todo queda en casa. Es hábil el juego Y Astrea...

AST.—Ya no me llamo Astrea Mis tíos se horrorizaron al saber que llevaba un nombre pagano, que no había recibido el agua bautismal. Fuí bautizada, y hoy me llamo Bonifacia.

DAV.—¡Ah!

AST.—Mi tío, que es tan bueno...

DAV.—Pero ¿también usted cree en las bondades de ese hombre?

AST.—¿Acaso no es bueno realmente?

DAV.—Es el amo; el amo bondadoso, patriarcal, si se quiere; pero ¡el amo! Se ha formado un feudo y reina en él como único señor; feudo de bondad y de amor, tal vez, pero ¡un feudo! Pretende ser el buen pastor de un rebaño feliz, y eso es lo horrible; que haya un rebaño que reciba los cuidados de un pastor. Y el rebaño estará orondo, lustroso, pastando en campos abundantes... pero ¡es rebaño!

AST.—Pero...

DAV.—Y la justicia no brillará en la Tierra mientras haya rebaños y pastores. ¿No lo cree usted así?

AST.—No sé... Siento hoy como que quiere arder algo, muy en lo íntimo, muy adentro de mí... y que sobre ello hay algo espeso que ahoga la llamarada... Algo tranquilo, dulce, enervante...

DAV.—La paz de la muerte. La han hecho a usted de los suyos, arrancando todas las rojas flores del jardín de su espíritu... ¡vándalos!

AST.—¡Qué se yo!... Sé sólo que tengo mucho que agradecer, que veo un cariño inmenso alrededor de mí, que este amor de los míos es como un calor suave que produce una somnolencia dulce y sosegada... Aquellas ideas de mi niñez son como luces pequeñas que brillan muy lejos... Si todos me dicen que aquello otro era lo infame; si ya estoy resignada a la idea de que, en efecto, aquello era malo... ¿a qué pretende usted eneender lo que se va apagando, resucitar lo que agoniza, arrancar ecos de lo que ha enmudecido ya?... ¡No turbe esta bendita paz que me envuelve hoy, y en la que se ha dormido mi espíritu como en un lecho de plumas!

DAV.—¡Astrea!

AST.—Astrea, no; Bonifacia.

DAV.—¡Bonifacia! (Entra don Zósimo.)

ZOS.—Vuelva usted más tarde por los planos. Me dijo el señor que ya vendría él a dárselos en cuanto terminara.

DAV.—Pues volveré luego, en ese caso. Adiós, Ast... Bonifacia. (Vase.)

ZOS.—Bien, bien, señorita. Y ¿qué la decía el revolucionario ese?

AST.—Me decía que no hay en veinte leguas a la redonda un viejo más imbécil que usted.

ZOS.—¡Vaya, vaya! (Astrea queda pensativa en el fondo. Llega la obrera.)

OBR.—Ya estoy de vuelta. ¿Se ofrece algo más?

ZOS.—Nada más. Ya puedes ahora irte a casa, que esta tarde no se trabaja.

OBR.—No trabajaré aquí; pero lo que es eso de no trabajar, no reza con nosotras.

ZOS.—¿Por qué?

OBR.—Pues porque está toda la casa patas arriba: la ropa, sin lavar; los pingajos, sin coser... ¡Anda, anda! Pues menuda tarde me espera, despellejándome los nudillos contra el suelo y acribillándome los dedos con la aguja, y aterecióndome de frío en el río, que está el agua que hiela las palabras.

ZOS.—Si hicierais las cosas con orden...

OBR.—Sí, que saliendo de casa al trabajo cuando no se ve todavía y volviendo cuando no se ve ya, se puede tener mucho orden... Más ganas lleva el cuerpo de cama que de ajetreo.

ZOS.—¡Pues mira, hija, yo no te puedo remediar!

OBR.—Ni yo se lo pido tampoco. El remedio de los males nuestros, ¿sabe usted cuándo llega?

ZOS.—¿Cuándo?

OBR.—Cuando nos llevan al camposanto. ¡Vaya, adiós! (Vase.)

FEL.—(Entrando.) Primita, ahí vienen todos ya... Pero ¿y la sorpresa que ibas a darles?

AST.—No, ya no.

FEL.—¿Te has puesto mal? ¿Qué tienes?

AST.—Nada. Déjame.

pretendía. Una corriente

ZOS.—¡Hum, hum!

FEL.—Bueno, dejada estás.

(Llegan don Bonifacio, don Sebastián, don Cleto, don Pascual, don Segundo y doña Brígida.)

PAS.—¡Hermoso jardín!

SEB.—¡Y hermoso jerez! Todo es hermoso en esta casa.

CLE.—Empezando por su simpática dueña.

BRIG.—La dueña ya no es más que un vejestorio.

AST.—Y concluyendo por mí. ¿No es verdad, señores?

TOD.—¡Bonifacia! (Sorprendidos.)

BON.—¡Sobrina! Ven que te abrace... ¡Qué arrogante y qué bellísima estás! Pero..., ¿ya completamente curada?

AST.—Completamente.

CLE.—Muy bellísima y muy arrogante.

SEG.—La perla de la casa.

SEB.—Bella y buena; doblemente bella.

PAS.—Buena como su tío.

AST.—¿Como mi tío?

SEB.—Como él, acaso no. Pero muy buena. ¡Un ángel del Altísimo! ¡Designios inexcrutables de la Providencia, que hace a veces que de troncos podridos broten frutos lozanos!

AST.—¡Don Sebastián!

SEG.—Gracias al saludable riego y al inteligente cultivo.

BON.—Tengamos un poco de caridad, queridos amigos, y no ahondemos en heridas mal curadas evocando la memoria de aquel desventurado, por cuya salvación elevamos preces al Todopoderoso.

AST.—¡Tío!...

BON.—Los altos juicios de quien todo lo dispone, han reservado a esta santa criatura la alta misión de lavar todos los errores que él cometió en su poco edificante vida. No te apenes, hija mía: tu misión es grande y santa.

AST.—Mi misión...

BON.—¡Y tú la cumplirás! ¿No es cierto?

AST.—Sea cual sea, yo os juro que una misión he de cumplir.

DAV.—(Que ha oído las últimas palabras de Astrea, entrando.) ¿Puede usted ya darme esos planos, don Zósimo?

BON.—Déjelo usted para mañana, amigo David. Los obreros están saliendo ya del trabajo y esta tarde es día de asueto. Quédese a comer hoy con nosotros.

DAV.—Gracias, no puedo.

BON.—Como guste; no quiero violentarle. Tome, al menos, una copita.

DAV.—Gracias, no bebo.

BON.—¿Tampoco?

CLE.—(Que ha estado a la ventana.) Venga usted, don Bonifacio. Todos los trabajadores, el pueblo entero, está en la plaza, bebiendo del vino que usted les ha mandado servir. ¡Es un cuadro magnífico!

SEB.—¡Qué animación! Ni en días de romería hay tanta.

BON.—Voy a ver.

(Al asomarse don Bonifacio, se oyen aclamaciones y gritos de: ¡Viva don Bonifacio ¡Viva nuestro paño de lágrimas! ¡Viva el amo! ¡Viva!...)

DAV.—(¡Balad, ovejas!) (Yendo hacia la puerta.)

ZOS.—(Deteniéndole.) Oiga usted, don David.

DAV.—¿Qué hay?

ZOS.—Ya sabrá usted que todos los obreros de la fábrica han enviado hoy una felicitación al amo por ser su santo.

DAV.—Lo sé.

ZOS.—En ella han firmado todos... menos usted. Yo creo que habrá sido un olvido.

DAV. — No ha sido un olvido; es que no he querido firmar. ¿Hay algo más?

ZOS.—(Va alzando la voz hasta que los que están a la ventana se enteran de lo que dice, e intervienen cuando lo indica el diálogo.) ¿Y por qué no ha querido firmar usted?

DAV.—Porque yo no tengo amos, y no suscribo adulaciones. ¿Me entiende usted?

ZOS.—Me entero de que no tiene usted sentimientos honrados, que es lo que yo ya me presumía. ¿Es una humillación ese cariño de los pobres obreros al alma buena que les da el pan? ¿Eso es una adulación?

DAV.—Don Zósimo, peca de impertinente su insinuación en estos momentos. Pero sepa usted que yo no agradezco a nadie el pan que gano con el trabajo de mis brazos.

ZOS. — ¡No puedo oír con calma esas desatenciones para un hombre a quien todos debiéramos de hablar de rodillas y con la cabeza descubierta!

SEG.—Eso es.

SEB.—Muy bien.

CLE.—Me adhiero a lo dicho por este fiel servidor.

BON.—No se alteren ustedes; permanezcan tranquilos. No pretendo obligar a usted, David, a que me ame. Yo sólo quiero el bien de usted, como quiero el bien de todos.

DAV. — Gracias, pero mi bien quiero ganarle yo, y no que se me dé. El bien se conquista fieramente, como un derecho; no se recibe con humildad, como una limosna.

PAS.—¡Qué lenguaje!

CLE.—Es subversivo.

SEB.—E impío.

SEG.—E incorrecto.

BON.—No se indignen ustedes, no le agravien... David, ¿por qué es usted así?

DAV.— (Mirando a Astrea.) Cumplo una misión.

BRIG.—La culpa te tienes tú de esto por ser tan bragazas. Cría cuervos...

SEG.—¡Haga usted bien a los ingratos!

BON.—¡A esos! ¡Si esa es mi mayor gloria! ¡En los ingratos hay que derramar el beneficio mayor hasta conquistarlos para el bien!

DAV.—Eso es, conquistarlos. Ved: esos que beben y gritan ahí, en la plaza, son fieles agradecidos... ¡Qué buena gente! ¡Tienen aherrojada el alma con una cadena de bondades! ¡Amad a esos, que no comprenden la inmensa vergüenza de la gratitud permanente hacia los protectores generosos, que dan en limosnas y se cobran en conciencias! (Don Bonifacio oculta el rostro entre las manos, horrorizado.)

SEG.—¡Esto es horrible!

AST.—¡Ah!

SEB.—Es usted un monstruo.

ZOS.—¡Malditos sean los ingratos!

DAV. — ¡No!... ¡Benditos sean los ingratos, porque ellos conquistarán el reino de la vida!

ZOS.—¡Hum, hum!
FEL.—Bueno, dejada estás.

(Llegan don Bonifacio, don Sebastián, don Cleto, don Pascual, don Segundo y doña Brígida.)

PAS.—¡Hermoso jardín!
SEB.—¡Y hermoso jerez! Todo es hermoso en esta casa.
CLE.—Empezando por su simpática dueña.
BRIG.—La dueña ya no es más que un vejestorio.
AST.—Y concluyendo por mí. ¿No es verdad, señores?
TOD.—¡Bonifacia! (Sorprendidos.)
BON.—¡Sobrina! Ven que te abrace... ¡Qué arrogante y qué bellísima estás! Pero..., ¿ya completamente curada?
AST.—Completamente.
CLE.—Muy bellísima y muy arrogante.
SEG.—La perla de la casa.
SEB.—Bella y buena; doblemente bella.
PAS.—Buena como su tío.
AST.—¿Como mi tío?
SEB.—Como él, acaso no. Pero muy buena. ¡Un ángel del Altísimo! ¡Designios inexcrutables de la Providencia, que hace a veces que de troncos podridos broten frutos lozanos!
AST.—¡Don Sebastián!
SEG.—Gracias al saludable riego y al inteligente cultivo.
BON.—Tengamos un poco de caridad, queridos amigos, y no ahondemos en heridas mal curadas evocando la memoria de aquel desventurado, por cuya salvación elevamos preces al Todopoderoso.
AST.—¡Tío!...
BON.—Los altos juicios de quien todo lo dispone, han reservado a esta santa criatura la alta misión de lavar todos los errores que él cometió en su poco edificante vida. No te apenes, hija mía: tu misión es grande y santa.
AST.—Mi misión...
BON.—¡Y tú la cumplirás! ¿No es cierto?
AST.—Sea cual sea, yo os juro que una misión he de cumplir.
DAV.—(Que ha oído las últimas palabras de Astrea, entrando.) ¿Puede usted ya dar me esos planos, don Zósimo?
BON.—Déjelo usted para mañana, amigo David. Los obreros están saliendo ya del trabajo y esta tarde es día de asueto. Quédese a comer hoy con nosotros.
DAV.—Gracias, no puedo.
BON.—Como guste; no quiero violentarle. Tome, al menos, una copita.
DAV.—Gracias, no bebo.
BON.—¿Tampoco?
CLE.—(Que ha estado a la ventana.) Venga usted, don Bonifacio. Todos los trabajadores, el pueblo entero, está en la plaza, bebiendo del vino que usted les ha mandado servir. ¡Es un cuadro magnífico!
SEB.—¡Qué animación! Ni en días de romería hay tanta.
BON.—Voy a ver.

(Al asomarse don Bonifacio, se oyen aclamaciones y gritos de: ¡Viva don Bonifacio ¡Viva nuestro paño de lágrimas! ¡Viva el amo! ¡Viva!...)

DAV.—(¡Balad, ovejas!) (Yendo hacia la puerta.)
ZOS.—(Deteniéndole.) Oiga usted, don David...
DAV.—¿Qué hay?
ZOS.—Ya sabrá usted que todos los obreros de la fábrica han enviado hoy una felicitación al amo por ser su santo.
DAV.—Lo sé.

ZOS.—En ella han firmado todos... menos usted. Yo creo que habrá sido un olvido.

DAV. — No ha sido un olvido; es que no he querido firmar. ¿Hay algo más?

ZOS.—(Va alzando la voz hasta que los que están a la ventana se enteran de lo que dice, e intervienen cuando lo indica el diálogo.) ¿Y por qué no ha querido firmar usted?

DAV.—Porque yo no tengo amos, y no suscribo adulaciones. ¿Me entiende usted?

ZOS.—Me entero de que no tiene usted sentimientos honrados, que es lo que yo ya me presumía. ¿Es una humillación ese cariño de los pobres obreros al alma buena que les da el pan? ¿Eso es una adulación?

DAV.—Don Zósimo, peca de impertinente su insinuación en estos momentos. Pero sepa usted que yo no agradezco a nadie el pan que gano con el trabajo de mis brazos.

ZOS. — ¡No puedo oír con calma esas desatenciones para un hombre a quien todos debiéramos de hablar de rodillas y con la cabeza descubierta!

SEG.—Eso es.

SEB.—Muy bien.

CLE.—Me adhiero a lo dicho por este fiel servidor.

BON.—No se alteren ustedes; permanezcan tranquilos. No pretendo obligar a usted, David, a que me ame. Yo sólo quiero el bien de usted, como quiero el bien de todos.

DAV. — Gracias, pero mi bien quiero ganarle yo, y no que se me dé. El bien se conquista fieramente, como un derecho; no se recibe con humildad, como una limosna.

PAS.—¡Qué lenguaje!

CLE.—Es subversivo.

SEB.—E impío.

SEG.—E incorrecto.

BON.—No se indignen ustedes, no le agravien... David, ¿por qué es usted así?

DAV.— (Mirando a Astrea.) Cumplo una misión.

BRIG.—La culpa te tienes tú de esto por ser tan bragazas. Cría cuervos...

SEG.—¡Haga usted bien a los ingratos!

BON.—¡A esos! ¡Si esa es mi mayor gloria! ¡En los ingratos hay que derramar el beneficio mayor hasta conquistarlos para el bien!

DAV.—Eso es, conquistarlos. Ved: esos que beben y gritan ahí, en la plaza, son fieles agradecidos... ¡Qué buena gente! ¡Tienen aherrojada el alma con una cadena de bondades! ¡Amad a esos, que no comprenden la inmensa vergüenza de la gratitud permanente hacia los protectores generosos, que dan en limosnas y se cobran en conciencias! (Don Bonifacio oculta el rostro entre las manos, horrorizado.)

SEG.—¡Esto es horrible!

AST.—¡Ah!

SEB.—Es usted un monstruo.

ZOS.—¡Malditos sean los ingratos!

DAV. — ¡No!... ¡Benditos sean los ingratos, porque ellos conquistarán el reino de la vida!

ACTO SEGUNDO

Decoración de calle de pueblo. Derecha: puerta de la casa en que habita David, y contigua, la de la en que habita Felisa. Entre una y otra, un banco de piedra. Al fondo, una tapia; al lado, una casa antigua, en la que hay una taberna. Izquierda: algún árbol, casas sin puertas, desembocadura de una calleja. Al empezar el acto, está anocheciendo, y al terminar, es de noche, completamente, ya. En escena, David y Felisa sentados en el banco de piedra.

DAV.—¿Y cómo está su madre, Felisa? ¿Sigue mejor?

FEL.ª—Desgraciadamente, no, señor David. Ahora la he dejado algo dormida, con sueño de fiebre. Pero no tardará en despertar.

DAV.—Es una desgracia.

FEL.ª—Y grande. Pero mucho mayor lo sería sin las bondades de don Bonifacio. Gracias a él podemos aplacar el hambre y comprar medicinas. ¡Ay de nosotras, si no fuera por esa mano compasiva que nos tiende! Pobres, solas...

DAV.—En efecto. Pero oiga usted, Felisa: ¿no cree usted que sería mejor poder vivir, y aplacar el hambre, y adquirir esos medicamentos, sin necesidad de apelar a los beneficios ajenos?

FEL.ª—Quizás. Pero ¿a qué soñar con lo que debiera de ser, cuando lo que es nos hiere de cerca? También hubo un tiempo en que nosotras pudimos vivir con nuestros propios recursos. Entonces éramos ricos.

DAV.—¿Ustedes?

FEL.ª—Fué cuando vivía mi padre. Era comerciante; un día hizo una mala operación y se arruinó por completo. A él le mató la pena. Cayó con tanta violencia en el infortunio, que murió de la caída. Malherida quedó mi madre, que desde entonces está enferma de muerte. Unicamente yo caí en la miseria, en la desventura, como en un lecho de plumas, sin que mi espíritu sufriera la más leve lesión.

DAV.—Esa dulce resignación, que yo abomino y usted me seduce, es una fuerte coraza de que usted, como Diana, está revestida en la lucha contra el dolor de vivir.

FEL.ª—Gracias a don Bonifacio ese dolor ha sido menos cruento. Su mano liberal a todas nuestras necesidades atiende. ¡Si viera usted, David, qué hermoso es también agradecer, agradecer mucho, a un alma buena y santa!

DAV.—Yo veo cien veces más hermoso que cada uno adquiera por derecho eso que un... alma buena y santa le da por lástima. El agradecimiento es algo que ata... ¿No entiende usted que no es justo que un malvado, por el hecho de habernos favorecido, nos prive de poder llamarle malvado cuando cometa una villanía?

FEL.ª—(Después de mirarle fijamente un momento.) David, ¿por qué cultiva usted la negra flor del odio en los corazones? ¿No es más bello cultivar la flor del amor, regada con lágrimas de compasión a la desdicha ajena, soleada con sol de cariño y besada por brisas de paz?

DAV.—Esa es la flor que cultivo yo, Felisa; la que quiero que abra sus pétalos en todas las almas, y que destaquen sus colores brillantes en la negrura de este ambiente egoísta y malo, y que ahogue su fragancia pura la fetidez de este mundo podrido.

FEL.ª—Entonces, marchamos de acuerdo.

DAV.—En cuanto al amor, sí; pero no le entendemos de la misma manera.

FEL.ª—¿No?

DAV.—No. Ese amor suyo, el del esclavo al señor bondadoso que le ama porque no le pega muy fuerte; el del mendigo al limosnero, que le ama porque de lo que sobra a su hartura le da con qué engañar el hambre eterna; ese amor del perro al dueño... no. No es ese el amor que yo quiero que exista.

FEL.ª—¿Cuál, entonces?

DAV.—El verdaderamente fraternal, que no lanza hacia arriba miradas

lacrimosas, sino que mira siempre al frente, con ojos en que brilla alegría y virilidad.

FEL.ª—(Pausa.) Y, a pesar de todo..., usted es bueno, David.

DAV.—Y usted también es buena, Felisa, a pesar de todo.

FEL.ª—Pero se hace daño a sí mismo, al pensar así. Ya ve usted: después de aquella escena violenta en que tantas cosas duras le dijo a don Bonifacio, quedó sin el empleo que tenía en la fábrica.

DAV.—No he muerto de hambre, sin embargo. Se me niegan todos los medios de vida, pero vivo. Puse una escuela, enseño dibujo, hago planos, cultivo la tierra... Aunque se me persigue, vivo. Hago más: lucho.

FEL.ª—¿Lucha usted?

DAV.—Sí. Mire: (Por los tres obreros que salen y se dirigen a casa de David.) Estos me ayudan. Poco a poco voy formando soldados que luchan conmigo. Seremos más, seremos muchos, que lucharemos juntos, sin descanso, hasta desparramar el manso rebaño del buen pastor por las laderas de la montaña, sin que acuda a sus silbidos ni se entregue a sus dádivas.

FEL.ª—(Levantándose.) ¿Qué quiere usted decir?

DAV.—Quiero decir que realizaremos la obra santa y noble de hacer que salga a la superficie el cieno, de hacer que le conmuevan tempestades purificadoras a este lago diáfano y sombrío de bondades y sumisiones. (A los obreros.) Pasad adelante. Ahora subo yo.

FEL.ª—¿Y a eso lo llama usted santo y noble?

DAV.—¡Muy santo y muy noble! Porque en el momento que eso suceda, la humillante gratitud dejará de envilecer las miradas de todos, y brillará en ellas un destello de dignidad y orgullo. Hasta ahora, Felisa. (Entra en su casa).

FEL.—¡Adiós!

(Felisa. Zósimo, que sale de entre los árboles, con una libreta y un lápiz en la mano. Luego, Pedrón y Félix, que salen de la taberna.)

FEL.—Y piensa así, y es bueno... Pero, ¡Dios mío!... ¿De cuántas maneras se puede ser bueno? (Entra en su casa).

ZOS.—Eran Atilano, Blas y Celestino. (Apunta en la libreta). ¡Ah, pájaros! ¡Caísteis en el cepo! Y con éstos, son diez los que voy pescando ya. ¡Diez! Y si yo pudiera meter adentro la nariz, para ver qué diablos guisaban entre todos... (Salen Félix y Pedrón. Este da un bestial cogotazo a don Zósimo). ¡Ay!

PED.—¡Ja, ja, ja! ¡Hola, vejestorio!

ZOS.—¡Qué fuerte da usted, don Pedro!... Señorito Félix...

PED.—¡Anda la orden, don Pedro! Si me vuelves a llamar don Pedro, sí que te doy otra torta, viejo camándulas!

FEL.—¿Y qué hace usted aquí, don Zósimo?

ZOS.—Yo estaba a lo mío; ¡qué a lo mío! A lo de ustedes, a lo de todos, pues que todos en ello tenemos interés. Vigilaba.

PED.—¿Qué vigilabas? ¿A quién?

ZOS.—Al ingeniero ese de todos los diablos. Ya saben ustedes que ni con agua hervida puede echársele del pueblo, que fuera a levantarle a Satanás un plano de los infiernos. ¡Si él tuviera vergüenza!...

FEL.—¿Él? Lo que yo digo es que si la tuvieran otros...

PED.—Otros la tienen, que ya te veo venir, Félix. Sigue tú, viejo.

ZOS.—Lo malo no es que no se vaya. Lo malo es que está haciendo a otros de su camarilla. Y de hombres que antes eran muy decentes, que no les gustó jamás andar en trapisondas, está formando unos alborotapueblos, unos buscarruidos, a semejanza de él.

FEL.—Ya lo sabemos.

ZOS.—Pero lo que ustedes no saben es quiénes son esos descastados que se han pasado al bando del revolucionario ese, dejándose embaucar por sus palabras endiabladas. Eso lo sé yo, porque por saberlo me desvelo y afano.

Por algo estoy en todo, y pruebo así que no hay cosa que me acobarde en tratándose del amo.

FEL.—Bueno; ya sabemos eso. Al asunto.

ZOS.—Pues el asunto es que conozco a otros tres más de los insurrectos, como les llamo yo.

FEL.—¿Otros tres? Y ¿quiénes son?

ZOS.—Blas era el uno. Los otros dos eran Celestino y Atilano.

PED.—¿Esos? Me alegro saberlo. En cuanto les pesque, los machaco. ¡Por mi salud!

ZOS.—Y haría usted muy bien.

FEL.—Pero no lo harás. Si han de vivir todo el tiempo que tú les permitas, ya habrá lugar de que se les caiga el pelo y los dientes, y hasta las uñas.

PED.—Eso...

ZOS.—No, pues como valiente, si que lo es de veras el señor Pedrón. Todos le respetan en Villarredil.

FEL.—¡Valiente! ¡A cualquier cosa lo llaman valiente!

PED.—¡Félix, que me estás faltando!

FEL.—¡Valiente! Con tu permiso me voy a reír un poco.

PED.—¡Félix!

FEL.—Un voceras sí que eres tú, que asustas a cuatro infelices y te metes debajo de la mesa en cuanto se presenta un barbián que chilla gordo y mira de frente y bambolea los brazos. Pico es lo que tú tienes.

PED.—¿Yo?... ¿Pico yo?... ¿A mí, a Pedrón, le dices tú eso?... ¡Ah! Tú eres mi amigo de verdad, Félix. Tú eres pa mí el hombre a quien yo más estimo y a quien le consiento lo que a otro le saldría muy caro... Porque si un hijo de madre, que no fueras tú, me dice a mí eso...

FEL.—¡Qué!

PED.—Que él o yo, el que fuera de los dos el más guapo, estaba ya cenando con Cristo. ¿Pico yo?... ¡Oh! Mírame a los ojos... ¿Ves esto?

FEL.—¿El qué?

PED.—Esto que gotea; pues son lágrimas. Lágrimas de coraje porque haya habido un nacido que a mí me haya ultrajado a la cara y yo no me haya comido a bocaos las asaduras.

FEL.—Oye, Pedrón...

PED.—¡Decirme a mí eso! ¡No lo hubiera creído enjamás! Ahí te convencerás de lo que tú eres pa mí y de lo amigo que de mis amigos soy yo. En veinte leguas en redondo no hay otro hombre que se hubiera atrevido a ello. Y si le hay...

FEL.—Dispénsame, Pedrón. Por amistad te lo dije.

PED.—Y por amistad lo aguanté. Pero...

FEL.—Pero te lo dije con mi cuenta y razón. Porque las cosas se demuestran. Y si no, vamos a ver: ese... tipo de ahí, el tal David, está haciendo lo que le da la gana en el pueblo.

ZOS.—Eso es verdad.

PED.—¡A ver si te callas tú o te ganas un par de sopapos, comadreja!

FEL.—Habla pestes de mi padre.

PED.—Porque no le he oído yo todavía.

FEL.—El solivianta las cabezas de los trabajadores; quiere ponerles de frente a quien les da el pan de cada día, que es mi padre, y les mete en la sesera todas esas monsergas que ha aprendido en el Extranjero, en esas tierras de judíos y protestantes.

PED.—Así dicen.

FEL.—¿Y por qué hace todo ese daño? Porque no ha habido un hombre de redaños todavía, un hombre de corazón, que le salga un día al paso y le diga: «¡Amiguito: o se va usted de aquí o le echo yo!»

PED.—Ese hombre le hay. Pedrón, óyelo bien, no le tiene miedo ni a ése ni a nadie en el mundo.

FEL.—Las cosas se prueban.

PED.—Se probarán. Choca.

FEL.—Choco con todo el alma. Y para que veas que no quiero que haya entre nosotros resquemor ninguno, te regalo mi revólver. Ahí va.

ZOS.—Y si esto ha sido guerra, que nunca haya paz.

PED.—Gracias, Félix.

FEL.—Es un arma de primera. Diez y siete duros costó. Debajo del gatillo tiene grabado el nombre mío.

PED.—Le acepto y le guardaré como reliquia. Basta que venga de ti.

ZOS.—¡Pst!... Gente.

PAS.—(Que llega, con don Cleto.) ¿Qué es eso? ¿Jugando con armas, eh?

FEL.—Bien venidos, señores. (Saludos.)

CLE.—¿Qué nueva trastada traes tú entre manos, buena alhaja?

PED.—Yo... don Cleto...

ZOS.—Es algo que para todos será un bien.

PAS.—Sepamos eso, sepamos eso. Pero ese revólver...

FEL.—Acabo de regalárselo yo.

PAS.—Entonces, la cosa varía. Ni una palabra más. Como si tuvieras licencia de uso de armas, Pedrón.

PED.—Muchas gracias.

PAS.—No hay de qué. Ustedes quizá no sepan por qué hablo yo así.

FEL.—Ignoramos...

PAS.—Claro. Pues pongo en conocimiento de ustedes que he recibido el nombramiento de juez esta mañana. Esto, gracias a las gestiones de su padre de usted, de don Bonifacio, que ha querido obligarme con este nuevo favor.

ZOS.—¡Cuánto me alegro, don Pascual! ¡Mi cordialísima enhorabuena!

FEL.—Y la mía.

PAS.—Gracias, muchas gracias.

FEL.—Ahora, y con mayor motivo, ya que están presentes don Cleto y don Pascual, debemos seguir tratando el asunto que nos ocupaba. Ustedes deben también estar al corriente.

CLE.—Soy todo oídos.

PAS.—Y yo.

FEL.—Ustedes habrán echado de ver ya la perversa labor que ese ingeniero que mi padre tuvo que despedir está haciendo en el pueblo. Es labor de división, de discordia... Esto ha sido siempre un pueblo patriarcal, donde los días se deslizaban serenos como las aguas de un arroyo por la pradera.

CLE.—Y así seguirá mientras sea alcalde yo.

PAS.—Y yo juez.

ZOS.—Todos teníamos una idea única: la de amar, respetar y enaltecer a un hombre santo, fuente inagotable de beneficios y consuelos para todos.

PAS.—A don Bonifacio, ciertamente.

FEL.—Hoy amenaza derrumbarse toda esta tranquilidad y este sosiego. Ha brotado un volcán en medio del valle, y ¡ay de todos. si no nos apresumos a cegar el cráter!

CLE.—Es urgente poner a ese mal un remedio eficaz y decisivo.

PAS.—Sí que hay que pensar en ello.

PED.—Con su permiso... y dispensen que me meta en la conversación... ¿Quieren ustedes dejarlo por mi cuenta?

CLE.—¿Por tu cuenta?

PED.—Sí, señores, por cuenta mía. Ustedes tendrán cabeza pa discurrir otras cosas; pero yo, y esto no es alabancia, tengo unos puños como una bandarria, y un corazón como una catedral. Y aquí, lo que hace falta pa acabar con esta discordia, es eso: corazón y puños. Como éste y como estos.

CLE.—Eso es verdad.

PED.—Con permiso de ustedes... Yo le busco las vueltas a ese buen mozo, y, o sale de naja de Villarredil, o dejo yo de ser quien soy. Y en último caso. .

CLE. - ¡Hombre!

PAS.—Eso es, en último caso... A grandes males, grandes remedios. La vara de la justicia está en mis manos. Pero en este caso, ¡ya ves!, la justicia no puede hacer justicia en ese granuja. Yo la pongo en tus manos, Pedrón. Hazla tú y hazla bien.

PED.—Pero hay que estar en todo, don Pascual. Porque...

FEL.—¿Hace miedo, eh?

PED.—¡Que no me vuelvas a decir eso, porque no respondo de mí! Ya no digo más.

PAS.—Por mí, ya lo sabes, Pedrón; pierde cuidado.

PED.—Muchas gracias. Ya saben que por ustedes ruedo yo, si hay que rodar. Y ahora, me voy, con el permiso de ustedes. (*A Félix:*) *Tú*, ¿te quedas?

FEL.—Ahora, sí; luego iré por allá.

PED.—Pues allá te espero. Véngase usted, don Zósimo.

ZOS.—No, yo no...

PED.—Que se venga a tomar unas copas le digo, hombre.

ZOS.—Si yo no bebo...

PED.—Que te vienes o te llevo a trompazos. ¡Pues no faltaba más! Pago yo.

ZOS. —No se enfade usted, señor Pedrón. Voy. (¡Qué le vamos a hacer!)

PAS.—¡Je, je, je! Este Pedrón...

CLE.—Tiene un fondo de oro, a pesar de ser un tarambana.

FEL.—Yo le quiero mucho. (Salen D. Bonifacio y D. Sebastián.)

BON.—Felices, señores.

CLE.—¡Don Bonifacio!, ¡señor cura! (Saludos.)

PAS.—¿Dando el paseito cotidiano de todos los días, no?

BON.—Eso es. Parece que se conspira, ¿eh?

CLE.—No somos nosotros los que conspiramos. Otros son.

SEB.—Me figuro a quién aluden ustedes.

BON.—A uno nada más: a esa oveja descarriada de David. ¿No es de él de quien hablan?

PAS.—Del mismo.

BON. — Sí; ya sé que sólo él puede conspirar contra esta bendita paz que nos envuelve a todos como en un manto tibio y amoroso; ya sé que trabaja porque el idilio se trueque en epopeya; que quiere ahuyentar a la ventura, exponiéndole a caer en los afilados colmillos del lobo que acecha, el pacífico rebaño que yanta en campos amenos y abundantes... Ya sé todo esto.

SEB.—Lo cierto es que con el ingenierillo ese nos ha salido un grano maligno a todos.

BON.—¡Y qué hemos de hacer, don Sebastián! Hay que tener paciencia en las adversidades.

CLE.—¿Paciencia? ¡Vamos!, y perdone usted el atrevimiento: es usted un alma de Dios que con su paciencia y su resignación cristiana y su ternura de corazón, vería estallar la catástrofe sin tener un arranque para echar a puntapiés al causante de ella.

PAS.—Dice muy bien nuestro digno alcalde.

BON.—No tanto, no tanto, señores... Me duele hacer daño aun a mis propios enemigos, aun a aquellos que pretenden hacérmelo a mí.

CLE.—Ir contra usted, es ir contra el orden, contra la ley, contra la tradición; y los encargados de velar por esas cosas tan santas, nosotros, seríamos traidores a nuestra misión si viéramos con indiferencia los ataques que contra ellas se [illegible].

PAS. y SEB.—¡Bravo!

BON.—Pero...
SEB.—Una débil piedad, una clemencia mal entendida, puede originar males horribles. En ciertos casos, y este es uno de ellos, es sana una inexorable dureza. Dios mismo, que es la suprema bondad, envió las serpientes rabiosas contra los israelitas idólatras.
PAS.—Dice usted muy bien, don Sebastián.
BON.—Pero ¿es que se trama algo contra ese desventurado?
FEL.—Eso ya lo sabrá usted a su tiempo.
CLE.—Hay que exterminar el foco del mal antes de que se convierta en devastadora epidemia.
BON.—No ignoro que hay algunos contagiados ya.
FEL.—Pero hemos tomado nuestras medidas... profilácticas.
BON.—No quiero saberlas. Ustedes, que son mis buenos amigos, harán lo que más conveniente crean. Por el bien de mi querido pueblo; por evitar en él desquiciamientos y luches; porque esta bendita paz y esta serena calma no sea agitada por tempestades violentas... hagan ustedes lo que deban. Son buenos creyentes y hombres honrados... ¡En ustedes confío, amigos del alma! Yo... ¡ay de mí!, yo nada podría hacer. Las fibras de mi corazón se rompen una a una ante el sufrimiento ajeño... Pero (Muy conmovido.), si es la voluntad de Dios que el rayo purifique el ambiente malsano... yo cierro los ojos ante el rayo, aunque, al abrirlos después, caigan de ellos torrentes de lágrimas sobre los estragos del rayo.
CLE.—Hay momentos en que Torquemada se impone a Jesús.
SEB.—Y Jesús también tuvo un látigo para los impíos.
PAS.—A las alimañas que devastan un sembrado, no se las echa de él con súplicas: se las echa a tiros.
BON.—¡Oh!
CLE.—Hay que terminar de una vez.
BON.—Pero ¿no se podía convertirle al bien?
SEB.—Cortándole las uñas antes.
BON.—¡Ah, David! ¡Oveja descarriada! ¡Ingrato, ingrato!... Que la voluntad del Altísimo se cumpla.
SEB.—La voluntad del Altísimo es que seguemos la cizaña y la separemos de los trigales.
BON.—¡Dios mío!
PAS.—Pero esto le conmueve a usted demasiado, y no debe pasar por emociones tan fuertes. Su preciosa salud se altera con estas conmociones peligrosas... Le acompañaremos a usted en su paseo.
BON.—Tendré en ello un placer. ¿Vienes tú, Félix?
FEL.—No; me quedo.
BON.—Como quieras. ¿Vamos, señores? (Vanse.)
FEL.—Ya estará impaciente Pedrón. Voy allá.
FEL.ª—(Saliendo.) ¡Adiós, Félix!
FEL.—¡Hola, Corderita! ¿A dónde vas?
FEL.ª—Salía a respirar el aire puro de afuera, ahora que mi madre ha quedado algo adormecida.
FEL.—¿Cómo sigue tu madre?
FEL.ª—Mal; sufre mucho.
FEL.—Y tú velas, mientras ella sufre.
FEL.ª—Más de un mes hace que no sé lo que es dormir entre sábanas.
FEL.—Ya se te conoce. Te has desmejorado bastante; estás más delgada, más pálida...
FEL.ª—Más fea...
FEL.—No, Corderita. Lo que seduce en ti no es la hermosura de las facciones, de la carne, de la línea... Estés como estés, tu seducción no decrece jamás. Creo que es más grande, cuando estás más abatida.

FEL.ª—¿Mi seducción?

FEL.—Eso inmaterial, de dulzura, de languidez, de... no sé cómo expresarlo. Eso que te hace sonreir en el dolor propio... Pareces una lágrima hecha carne.

FEL.ª—¿Aún hay en mí algo capaz de interesarte?

FEL.—Ya ves que sí. Eres como un crepúsculo otoñal, en que el alma, fatigada, se adueme al pie del árbol de tus amores mientras una brisa tibia besa la frente...

FEL.ª—¡Qué poético estás!

FEL.—Tienes esa personalidad sugestiva, envolvente, tan vigorosamente destacada, de los que prescinden de si mismos.

FEL.ª—(Conmovida.) Félix... ¿por qué me dices eso?...

FEL.—¡Qué sé yo! Ya ves; por decirte algo. La influencia del anochecer ¡Ea! me voy.

AST.—(Saliendo.) ¿Ahora que llego yo? (Deja en el banco un paquetito.)

FEL.—Buenas tardes. mi adorable prima. Me están esperando.

AST.—Pues por mí no te detengas. Anda, vé.

FEL.—Volveré a buscarte.

AST.—Bien; te esperaré en casa de Felisa.

FEL.—¡Qué efecto me producís las dos, así, juntas! Me parecéis el fuego y el agua. (Se va.)

FEL.ª—¡El fuego y el agua!...

AST.—No está mal la comparación, no está mal. Tú eres como el agua, transparente, serena, acariciadora. de un lago tranquilo y melancólico... Vamos a ver a tu madre; la traigo algo que ha de agradarla.

FEL.ª—Bastará su sola presencia para ello. Alegría, y calor, y salud derrama usted por donde pasa.

AST.—¡Como el fuego! ¡Ja, ja, ja! ¡Ea! vamos, hermana Agua.

FEL.—Vamos, hermana Fuego. (Suben las dos.)

DAV.—(Que sale acampaño de Obreros 1.º, 2.º y otro.) Ya lo sabéis; haced lo posible por convencer a esos dos amigos vuestros.

OBR. 1.º—De uno de ellos, te respondo con toda seguridad que vendrá con nosotros. El otro, anda así, así...

DAV.—Tenemos que realizar una labor dura, incesante, penosa... pero no hay más remedio que hacerla. Nos costará sacrificios y sufrimientos, pero no hay sufrimiento ni sacrificio comparable al de vivir siempre con el vientre arrimado a la ancha hogaza del amo, tragándose a pedazos la dignidad, el propio pensamiento, el propio albedrío, mezclados con las abundantes migajas de su mesa. Ese es el mayor sufrimiento y el mayor sacrificio, cuando hemos conseguido desembotar el sentimiento de lo justo.

OBR. 2.º—¡Y todavía no somos más que cuatro! ¡Y él es tan poderoso!...

UN OBR.—Ya le arrancaremos la máscara.

DAV.—Eso es, le arrancaremos la máscara al buen amo. Y aparecerá, despojado del antifaz que a él mismo le engaña, en toda su desnudez odiosa: el señor de vidas, y haciendas, y honras; el acaparador de hombres, el propietario de almas, el poseedor de un capital de dinero y otro de conciencias.

OBR. 2.º—Yo ya me harté de ser oveja, hay que ser lobos.

DAV.—No; hay que ser hombres.

OBR. 1.º—Hombres seremos. Y como hombres lucharemos hasta que una bandera roja ondee alta, muy alta... ¡más alta que las veletas del palacio del señor; más alta que las chimeneas de su fábrica; más alta que la cruz de hierro del campanario de la iglesia! ¡Más!

OBR. 2.º—¡Más! ¡Y libremente ondeará! Basta con quererlo.

OBR. 1.º—Bien, pero vámonos antes de que se haga más de noche.

OBREROS.—Vámonos. Hasta mañana, David.

DAV. — Hasta mañana, amigos míos. (Vanse los obreros.) El lobo se ha

netido en el rebaño; pero clavará su colmillo en los pastores y en los perros
e los pastores.
AST.—(Hablando con alguien que se supone adentro.) ¡Pues no me había
lejado en el banco la cajita? Subo en seguida. (Viendo a David.) ¡David!
DAV.—¡Bonifacia!
AST.—¡Bonifacia!... ¿Por qué no me llama usted Astrea ya?
DAV.—Porque no es usted digna de llamarse Astrea.
AST.—¿Está usted enfadado conmigo, David?
DAV.—No.
AST.—Yo no le quiero a usted mal. Aunque haga usted lo que está hacien-
o, aunque se ponga enfrente de nosotros...
DAV. — ¡De nosotros!... ¿Por qué no dice usted de ellos? ¡Es que usted es
e ellos, de ellos completamente ya! ¡Y aún pretende que la llame Astrea!
AST.—David...
DAV.—Astrea murió. La mataron alevosamente estos asesinos de almas, y
a enterraron en un panteón muy bonito, llamado Bonifacia.
AST.—¡Qué murió Astrea!
DAV.—De aquella flor tan bella que abría sus pétalos al sol y se bañaba
n su luz, han hecho una flor sombría, a la que los rayos solares hacen ce-
rar las hojas y esconder la corola.
AST. — No me hable usted con ese tono de rencor. Créame: sufro... ¡Casi
ne dan ganas de gimotear, de lloriquear, con mañas y mohines de niña, como
uando, en aquellos tiempos, usted o mi padre me reñían por alguna trave-
ura...
DAV.—¡Como en aquellos tiempos!...
AST. — Estando cada uno en nuestro puesto, ¿no podíamos seguir siendo
uenos amigos?
DAV.—Estando en los puestos en que estamos hoy, no.
AST.—¡Así me lo dice usted!
DAV.—Así.
AST.—¿Es que me tiene usted odio, David?
DAV.—¿Odio? Odio, no. Es que también sufro, Ast... Bonifacia; es que
ufro. Me hace usted recordar aquellos tiempos de que usted hablaba ahora,
n los que era usted nuestra alegría, nuestro consuelo, nuestra alentadora; en
ue derramábamos en usted raudales del grande espíritu nuestro, y aquellos
udales de fe, de entusiasmo, encontraban un cauce florido, alegre, lleno de
rmonía y colores, y trinos y risas, en el espíritu infantil de usted.
AST.—¡Oh!
DAV.—Y hoy que veo nuestra obra en ruinas, la flor tronchada, el fuego
pagado, el cauce seco... ¡Ah! Es muy duro esto que pienso para decirlo así
e golpe, Bonifacia.
AST.—Dígalo usted.
DAV.—Me parece que está usted pisoteando las cenizas de su padre...
AST.—¡Oh, no, no!
DAV.—Y arrastrando su gloriosa memoria a los pies de sus mismos ver-
ugos.
AST.—¡Calle usted, David!... Pero ¿por qué me hiere usted tan adentro?
Quién soy yo, pobre de mí, para no quererme dejar reposar en esta dulce
az? ¿A qué levantar el velo que oculta eso vago que hay tan adentro de
ní?... ¿Por qué destruir esta ilusión de que todo aquello acabó?
DAV.—¡Porque eso no debe ser ahogado! ¡Porque debe surgir y arder otra
ez, con llama inextinguible!... Astrea... miento, Bonifacia: ¿no recuerda us-
d el momento en que César, cogiéndola en sus brazos, el día que los sabue-
os de los potentados le llevaron a la prisión, la dijo, besándola en la frente
on los labios mojados de lágrimas: «Astrea, hija mía; sé digna de mí. Toma
ste beso, acaso el último. Mi espíritu de rebelde va en él; no le enfangues

ni le arrojes de ti; guárdale siempre puro, siempre ardiente, en el blanc santuario de tu pecho»... ¿No lo recuerda usted?

AST.—Sí... creo que lo recuerdo.

DAV.—Entonces... Astrea, ¿qué has hecho de la herencia de tu padre?

AST.—No sé... La he perdido en los embates de la vida. Acaso la hay arrastrado una oleada del dolor, cuando soplaba el huracán del infortunio.

DAV.—No; te la han arrebatado del pecho, entre arrullos de sirena, cuan do quedaste adormecida en esa dulzura, en ese halago, de inconsciencia y d cobardía.

AST.—Pero... ¿por qué me habla usted asi?

DAV.—Porque quiero arrancarla del redil.

AST.—¡Déjeme en él, si el redil es la dicha, si el redil es la paz!

DAV.—No lo es: ni la paz ni la dicha. Mientras haya ahí adentro algo qu quema, algo que muerde, algo que grita—y lo hay, Astrea, lo hay—, esa pa y esa dicha son falsas, son mentidas, una ilusión, un sueño.

AST.—Todo aquello murió.

DAV.—No murió: está enterrado sin morir. Enterrado bajo ese aluvión d ruinas, de cosas muertas, de flores marchitas, de hojas secas, de tierras esté riles, de mentiras y de hipocresías y de infamias, que han arrojado encima d ello. Pero ha de resurgir un día, ha de resurgir como un volcán, como u rayo, como un sol...

AST.—¡Oh, David!... ¡Si supiera usted cuánto sufro!...

DAV.—Eso se llama remordimiento de conciencia. Oiga usted otro recuer do de entonces: Un día, seducida por una vecina santurrona, la sorprendi mos a usted, César y yo, rezando...

AST.—Sí; fué en Lieja.

DAV.—César sólo hizo fijar en usted aquella mirada profunda, impávida serena, y usted se arrojó en sus brazos, llorando sin consuelo... ¡y estuvo en ferma tres días! Nada más que ante aquella mirada indefinible.

AST.—¡Aquella mirada!... ¡aquella mirada!... No puedo olvidarla jamás Muchas veces alzo los ojos a lo alto, y la inefable diafanidad de los cielos m parece la mirada de mi padre. ¡Ya ve usted si la tendré presente!

DAV.—Entonces... ¡mira a lo alto, Astrea, mira a lo alto, y sigue por l senda que esa mirada te señala! Sé valiente y digna.

AST.—¡A lo alto!... En lo alto no hay más que sombras ahora.

DAV.—Pues mira dentro de ti, y también en el fondo de tu alma encon trarás aquella mirada diáfana como un cielo sereno.

AST.—Dentro de mí... sólo veo sombras, como en lo alto.

DAV.—Pues esclarezcamos esas sombras, Astrea... ¿No decía usted ante que quería gimotear, como cuando era niña? También yo quiero hablart como entonces te hablaba. Si la niña renace en la mujer, habrá renacid también la ingenuidad y la fe... ¡Astrea, pobrecita niña!

AST.—¡Ah!

DAV.—Ven, pequeñita, capullo de rosa; ven, valiente mujercita...—as eran nuestras palabras de entonces, ¿no es verdad?—Vamos a remover tod la tierra que han amontonado sobre tu pensamiento, y desenterrar todo l grande y bueno que hay dentro de ti. ¡Un esfuerzo no más y la empresa est terminada!

AST.—No puedo... no puedo...

DAV.—Todo se puede cuando se quiere poder. ¡Ea!, una enérgica sacudi da, y brotará como una fulguración aquel espíritu de rebelde que te legó tu padre en su último beso. Vamos, perezosilla...

AST.—Con esa ternura, con ese cariño, me hablabais los dos, cuando vol víais a casa después de la ruda faena. ¡Qué felicidad había en aquello!

DAV.—Parece que veo dentro de ti. ¿Verdad que en esa paz en que te adormeces hay oculta una sutil angustia que te atenaza?... ¡Astrea, Astrea,

lve a la vida, mata a la angustia, respira a pleno pulmón las auras libres, cita de entre los muertos, hija de César!

ST.—No... ¡déjeme usted, David! ¡Ah!... ¡Otra vez la lucha, otra vez el r, otra vez la angustia!... ¡no quiero, no quiero!... ¿por qué ha venido?... d?...

EL.ª—(Saliendo.) ¿Señorita Bonifacia?

ST.—¡Felisa!, ¡amiga querida!... ¡qué a tiempo llegas!... Vamos, va-... ¡Adiós!, David.

AV.—¡Adiós!... Bonifacia (Vanse las dos.)

AV.—¡Ah, malditos! ¡Cómo la habéis cortado las alas!... ¡Pobre Astrea!... ué hermosa es! ¡Y... Pero detente, pensamiento loco; calla, estúpida era!... ¿qué es lo que pretendes, en qué sueñas? ¿Vas a dejar la empresa enzada? No; hay que terminarla, aunque haya que morir en ella. Y si en incón del corazón se enciende un amor que arrastre a la indolencia, que hace dominar sobre todos los demás sentimientos de rebeldía, de reden-, de lucha... se le arranca de golpe, aunque pedazos ensangrentados va- detrás. Primero es el deber. Y el deber es ir arrojando pedazos de cora- para que lo devoren los buitres de la vida.

(Se sienta en el banco, con la cabeza apoyada entre las manos; Sale don Zósimo.)

OS.—(Algo borracho.) Ese tarambana me ha hecho beber más de lo re- r y ahora parece que se me va la cabeza... ¡Vaya por Dios!... Hombre, está el mocito, ecce homo... Y está abstraído, cabizbajo, meditabundo... i me siento con alientos para arremeter yo solo contra él! ¡Cuidado que alor el zumo de la uva!... Pero más vale que lo arreglen quienes a ello n comprometidos. ¡Modera tus ímpetus belicosos, Zósimo, no sea que lo s todo a rodar! Por más que lo probable sería que el que rodaras fueras omo de costumbre. Voy a avisar a Pedrón... (Da un traspiés.) ¡Caramba! le emplear mi influencia con don Cleto para persuadirle a que mande glar el piso... Ahí vienen esos... No sé si son tres o seis. Yo voy a ver oros desde la barrera. (Se mete entre los árboles.)

ED.—(Saliendo. Juanín y un mozo que le acompañan.) Ahí está; mirarle.

JA.—Parece que le duele la cabeza. ¡Pues no le hemos roto el bautismo vía!

OZO.—Ya se le romperemos. Lo que es de esta, no te escapas, mocito.

ED.—Vamos a hacer las cosas como deben hacerse, no sea que lo vaya- a echar a perder. Tú, Juanín, pasas ahora y le tropiezas, o le pisas, o ha- o que te parezca, así, como al descuido; la cuestión es armar camorra él. No tengas miedo: aquí estoy yo guardándote las espaldas y pa respon- a todo lo que pueda venir...

JA.—Estando tú a mi vera, no me achica a mí ni un regimiento. Voy allá.

ED.—(Al mozo.) Tú, aquí achantao, conmigo.

(Juanín pasa junto a David y le pisa; al no hacerle éste caso, vuelve a pasar y hace que tropieza, cayendo sobre él. David se levanta y va hacia su casa.)

JA.—¿Le hace a usted daño el relente de la noche? (David le mira un mo- to y sigue andando.) Pues ya pasó la hora de aselarse las gallinas.

OZO.—(No acude al trapo.)

AV.—¿Qué busca usted, Juanín?

JA.—Oiga usted: eso de Juanín es un mote que me han puesto y que paso por que me lo llamen mis amigos. Pero no aguanto que me lo diga usted, entera? Mi nombre es Juan.

AV.—Cuando trabajaba en la fábrica le he llamado así muchas veces y ca se ofendió. Dispénseme usted. Vaya, buenas noches.

JA.—No es mala la ración de miedo que lleva usted encima. Pues cuan- anto se escama, no debe andar muy limpio.

AV.—Joven: me retiro porque creo que debo hacerlo ya. Si fuera mi vo- ad permanecer aquí, ni usted, ni los que le azuzan a usted, me obligarían

a dar un paso atrás de mi sitio. Siga usted su camino, y oiga un consejo amistoso: no pase jamás por la humillante indignidad de servir de perro que azn cen otros contra el caminante pacífico que va a su destino. Le repito las buenas noches.

JUA.—¿Buenas? ¡Malas han de ser para ti, vive Cristo! ¿Que yo soy perro ¿Que me azuzan a mí? Ni a mi padre le paso yo eso. O te tragas esas palabras, o te las hago yo tragar envueltas en sangre, ¡voto a Dios!

MOZO.—(Bien trabaja Juanín.)

PED.—(Vale mucho el mozo ése. Ya sé yo a quién echo por delante.)

DAV.—¡Desgraciado! ¿A qué haces eso? ¿Qué daño te he hecho yo a t para que te pongas enfrente de mí? ¿No ves que te engañan? ¿Que no es a t ni a los tuyos a quien estorbo, sino a los que viven del sudor, de la sangre de la vida, de los tuyos y de ti? ¿De los que, después de estrujarte en la prensa del trabajo, todavía te arrojan a que midas tus puños con tu hermano mismo? Retírate, amigo; piensa por ti mismo, y esa acometividad resérvala par cuando llegue el momento de pedir cuentas estrechas al verdero enemigo; a que después de aprovecharse de tus brazos para acrecentar su tesoro, todaví quiere utilizar tus puños para satisfacer sus venganzas. Déjame el paso.

JUA.—Ahora, menos. Que no pasas, digo.

DAV.—Por última vez, déjame el paso.

JUA.—Por última vez, no.

PED.—(Ahora me llega a mí la vez.) ¿Qué voces son esas? ¿Por qué cuestionas con ése, Juanín?

JUA.—Porque me ha faltado.

PED.—¿Que te ha faltado? Pero diga usted, buen amigo, ¿usted quién se ¿Usted se cree que este es un pueblo de gallinas, donde puede venir un cual quiera y faltar al que se le antoje porque sí? ¿Se ha creído usted que aquí n hay hombres, o qué?

DAV.—A eso he venido precisamente yo: a que los que no lo son, lo sean

PED.—Para eso no hace falta que venga ningún charlatán de fuera. Aqu hay hombres tan hombres como usted y más que usted. Y eso, en el terren se prueba. Aquí hay uno..(Dándose un puñetazo en el pecho.) Vamos a ve si lo eres tú.

DAV.—Por última vez les ruego que desistan del propósito que les h traído aquí. Por última vez, digo, porque yo no respondo de poder contenerme más tiempo.

PED.—¿Y todo eso es lo hombre que eres tú? Si lo fueras se habían acabado ya las palabras y habían empezado a hablar éstas. (Las manos.)

DAV.—Porque lo soy, porque estoy haciendo esfuerzos sobrehumanc para no dejar de serlo, las manos no han hablado todavía. ¡Ea!, déjeme pasa

JUA.—Que no, hombre, que no te najas.

DAV.—¡Paso he dicho, vive Dios! (Coge a Juanín y le arroja a distancia

JUA.—¡Ay, ay, ay!

PED.—Esto se acabó. Ahora soy yo el que me pongo delante. A ver si pasas, guapo mozo, ¡ea!

DAV.—Pasaré por encima de ti, si no te apartas... (El otro mozo le asest un golpe por detrás, que David esquiva a tiempo, dándole un fuerte puñetazo que le hace caer en tierra.) ¿Qué haces, traidor?

MOZO.—¡Ay!

DAV.—¡Ah, miserable! (A Pedrón.) Y ahora a ti, ya que en ello te en peñas.

(Luchan un momento. Pedrón se desase y dispara.)

PED.—Toma, valiente.

DAV.—Has errado el golpe, canalla... ¡Suelta ese arma!... ¡Suelta, villano!... ¡Ah, ya la soltaste!... (Los otros dos huyen al verle armado.) Tropa d cobardes... ¿Queríais asesinarme a mansalva? ¿No sabéis que un hombre hoi

que sigue con firmeza una senda recta vale mil veces más que cien ber-
es?... ¿Por qué huís, desgraciados?... (Soltando a Pedrón.) Anda, vé, si-
os también tú. Ya sé quién eres. Vé tranquilo y aprende con esto que yo
ién sé pegar, que también tengo puños, que también soy guapo. Vues-
dientes de perros domésticos no son tan duros como los dientes de león
hombre libre que no muerde cuando se lo manda un señor, sino cuando
xige un ideal.

(Llegan don Cleto, don Pascual, don Zósimo, un alguacil y vecinos, atraídos por e ruido del disparo.)

LE.—¿Qué ha sido esto?
AS.—¿Quién ha disparado?
OS.—¡Ése ha sido, ése!
LE.—Todavía tiene el arma en la mano.
AS.—¡Dése usted preso!
AV.—Esos hombres que huían me atacaron. Este arma es de ellos.
OS.—¡Mentira! El fué quien les atacó a ellos y quien disparó. Yo lo he
o todo.
AS.—Eso es lo más probable.
AV.—(A don Zósimo.) Calle usted. Usted, que ni para morder de frente
e, es sólo un gozquecillo que ladra desde sitio seguro... Yo les afirmo
miente. Esto ha sido una vil asechanza que se me tendió. Me querían
sinar y me defendí. La verdad es esta.
AS.—Eso es preciso probarlo, y me parece que le será algo difícil. Por lo
nto, a la cárcel.
AV.—¿A la cárcel? ¿Yo, que soy la víctima, he de ir a la cárcel?
AS.—Habla usted demasiado. Soy el juez, y por segunda vez le ordeno
se dé preso.
AV.—Preso me doy. Ahí va ese arma, que no es mía. Si usted es juez
rado, justicia hará.
AS.—Descuida, que justicia cumplida haré. Alguacil, vaya usted por una
rda y átele las manos al reo. (El alguacil va por la cuerda a la taberna.)
AV.—¿Atarme? ¿Para qué, si yo no me opongo ni hago resistencia?
AS.—¡Déjese usted atar, o me veré obligado a ordenar que le aten por
rza, incoándole, además, otro proceso por desacato!
AV.—Bien está. Si me dejara arrastrar por el impulso de mi ira, entre
os no seríais capaces de ponerme una ligadura. Pero no quiero daros
texto para que os ensañéis en mí. Ateme usted; he aquí mis manos. (Se
ata el alguacil.)
LE.—¡Ya era tiempo de que usted cayera en nuestras manos! Ahora le
varemos a su puesto, al puesto de todos esos aventureros sin freno ni ley,
e vienen a convertir en infiernos los paraísos.
AV.—¿Qué dice usted?
PAS.—Dice muy bien.
ZOS.—Sí, señor; muy bien.
PAS.—Pero ya le pondremos en situación de no hacer más daño.
DAV.—Es natural. Pero no saben ustedes que, aunque me encarcelen,
nque ahoguen mi voz con la misma muerte, no podrán evitar ya que la
milla arrojada se haga flor, que la lumbre encendida se haga incendio.
CLE.—¡Calla, aventurero! ¡Ahora te limaremos los colmillos, lobo!
DAV.—Pero tened cuidado, porque el lobo deja lobatos.
PAS.—¡A la cárcel!
ZÓS.—¡A que se pudra allí!
DAV.—¡Ja, ja, ja! Bien ladráis. Os estáis haciendo dignos de que el amo
compre un collar nuevo y os aumente la ración. ¡Bravo! ¡Sois de buena
za!
CLE.—¡Canalla!

ZOS.—¡Sinvergüenza! (Llega don Bonifacio.)
BON.—¿Qué sucede? ¿Qué gritos son estos?
ZOS.—¡Albricias, don Bonifacio! Que ha caído el ratón en la ratonera
CLE.—Que cayó el pez en la red.
PAS.—Que cayó el lobo en la trampa.
DAV.—Que se me ha tendido un lazo alevoso y que he caído en él. ¿No l sabía usted? ¿Se hace usted de nuevas?
BON.—Pero ¿qué nuevo delito ha cometido ese desventurado, que ve sus manos atadas? Decídmelo, señores.
PAS.—Atacar a gente pacífica que pasaba por la calle, disparando su re vólver contra ella.
DAV.—Juez digno de quien te paga, ¿para qué afirmas lo que no sabes?
PAS.—¡Silencio!
BON.—¡Desgraciado! David, hijo mío, ¿a qué te obstinas en seguir cami nos tan desviados del de la virtud? Ya ves: contra mí va tu obra, y yo no t recrimino, no te odio. Eres causa del más hondo de mis sufrimientos, y yo una vez más, te tiendo mis brazos cómo padre amoroso ¡Arrójate en ellos hijo pródigo, y olvida esos errores que han de perderte!
DAV.—¡Calla, hipócrita! ¿Crees que a mí pueden arrastrarme tus canto de sirena? ¿No ves que te conozco a fondo? ¿Qué veo claramente que quiere derramar el bálsamo sobre la herida misma que has abierto? ¡Si de cuanta infamias se cometan, de cuantos crímenes se realicen, de cuantas vilezas s hagan, tú tienes una parte mayor que la de todos, de vileza, de crimen, d infamia!
BON.—¿Yo? ¿Qué estás diciendo, desgraciado?
DAV.—Tú, porque el juez que falsea la justicia es hechura tuya; porqu la autoridad que atropella el derecho es hechura tuya; porque los ciegos qu acometen a quien les quiere redimir hechura tuya son.
CLE.—¡Alto ahí!
PAS.—¡Calle usted!
TOD.—¡Que calle!
DAV.—No he de hablar más. Conducidme a donde queráis, pero sabe que la lucha está empeñada, y es lucha sin cuartel, a muerte. Defendeos, defendeos bien. El guante está arrojado y ¡ay de los vencidos!
PAS.—¡Llevadle inmediatamente!
ZOS.—¡A la cárcel!
CLE.—Tarde saldrás de ella.
TOD.—¡A la cárcel con él!

(Le llevan con gran algazara; algunos le golpean. Don Bonifacio queda en último tér mino, con la cara oculta entre las manos; salen Astrea y Felisa.)

AST.—Déjame, Felisa... No quieras detenerme... ¿no has visto esta infa mia?, ¿no ves que verla y callar es ser tan vil y tan infame como ellos?... ¡Y l golpean! ¡Así iba Cristo por el camino del Calvario!... Déjame; estoy deci dida.
FEL.ª—Bonifacia, cálmese. Está como loca.
AST.—Loca, si. Mi pecho es demasiado débil para servir de campo de ba talla a estos dos sentimientos que luchan dentro de él... Astrea y Bonifaci pelean aquí dentro como dos amazonas celosas... No puedo más... Voy allá Astrea venció.
BON.—(Fijándose en Astrea.) ¿A dónde vas, Bonifacia?
AST.—Tío... No sé... no sé a dónde iba.
FEL.—(Sale de la taberna.) ¿Primita? Ya es hora de que venga a buscarte
AST.—¡Oh!
BON.—Pero... ¿qué tienes, hija mía?
AST.—No sé... no sé... Félix... tío... él... ¡Ah! Quiero y no puedo... As trea cae vencida.

EL.—¿Qué dices?
ST.—... Y Bonifacia triunfa.. triunfa... ¡Ah! ¡La mirada que brilla, centellea!... ¡Padre, padre!... ¿No ves que no puedo, que no puedo?... me mires así!... ¡No me mires así!

(Cae desmayada en brazos de don Bonifacio y Félix.)

ACTO TERCERO

za principal del pueblo. Al frente, iglesia practicable. A la derecha, entrada al palacio de Bonifacio, del cual se ve una parte. A la izquierda, algunos trozos de piedra. Astrea y doña Brígida salen de la iglesia.

RIG.—Es esta una piadosa costumbre de familia, que muy mucho conne tener en cuenta y no olvidar. Era preciso esta misa matutina, para pararte cristianamente al gran paso de la vida de la mujer, que vas a dar casándote con tu primo.

ST.—(Siempre abstraída.) Sí.

RIG.—Y ahora, como la hora de la ceremonia llega sin sentir, a prepararpara ella, a ponerte el vestido de boda, el «trosó», o como se llame eso. ié ganas tenía yo de que llegara este día!, ¡qué ganas, Virgen del Soco-! ¿Y tú, no?

ST.—Sí, también yo las tenía.

RIG.—¡Miren la picaruela, mírenla, con qué sencillez lo dice! Pero hay har a un lado esa tristeza. ¡Jesús, hija, parece que te llevan al palo vez de llevarte al altar!

ST.—No; triste no estoy.

R G.—¿No, y se te están viendo las lágrimas detrás de los ojos? Pero ya iendo, ya entiendo; eso será la emoción, la...

ST.—Justo, la emoción.

RIG.—¡Qué día más dichoso el de hoy! El día que tu tío estaba deseando tantas ansias hace mucho tiempo. Cumples tu mayor edad y contraes eso... ¡Qué feliz sería si no vinieran hoy, precisamente hoy, a amargar su ha esos ingratos de obreros, esos cuervos desagradecidos, esos...

ST.—¡Tía!

RIG.—¡Mira que irse a declarar ayer en huelga!... ¡canallas!... Bien ho se lo tenía yo a Bonifacio: Hazles favores, mátate por que ellos vivan, sta tu dinero en jornales y más jornales, y limosnas y más limosnas; ya ve el pago que te dan. Y el tiempo ha venido a darme la razón. Ahí ves el zo que le han dado: la huelga.

ST.—¡La huelga!... ¡la lucha!...

RIG.—Y de esto te cabe a ti no pequeña parte de culpa.

ST.—¿A mí?

RIG.—A ti, sí; no te hagas la inocente. ¿Quién es el causante de este tirio? ¿No es David? Pues bien asegurado le teníamos. En la cárcel estaba, para no salir en mucho tiempo... si salía. Pero fuiste tú a declarar, cuando celebró el juicio, y en vez de decir solamente lo que fuera contra él, como tu deber, probaste que el revólver no era suyo, sino de tu primo; dijiste e él no había disparado, que le acometieron sin previa provocación... En , conseguiste que le echaran a la calle, libre y sin costas. ¡Cada vez que pienso!...

AST.—¿No fué un acto de justicia?

BRIG.—¿Sí, eh? Pues mira, mira ahora las consecuencias de tu acto de sticia. El hombre trabajó como un demonio, ayudado por otros de su calaque mandó venir de la ciudad; echó sermones en la plaza, fundó esa soedad que no hemos podido echar abajo...

AST.—¡Cuánto ha luchado!

BRIG.—Ya ves, tú misma lo reconoces. Llegaron todos esos zapatas sos, a tener exigencias como si fueran personas. Y con dolor de su cora: pero viendo que no había otro remedio ya, Bonifacio se vió obligado a to m edidas enérgicas. ¡Gracias a los que estábamos todos los días encima, lo que es por él!... Se prohibió a los obreros nuestros que se arrimaran a sociedad de David. Se echó a la calle a los desobedientes...

AST.—Más de la mitad fueron despedidos.

BRIG.—Y la otra mitad se ha ido ahora por su gusto. Los de las minas tenemos ahí cerca, han hecho causa común, como dicen ellos... Y ya armado el belén, y ese mal alma, ese grandísimo canalla de David, frotán se las manos de gusto... ¿Por qué no le partiría un rayo por mitad del e nazo, antes de que hubiera llegado a Villarredil?

AST.—¡Oh, no!...

BRIG.—¿Todavía te atreverás a defenderle? ¿A que vas a ser tú como bragazas de tu tío, que dejaría que el zorro le devorase el gallinero, por darle dos tiros al zorro!

AST.—¡Usted qué sabe, tía!

BRIG.—¡Más que vosotros! Lo mismo me dice él, pero así os salen cosas, con toda vuestra sabiduría. ¡Vaya, vaya!, no quiero sofocarme hoy

SEB.—(Sale de la iglesia.) ¡Eh, doña Brígida!...

BRIG.—Voy, don Sebastián. Espéreme aquí; querrá consultarme alg detalle sobre el adorno de la iglesia. Voy, voy; no se impaciente, señor cu

(Doña Brígida habla con don Sebastián, en el pórtico. Astrea queda en primer térmi

AST.—Tenía él razón; no puedo reposar tranquila. Hay algo que muerde, que me quema... Una angustia que no acierto a comprender... (jándose en Felisa, que llega.) ¡Felisa!

FEL.ª—¡Señorita!...

AST.—¡Qué deseos tenía de verte, mi buena amiga! ¿Qué tienes? Pare que te alejas, que huyes de mí ahora.

FEL.ª—¿Huir? De usted, no; nunca, señorita Bonifacia.

AST.—Llámame Bonifacia. Suprime ese calificativo de señorita; no me h bles en ese tono servil, que es para mí una ofensa y una humillación para

FEL.ª—¡Qué buena es usted!

AST.—Pero, contéstame... Dime: ¿por qué huyes de mí? Mira, Felisa, q una sospecha me está mordiendo por dentro y haciéndome sufrir mucho. has de desvanecerla o confirmarla.

FEL.ª—¿Una sospecha?... ¿De mí?...

AST.—Quizá vaya demasiado lejos. ¡Es tan doloroso decir estas cosas!. Veo que según ha ido acercándose el día de mi boda, has ido languidecie do, como si el que se acercara fuera el día de tu muerte... ¿Crees que no he visto yo? ¿Crees que no he comprendido que en tu pecho pasaba alg como si una ráfaga maléfica tronchara en él flores, rompiese ilusiones y de vaneciese sueños?... Te alejas de nosotros, buscas la soledad, lloras en sile cio... ¡Felisa, tú amas a Félix!

FEL.ª—¡Bonifacia!... ¡Así me lo dice usted! ¡No, no! ¿No ve usted que e acaso pusiera entre las dos una barrera infranqueable, y yo no quiero q entre las dos haya barreras? ¿Que el único corázón hermano que comprend el mío, que le consuela, que le vivifica, es el de usted, y que si pierdo afecto de ese corazón, ya no tendría nada, nada sobre qué llorar?... ¡No pie se tal cosa, Bonifacia.

AST.—¡Felisa, Felisa!... Es que he empezado a olfatear infamias, que tiem blo de verlas convertirse en realidades, y alzarse todas ante mí, acusadora y envolverme como en un sudario.

FEL.ª—¿Y también en mí las ve usted? ¿En mí?

AST.—En ti, no. ¡Qué he de verlas en ti, mi dulce y buena Corderita! E

ier realidad esta sospecha, sólo hubiera visto una víctima más .. Pero, o que me desengañes, ¿no es verdad que le amas?
L.ª—...No..., no le amo, así, con amor de mujer. ¿Quién soy yo para ¡Cómo iba a atreverme a poner los ojos en él? ¿Cómo iba a aspirar?... locura! Bonifacia: todo lo que de ustedes provenga es para mí algo tan do, algo tan alto, que el remontar a ello mi pequeñez sería como pensar balgar en las nubes.
T.—Pero él pudiera haberte hecho creer, con caricias y halagos, lo que nsaba en cumplir. Pudiera haber sembrado en ti esperanzas... Pudie- ¡oh, no quiero suponerlo, porque hubiera sido una imperdonable vi- il...
L.ª—¡Quién piensa en villanías!... Y aunque esa sospecha fuera cierta, io lo es, ¿cree usted que yo no callaría siempre, siempre, lo que no debo ? ¿Qué derecho tendría para gritar, aunque me lacerarán el corazón, lo antes me han dado la vida cien veces?...
T.—La vida misma no se cobra con el honor. El solo pensamiento de irse de modo tan ruin, deja saldada toda la deuda.
L.ª—No repararía en precio. Pobre criatura miserable que soy, con llo que es mío, pago. Lo que poseo, doy.
T.—¿Luego, es verdad?
L.ª—No; digo esto, caso de que hubiera sido. Jamás saldría de mis la- una palabra de reproche. Ya que no fuera por él, que por él y por todos , por usted, Bonifacia. Mi llanto no turbaría su dicha.
B.—¿De modo que a usted no le parece bien poner las colgaduras ver- el manto de la virgen, rojo, y los paños, violeta?
IG.—De ninguna manera. Esos colores no casan bien. El manto, azul te; las colgaduras, granate, y los paños, de color de rosa. Eso es más bo- y más señor.
T.—¿Y a ese punto llevarás el sacrificio?
L.ª—Cuando se ama con todo el alma, enteramente, no existe el sacrifi- Y como yo amo a todos así, a él, a ellos y, más que a nadie, a usted...
T.—No me llames de usted. ¿No somos hermanas? Tutéame, como yo a is hermanas deben hablarse de tú.
L.ª—Más que a todos, a ti, porque eres la más buena, con ser tan bue- llos. Me parece, en medio de ese ambiente de bondad, que blanqueas blancura.
IG.—Bueno: ¡adiós!, don Sebastián. Ya lo sabe usted. Y que no se le ol- poner al niño Jesús el traje de moaré, con perlas, que le regalamos el pasado, y que nos salió por siete mil pesetas.
B.—Descuide, doña Brígida. La iglesia está hoy como un ascua de oro.
T.—Felisa... Pero aún dejas la duda, el torcedor, la angustia dentro Mi tía viene; dime tu verdad antes de que llegue... Te lo suplico por llo más que ames... Dime tu verdad...
L.ª—¡Mi verdad!... ¿y qué he de decirte?... ¡Sé muy feliz con él!..., ¡y e mucho, hermana mía, ámale mucho!
IG.—¿Ya estás gimoteando, Cordera? Pues hoy no es día de llorar, sino eír mucho. ¡Malhaya quien le pese! Vamos, Bonifacia, la hora se echa na y tienes aún que vestirte. Queda con Dios, Felisa.
L.ª—¡Adiós! (Vanse Astrea y Brígida.) Sé muy feliz... mucho; tanto como eces. ¿Qué más que eso puedo desear yo?... ¿Qué importa que mi corazón e sangre; que mi última ilusión caiga muerta, como un pájaro aterido?...
AV.—(Ha salido unos momentos antes y se ha quedado observando a Fe-) ¡Cuánto sufre usted, Felisa!
L.ª—¿Que yo sufro?
AV.—¿A qué negarlo? Hace ya tiempo que lo vengo observando. Hoy es an jubileo del dolor para usted.

FEL.ª—¿Del dolor?... ¿Por qué?...

DAV.—No disimule usted. Hoy se casan Félix y Astrea.

FEL.ª—¿Astrea?

DAV.—Bonifacia, quise decir.

FEL.ª—¿Y porqué ellos se casen he de sufrir yo?

DAV.—Mucho. Estoy viendo, como a través de un cristal, hacerse pedazos su corazón... ¡Cuánto le ama usted, y qué poco merece él ese amor!

FEL.ª—¿También usted?... No, David; lo cierto es que hoy, al ver que ellos van a ser dichosos, me siento íntimamente dichosa yo.

DAV.—No lo dudo, porque usted es... ¿cómo expresaría yo lo que es usted?... Había una vez un paje, enamorado de una princesa, de soberbia hermosura. La princesa mimaba unas veces al pajecillo y otras le maltrataba. El la adoraba en silencio, de rodillas, como a una diosa. «Pajecillo—decía la princesa—, quiero lavar mis manos con la nieve del Himalaya.» Y el pajecillo subía al Himalaya y traía nieve para que ella lavase sus manos. «Pajecillo—volvía a decir la princesa—, tengo un bello y gentil amante.» El la miraba, y a través de la pátina de lágrimas de sus ojos, ardía el amor. «Pajecillo: mi amante me desdeña porque en mis mejillas no hay color. ¡Qué triste estoy! Mis pomadas son insuficientes; da color rojo a mis mejillas con sangre tuya.» Y el pajecillo se abría el pecho, y con la sangre que brotaba, sonriendo, pintaba de rojo las mejillas de la princesa... ¿Llora usted, Felisa?

FEL.ª—No... ¿Por qué había de llorar? Mire: sonrío. ¡Adiós!, David; voy a la iglesia. (Vase.)

DAV.—¡Pobre corderita! ¡Puesto el cuello en el ara del sacrificio y lanzando la última mirada de amor a sus verdugos! (Pausa.) He aquí el estado mayor, que se aproxima. Dejémosle el paso libre. (Está algo retirado de la escena, hasta que el diálogo indique que vuelve a entrar en acción.)

SEG.—¿Llegaremos tarde, quizás?

CLE.—No. Es tiempo. Aún faltan algunos minutos para la hora en que el cortejo se dirija a la iglesia.

PAS.—Y no es oportuno llegar con demasiada puntualidad en estos casos.

SEG.—Hoy es otro día memorable. Yo ya tengo preparado mi golpe de efecto. Todos los niños de la escuela están colocados en el coro, y, en el momento preciso, empezarán a cantar un himno alusivo al acto, letra de este humilde servidor y música del organista.

PAS.—Es una hermosa idea.

CLE.—Adelántenos usted algo de la sorpresa, don Segundo.

SEG.—¿No se hará tarde?

CLE.—Tenemos tiempo sobrado para llegar a la hora a que exige el buen tono que se llegue.

SEG.—Pues oigan ustedes. Los niños están divididos en dos coros. Empieza el primer coro, muy piano: (Canta, con música caprichosa, vulgar.)

Hoy, día venturoso, — el lazo de Himeneo
colmando su deseo — les va a los dos a unir.

Y contesta el otro coro:

El Cielo cariñoso — les dé felicidades
que ellos por sus bondades — merecen conseguir.

Y en seguida contestan todos a una voz:

Cantemos alegres — brillante canción,
en honor de los nuevos esposos,
que tan venturosos — realizan su unión.
Unión, — sí, unión...

PAS.—Es precioso.

CLE.—Inspiradísimo.

EG.—¡Pst!... una bagatela. Luego, en el mismo metro, siguen doce estro-
más.
AS.—Pues ya las oiremos con acompañamiento de órgano. Yo tendré en
un placer.
LE.—Y yo he de proponer a la corporación que tengo el honor de presi-
que costee una tirada de esa hermosísima canción.
EG.—¡Oh! Yo agradezco, muy reconocido...
AS.—Y ahora, adelanto por adelanto. Yo también traigo embotellado mi
dis, ¡y en verso!
LE.—¿En verso?
AS.—Sí, señor; versos sacados de mi cabeza y corregidos aquí por el se-
maestro.
EG.—Apenas tenían nada que corregir.
AS.—Verán ustedes:

Desterrando del pecho la falacia,
brindo por la señorita Bonifacia.

LE.—¡Caramba!

AS. Por ser hombre que al bien nunca es reacio,
brindo también por don Bonifacio.

LE.—¡Magnífico!

AS. Deseando que jamás guste amargas hieles,
yo brindo entusiasmado por don Félix.

LE.—Eso parece que no pega muy bien.
AS.—No fuí capaz de encontrar el consonante a Félix.
EG.—Ni yo.
LE.—¡Ah, vamos!
AS.—Allá va la última:

Y alzando el vaso, con la mano rígida,
lanzo un brindis cordial por doña Brígida.

LE.—¡Despampanante, mi querido amigo! ¡Inconmesurablemente des-
panante!
AS.—Y usted, ¿no lleva preparada alguna sorpresa?
LE.—Yo brindaré en prosa. El Municipio me ha hecho habituarme a la
toria improvisada. Improvisaré un *spech*.
EG.—Que será elocuentísimo.
AS.—Brillantísimo.
LE.—¡Pes!... Todo es el hábito, el hábito de hablar.
EG.—Nadie ignora que es usted un Cicerón.
AS.—Que habla usted mejor que el mismo Sardanápalo.
LE.—Pero, señores...
EG.—¿Nos haremos esperar ya?
AS.—Ahora es el momento de ir. ¡La hora!
LE.—Pues andando. (Vanse.)
DAV.—Y estas son las fuerzas vivas, los elementos directores, las cabe-
... ¡Asco y risa da! (Ve a Juanín y a Pedrón, y se retira de nuevo.)
PED.—¡Ya era hora de que te echara la vista encima, hombre! Andas huí-
hace una temporada, receloso... ¿Me debes algo?
UA.—No; nada te debo.
PED.—Entonces...
UA.—Ahora he cambiado, ya lo ves.
PED.—Sí, sí; ya sé que eres tú también de los de la cuerda del ingeniero,
los que se han declarado en huelga... ¡Mal rayo de Dios! Si yo os pudie-
ir cogiendo uno a uno, ya os quitaría yo las ganas de huelgas, ya.

JUA.—Como tú no has trabajado en toda tu vida, no sabes lo que son tas cosas: los que jamás han sentido los brazos como desgajados de los h bros, ni les han escocido los ojos cuando el sudor se les metía dentro, se pantan de que los que a diario sufren esos suplicios, pretendan aminorar Es una cosa abominable esto que hacemos, cuando se piensa en ello tir en el banco de una taberna o arrellanado en el diván de un casino.

PED.—No creo que seas tú quien deba echarme en cara eso. Además yo no he trabajado ni trabajo, es porque habilidad, y puños, y escuela pa ternar con la gente de rumbo, me han sobrado siempre, y he podido cam a mi gusto. Y que se muera el que le pese.

JUA.—Bueno; pues haz lo que te parezca—¿me meto yo en ello?—y de los demás que sigan su camino.

PED.—¡Mala centella!... Pero ¡cómo os ha barajado los sesos a todo tal David!... ¡Rayo encendido que lo quemara!... ¡Y pensar que fuist uno de mis amigos mejores; que no hubo juerga en que no me acompaña ni bronca que yo tuviera en la que no andaras enzarzao tú!

JUA.—Ya te he dicho que aquellos tiempos eran otros. Hoy he ab los ojos y he visto que aquella vida de antes no era la que debe llev u hombre de bien. Me cansé de servir de monigote tuyo y de otros. Ah quiero vivir para mí mismo, y para los que piensan como yo. Déjame, p

PED.—¡Sin huesos te dejaría yo, que así recompensas los favores qu han hecho, y el pan que te han dado, y la amistad que te han tenido, agradecido!

JUA.—¿Sin huesos? Ten cuidado tú con los tuyos, Pedrón.

PED.—¿Me amenazas?

JUA.—Te pongo sobre aviso. No se nos pasan desapercibidos los trab que haces para desbaratar la huelga y... ¡anda con ciudado! No te digo n

PED.—¡Maldita sea tu estampa! No creí nunca que fueras tan sinvergü za. ¿A mí te atreves tú a decirme eso, a mí?...

JUA.—A ti; ¿por qué no había de decírtelo? Pero ¿tú crees que los h bres que saben rebelarse son como aquellos, sumisos y humildes, que ja alzan la frente cuando el amo, el poderoso a quien ellos llaman amo, les a ta el rostro? No. A aquellos sí les podrías tú someter a tus caprichos y ha temblar con tus amenazas. Pero a los que han tenido ya el valor de levar el rostro y mirar cara a cara, sin bajar los ojos, al enemigo grande, al du del capital, les asustan muy poco los valentones de alquiler, como tú.

PED.—¡Caro te va a costar eso! ¡Maldita sea hasta la hora en que nací sino me la pagas!

JUA.—¿Qué vas a hacer?

PED.—Ahora verás.

(Levanta el brazo para pegar a Juanín. David, que ha llegado hasta ponerse detrá él, sin ser visto, le sujeta el brazo.)

DAV.—¿Todavía no ha aprendido usted a respetar a los hombres digr

PED.—¡Suelte usted!

DAV.—Ya está usted suelto. ¿Qué es lo que pretende?

PED.—Yo... Yo no pretendo nada.

DAV.—Entonces, váyase. Y mire lo que hace, Pedro, porque yo veng confirmarle lo que le ha dicho Juanín: que acaso tenga que arrepentirse esos rastreros servicios, de esas oficiosidades, por los enemigos nuest

PED.—Yo... es que...

JUA.—Véte, Pedrón.

PED.—Me voy, pero... ¡vive Dios, que de pagármela habéis! (Vase).

DAV.—¿Hay algo de nuevo, Juanín?

JUA.—Nada que tú no sepas ya. El resto de los obreros que trabajaba las minas, ha secundado la huelga hoy.

DAV.—Ya lo sé. Trajeron a ellas trabajadores de otras minas, ya duc

estas empresas. Entre ellos había algunos baqueteados en estas escaramu-
:, que han secundado valientemente nuestra labor. Este trasiego de obre-
:, algunas veces nos es beneficioso; como el viento lleva el polen de una
r a otra, ellos llevan las ideas a donde no existían y las hacen germinar en
renos que parecían estériles.

[UA.—Entre los que trabajan las tierras hay mucha agitación. Es probable
e vengan a nuestro lado.

DAV.—Responden a mis exhortaciones. Esto marcha bien, amigo mío. El
unfo es seguro.

[UA.—¿El triunfo?

DAV.—Seguro, sí. No el triunfo definitivo, el triunfo sobre los egoístas
e viven a costa de los otros: ése aún está lejos. El triunfo de ahora es la
nquista de la beligerancia en la lucha, que no es poco... ¿Qué es aquello?
ué pasa?

(Obreros salen golpeando a don Zósimo.)

OBR. 1.º—¡Toma, canalla!

OBR. 2.º—¡Dale sin duelo, a ver si escarmienta!

ZOS.—¡Por piedad, señores!

OBR. 1.º—¡Para que aprendas a no ir a fisgar lo que hacemos para con-
rselo a tus amos!

UNO.—¡Lacayo!

OBR. 2.º—¡Faldero!

ZOS.—¡Ay, ay, ay! ¿No hay un alma compasiva que me socorra?

DAV.—Dejadle. Os ruego que le dejéis. Venga usted aquí.

OBR. 1.º—Déjanos escarmentarle.

DAV.—No. Hacéis mal en eso. No debemos emplear procedimientos indig-
os de la grandeza de nuestra empresa. Queremos que a nosotros no se nos
olpee el rostro a diario con la injusticia de los fuertes, y no debemos atro-
ellar al débil, aunque sea un miserable, cuando somos fuertes una vez.

OBR. 2.º—¿Sabes lo que hacía?

DAV.—No creáis que lo ignoro.

OBR. 1.º—Le sorprendimos escuchando nuestras discusiones detrás de una
uerta.

DAV.—Desempeñaba su oficio.

OBR. 2.º—Es el que te calumnió a ti, el que hizo que te encarcelaran.

DAV.—Lo sé; pero sería descender hasta su ruindad el castigarle por ello.

OBR. 1.º—Anda esparciendo noticias falsas por el pueblo, inventando
entiras y reclutando traidores.

DAV.—Vive de eso

OBR. 2.º—Les estaba diciendo esta mañana a dos que vacilaban que tú
ecibías dinero de los judíos para revolver el cisma en el pueblo.

OBRERO.—¡Voy a despanzurrar a esa araña!

ZOS.—¡Por Dios, don David, defiéndame usted!

DAV.—No porque lo merezca. Pero aprenda usted que los que persiguen
nes nobles y altos, de manera alta y noble se conducen; que los que van
ras fines mezquinos, sólo actos mezquinos emplean. No ensuciemos nuestra
bra con la sangre sucia de esta sabandija. Anda, ve tranquilo y di a tus amos
ue no te hemos querido castigar como merecías. Anda, triple esclavo.

ZOS.—Gracias, don David. A usted le debo que no bailaran encima de mi
iejo pellejo esos señores. Muchísimas gracias. ¡Quién me mandaría a mí
eterme en libros de caballerías! ¡Como si no fuera sabido que mi destino es
alir siempre con la cabeza descalabrada!

DAV.—Ese es el destino del que, como usted, es en todas partes el último
mono. Y su última aventura será, esté seguro de ello, que cuando ya ni para
estos servicios rastreros sirva usted, aquellos a quienes lame los pies hoy, le
arrojen con deprecio al montón de los trastos inútiles.

ZOS,—Tal vez tenga usted razón, don David.– ¡Ay, pobre cabeza mía! Yo le aseguro que he de agradecerle mientras viva...

DAV.—¡No se arrastre usted! Haga usted su obra, buena o mala, grande o ruin, villana o noble, pero hágala con la frente levantada. Hasta los reptiles alzan la cabeza cuando acometen. No sea usted más reptil que ellos.

ZOS.—¡Por Dios!, don David, no se enfade. que ni lo que digo ni lo que ha gosé. ¡Ay de mí! ¡Dichoso seré si de esta salgo con vida! Ustedes lo pasen bien, señores.

OBR. 2.º—¡Adiós!, culebra. Y líbrate de ponerte otra vez bajo mi pie, porque la cabeza te he de pisar.

FEL.ª– (Sale de la iglesia.) ¿Qué le ha pasado, don Zósimo? ¿Qué tiene?

ZOS.—¡Ay, Corderita! Que me han golpeado, que me han herido... ¡Lo que de todas partes saqué yo siempre: descalabraduras, golpes y sinsabores!... ¡Ay!

FEL.ª– ¡Pobre viejecito! ¿Por qué han hecho ustedes esa crueldad con él? Venga conmigo, yo le curaré.

ZOS.—¡Qué buena eres! ¡Siempre estás al lado del que sufre, olvidándote de que también tú sufres! .. Condúceme, hija mía, condúceme, porque me siento morir, y ¡desgraciado de mí! solo y pobre, no tengo un alma amiga que vende mis heridas ni que enjugue mis lágrimas.

FEL.ª—Yo, pobre anciano, yo lo haré. Siempre, entre mis harapos, hay una venda para una herida ajena. Venga, y no hable, porque se pondrá peor.

UN OBR.—¡Qué buena es la Corderita!

OBR. 1.º—¡Casi me ha hecho saltar las lágrimas!

DAV.—Así hay que ser siempre, bueno, muy bueno. Pero no bueno con humildad, con bajeza, no, sino fieramente bueno, teniendo el valor de serlo ante los que quieren obligarnos a ser malos.

OBR. 2.º– ¿Cómo?

DAV.—Ser bueno es hacer el bien. Y para hacer el bien hay que tener más entereza, más energía que para hacer el crimen.

JUA.—Es verdad.

OBR. 1.º—¡Con qué ternura socorrió la Corderita a don Zósimo!

JUA.—Y eso que de él sólo desprecios ha recibido siempre.

OBR. 1.º—Es más: don Zósimo es el que ha corrido por el pueblo si ella tuvo o no tuvo que ver con don Félix, el hijo de don Bonifacio.

OBRERO.—Ha sido el que más burlas ha hecho de ella.

JUA.—Y ella lo sabía.

OBR. 2.º—¡Qué canalla! No, pues si no es por ti, como pagarlas, si que las paga hoy.

JUA.— Algo que rascar, ya lleva.

OBRERO.—No mucho, que tanto gritaba y suplicaba tanto, que apenas si hicimos asustarle.

OBR. 1.º—Claro que asustarle, que no somos tan desalmados que con un viejo nos íbamos a ensañar, aunque el viejo sea como ese es.

DAV.—Ni aun eso debisteis hacer.

OBR. 2.º—¿Por qué?

DAV.—Porque es una cobardía abusar de la fuerza, hasta para castigar al malo, y nosotros no debemos mancharnos con cobardías.

OBRERO.—Pero...

DAV.—No debemos dar pábulo al odio del enemigo. El prestigio, la dignificación de nuestra obra, estriba en los procedimientos honrados que empleemos. Si es el destino nuestro limpiar todo lo malo y nocivo de la Tierra, que no haya nada malo y nocivo en nosotros. Reguemos con aguas puras las flores de salud y de paz que queremos cultivar en el vergel humano. Y sumerjamos nuestros espíritus también en las aguas puras de nuestro ideal, para que ellas arrastren el limo de nuestros espíritus.

OBR. 1.º—Se ve que dices razones, pero yo... ¡le hubiera majado los sesos!

AV.—Es natural que pienses así. Sé ya cuál es el impulso primero: el
ulso primero es estrujar.

)BR. 2.º—¡Claro!

AV.—No debe ser así. Eso ha de dejarse para los que no tienen otro ideal
seguir que la satisfacción de sus primeros arrebatos.

EL.ª—(Saliendo.) Ya está acostado el pobre viejo y duerme con sueño
iquilo. He lavado sus heridas con vino y romero. ¡Pobrecito! ¿Por qué le
maltratado ustedes tanto?

)BR. 1.º—Hemos hecho mal, Corderita, ya lo sabemos. Pero... ¡qué quie-
, le queman a uno la sangre estas gentes que gozan con estorbar el bien
los otros.

)BR. 2.º—Era una serpiente, que no alcanza a herirnos en el corazón y
mordía los calcaños para impedirnos caminar.

EL.ª—¡Pobre hombre! Acaso hiciera a ustedes ese daño que dicen, pero
emos compadecer también a los que nos hacen daño. ¿No es cierto, David?

(Se aproxima a David, que está algo alejado. Los actores quedan divididos en dos grupos, que hablan independientemente. David y Felisa, y los obreros.)

)AV.—Usted, Felisa, es capaz de amar hasta las víboras.

EL.ª—Acaso. Oiga usted: siendo aún muy niña — vivía mi padre enton-
—, me encontró éste en el jardín de nuestra casa acariciando la cabeza
ta y dando trozos de mi merienda a una horrible serpiente venenosa.

)AV.—Es muy posible.

EL.ª—Y aún hoy recuerdo lo que me dijo mi padre: «¡Pobre hija mía!—
lamó —, ¡a cuántas serpientes acariciarás en la vida!» Y lloraba al decirlo.

)BR. 2.º—¿Y no crees tú, como yo, que debiéramos entrar todos en la fá-
ca y romper las máquinas, y hacer un destrozo?

UA.—Ya has oído lo que nos decía David. ¿Para qué hemos de ponernos
ra de la ley, mientras la ley sea más fuerte que nosotros?

)AV.—La dijo a usted una gran verdad, Felisa. Es usted de esas almas
tas que viven acariciando serpientes... Si no... ¿a qué ha venido aquí hoy?
or qué se obstina en permanecer aquí?

EL.ª—Me pregunta usted eso de un modo...

)AV.—Estoy ya tan acostumbrado a sondear con la mirada en las som-
s, que no ha podido pasárseme desapercibida esa lucecita que arde allá
ntro, en ese corazón tan lleno de ternura.

)BRERO.—Pero ¡es tan dulce la venganza!...

)BR. 1.º—Nuestra obra no es de venganza: es de justicia.

EL.ª—Sí, David, es verda. ¿Por qué he de ocultárselo a usted, que ha
o para mí siempre tan leal amigo; que tiene también seno de madre en
cho de león?... ¡También en él se puede llorar, porque sabe empaparse en
lágrimas de otro, sin que resbalen como en piedra!

)AV.—Así es, Felisa. Veo y admiro ese gran sacrificio de usted, la heroi-
abnegación con que arrastra el martirio...

EL.ª—Pues por ella, por él, por todos, esto que usted llama sacrificio me
ece muy poco aún. ¡Tanto les amo, que pintaría sus mejillas con sangre
a, y sonreiría al hacerlo, hasta que la muerte apagara mi sonrisa!

)BR. 1.º—La verdad es que ahora se avergüenza uno de ser lo que ha sido.

)BR. 2.º—¡Qué ciegos estuvimos para no haberlo conocido antes!

UA.—Éramos lo mismo que un gato que tenía una vieja loca, de quien fuí
ado en mi juventud. Le cogía, le besaba, le hacía dormir en su cama y co-
r en su plato... pero le tenía atado con una cadenita para que no se esca-
a, y, además, le había capado tres veces. (Ríen todos.)

)AV.—¡Qué espíritu el de usted! ¿Por qué no será usted de los nuestros?

EL.ª—Yo soy de los de ustedes, de los de todos... Soy siempre de allí
nde hay que amar y sufrir. Y hoy más que nunca.

)AV.—¿Por qué hoy más que nunca?

FEL.ª—¡Ay, David! Porque hoy me siento morir. Y como era tan grande el caudal de ternura que había dentro de mí, hoy parece que quiere brotar todo de una vez; derramarse sobre todos, como una inmensa oleada, antes de que la vida se acabe.

DAV.—Felisa... En efecto: está usted pálida... más pálida que otras veces... Tiene usted calentura y en sus ojos brilla la fiebre... ¿Por qué permanece usted aquí?

FEL.ª—Hay una fuerza que me retiene. Quiero verlo consumado todo y exhalar el último suspiro, que ya siento silbar en mi garganta, después de haber visto esparcida la felicidad en torno mío.

DAV.—¡Oh!

(Astrea, con traje de boda, del brazo de Félix; doña Brígida, don Bonifacio, don Pascual, don Cleto, don Segundo. Acompañamiento.)

OBREROS.—¡La boda! ¡La boda!

ACOM.—¡Vivan los novios!

FEL.ª—¡Ahí están!

DAV.—Sí... ¡Ah, Felisa; a mí también parece que se me ha desgarrado algo aquí dentro!

CLE.—¡Los huelguistas!

PAS.—¡Los rebeldes!

SEG.—¡Y David al frente de ellos!

BON.—¡Helos ahí, al paso, para amargar mi día feliz! Dejadme que les hable; no puedo sufrir más y quiero que esto termine de una vez. Decidme, ciegos... ¿qué queréis?

OBR. 1.º—Ser libres.

CLE.—¿No lo erais?

TOD.—¡No!

BON.—¿Qué os faltaba? ¿No he acudido siempre solícito con mi dádiva en vuestras necesidades? ¿Ha habido hambre entre vosotros que no haya mitigado yo? ¿Tuvisteis desventura que no socorriera, ni lágrima que no enjugara, ni dolor a que no diera mi consuelo, ni mal a que no aplicara mi bálsamo? En vosotros reposaba en paz; para vosotros era mi amor, ¡todo yo era para vosotros, en la confianza de que todos vosotros erais para mí! ¡Qué paz deleitosa había en esto, qué ambiente patriarcal! ¿Por qué queréis hoy rebelaros, volveros contra mí como si yo fuera vuestro enemigo, desoyendo mi voz paternal, destruyendo mi obra? ¿Por qué?

DAV.—Yo se lo diré a usted por ellos. Porque no quieren arrastrarse ante la dádiva de la caridad, sabiendo que se les debe la retribución del derecho. Más: que el hambre aplacada, y la miseria socorrida, y las lágrimas enjugadas, y el bálsamo en la dolencia y el óbolo en la necesidad, significan que todo eso está en las manos de un solo hombre, que tiene suficiente para sí y para todos. Y se han hecho esta lógica consideración: ¿por qué los medios de vivir no han de estar al alcance de todos los que viven, y un número grande de seres humanos ha de pasar por el trance vergonzoso de rendir vasallaje de gratitud y veneración a un solo hombre, lo bastante poderoso para dar los medios de vivir a los demás? ¿Por qué?

OBR. 2.º—Eso es.

BON.—¿No he sido yo bueno, infinitamente bueno? ¿No he sido generoso siempre y he derramado mi caudal de dinero y mi caudal de amor sobre los humildes?

DAV.—¡En los humildes, he ahí la palabra! Pero en cuanto los humildes han levantado la frente abatida, ese doble caudal ha dejado de afluir en ellos. Para ello, necesitaban ser humildes, ser el rebaño dócil. Era esa la condición del préstamo.

BON.—Sea como sea, yo he gastado mi vida en la creación de un paraíso para disfrutar plácidamente en él mis últimos años, y no quiero ver cómo se

desmorona mi obra al golpe de piqueta del primer aventurero que posó en él la planta. Yo fuí un padre, y son mis hijos los que vuelven el puñal contra mí... ¡Parricidas!, ¿no hay en vuestra conciencia un grito de abominación contra vuestro crimen?

JUA.—A nuestra conciencia obedecemos al rebelarnos.

BON.—¿Qué habéis pedido que os haya negado yo?

OBR. 1.º—Nuestra libertad, y la llama usted rebelión.

OBR. 2.º—El libre uso de nuestra voluntad, y lo llama usted ingratitud.

DAV.—La manumisión de su esclavitud dulzarrona, y la llama usted parricidio.

JUA.—Si tanto nos amaba usted, ¿por qué nos arroja usted a la calle cuando queremos vivir para nosotros mismos?

DAV.—Porque ese amor infinito de que alardea usted, no era sino el pretexto de dominar sin hacerse odiar; de dominar con ese despotismo hipócrita que encubre las insaciables ambiciones con una máscara sentimental, despotismo más vil que el que se manifiesta en toda su desnudez. ¡Que les ama, dice usted!... ¡Mentira! ¡A lo que se ama no se lo castra!

BON.—¡Calla, calla, que con esas palabras has hecho perder la cabeza a todos estos hombres, que antes eran honrados y eran fieles! Díme: ¿a dónde les conduces?, ¿qué pides tú? ¡Dílo y te lo daremos pero calla y vete!

DAV.—A un estado en que no ultraje cada día al pobre la compasión del rico; ahí, no les conduzco, vamos. Yo no te pido nada: todo tu oro no es suficiente a hacer doblegar mi cabeza ni retroceder en mi camino.

CLE.—(Esto se va poniendo feo, don Pascual.)

PAS.—(¿No cree usted que debemos intervenir?)

CLE.—(Nosotros, no. Voy a buscar quien intervenga con más eficacia.)

PAS.—(Comprendido. Es una idea felicísima.) (Vase don Cleto.)

BON.—No comprendo... no entiendo bien eso que dices. Sólo veo que pierdo algo que era necesario, como el aire y la luz, para mi existencia.

OBR. 1.º—Todavía le queda a usted toda su riqueza.

JUA.—¡Ay de los que nada poseemos, sino brazos y corazón!

BON.—¿Qué os faltaba antes que ese maldito viniera a enloqueceros con sus predicaciones satánicas?

DAV.—Les faltaba todo, porque faltaba el hombre en ellos. Eran una congregación de cadáveres; porque no está muerto sólo lo que no se mueve; muerto está también lo que se mueve, sí, pero ni piensa, ni siente con su propio cerebro y su propio corazón. Se entraba aquí, y el ambiente olía a muerto, aunque fuera a muerto embalsamado y ungido de nardo. Había una fragancia como de capilla de cementerio, incensada y limpia... Nada latía, nada ardía: esa esto una habitación oscura, cerrada a todo aire y a toda luz...

BON.—¿Y hoy?

DAV.—Hoy, entre todos, haciendo un esfuerzo muy vigoroso, hemos abierto ventanas al exterior, hacia donde se vive. Y han entrado oleadas de aire puro, caliente, sano, primaveral, aire vivificador que ha resucitado los espíritus asfixiados. Con esas oleadas de aire, han entrado oleadas de sol, que han engendrado flores de libertad en el páramo. Con ese aire y ese sol, han entrado los ecos vibrantes de un himno a la vida, al amor, que cantaban voces alegres fuera de aquí. Hemos dado paso a una primavera, y ha llegado para Villarredil la época del rebrote. Eso es hoy.

BON.—(Irónico.) ¿Lo crees así?

DAV.—¿No he de creerlo? ¿No lo ve usted mismo? En los rostros ha desaparecido la palidez claustral y han brotado los rojos matices que da el aire libre y puro. La lucha está entablada y es nuestro el tirunfo.

BON.—¿Vuestro?

DAV.—Nuestro. Amontona todo tu oro ante esos boquetes que hemos abierto en esta sepultura de vivos a las refrigerantes auras de fuera... ¿a que

no podrías cerrarlos ya? Detén esas oleadas de luz que han inundado la cueva... ¿Podrías? ¡No! Ya ves que el triunfo es nuestro.

BON.—¿Que es vuestro? ¡Ja, ja, ja! Aún hay algo con lo que no habíais contado. ¿Creísteis que yo iba a cederos el campo sin hacer el último esfuerzo?... ¡Pobres ilusos! ¿Que el triunfo es vuestro, dices? ¡Mira!

(Salen don Cleto, acompañado del comandante del puesto de la Guardia civil, al mando de varios guardias.)

AST.—(¡Padre, padre!...)

FEL.—¿Qué dices?

PAS.—¡Ya era hora!

COM.—Estamos a sus órdenes, don Bonifacio.

BON.—Gracias. Repite ahora, miserable, que el triunfo es vuestro.

OBREROS.—¡Fuera, fuera!

DAV.—¡Callad aún! ¿No he de repetirlo? Nuestro es ya, aunque mandes asesinarnos. Será mas nuestro aún, porque los que queden repetirán el nombre de los mártires y el nombre de los verdugos.

BON.—¿Sí? Pues hemos de verlo. ¿Has llevado hasta este extremo la lucha? No seré yo el primero que ceje. ¿No queréis en mí el padre amoroso que os daba afectos y pan? ¡Hallaréis al juez inexorable que os dé castigo y dolor! ¿Me queríais así? ¡Pues así me habéis hallado! Mis brazos y la fosa están abiertos: el que no caiga en mis brazos que caiga en la fosa.

TOD.—¡Ah!

DAV.—Vedle; ya arrojó la máscara. Ved cómo no amaba al hombre, sino la dominación sobre el hombre.

BON.—Me es igual; sea. Estoy decidido ya. ¿Queréis lucha? Lucha habrá. Cada cual recurra a sus armas; a las mías recurro yo. Si vosotros no queréis ser míos ya, ¡éstos lo son aún! ¡Y yo os juro otra vez que antes seréis de la muerte que seáis de la rebeldía! ¡Fuego!

DAV.—¡Bravo, asesino! Tirad todos aquí. (Señalando el pecho.) El crimen a que apelas es la prueba de tu impotencia. Mata, pero roe el hierro del vencimiento.

BON.—¿Qué hacéis?... ¿Por qué no le habéis muerto ya?... ¿Cómo es que queda uno vivo?... Os lo repito: ¡Fuego!

(Los obreros arman un pequeño tumulto y los guardias apuntan todos a David. En este momento, Astrea se arroja sobre David y se pone a su lado, abrazándose a él.)

AST.—¡Ah!... ¡Ya no puedo más! ¡Apuntad también aquí! ¡Asesinadme a mí con él!

TOD.—¡Bonifacia!

AST.—¡Bonifacia, no! Acabo ahora de arrojar fuera de mí a esa intrusa. Yo soy Astrea.. ¿no me conocéis? ¡Soy Astrea, la hija de César!

BON.—¡También tú, hija mía!

DAV.—¡Astrea!

AST.—¿Soy digna de ese nombre? ¡Oh, qué gran salto ha dado mi alma cuando ha roto la losa sepulcral que pesaba sobre ella!

BRIG.—¿Qué haces, Bonifacia?

AST.—¡Cumplir mi misión, aunque esta misión sea ya morir con él!... Pero... ¡Ah! Deteneos un momento, verdugos. Luego tiraréis. Felisa, ven aquí.

FEL.ª—¡Bonifacia!

AST.—No, hermana, me llamo Astrea. ¿No es verdad, David? Todo está dispuesto para que se verifique una boda: el ara, preparada; el templo, adornado; el sacerdote, revestido. Que esa boda se haga, y, al mismo tiempo, un acto de justicia. Félix: he aquí tu esposa.

FEL.—¿Qué haces?...

BRIG.—¡Eso es un insulto!

AST.—¿Y qué nombre daréis a haber engañado miserablemente a esta

mujer pura y buena? ¿Haber cometido la villanía de hacerla entrever mundos de dicha, y arrojárselos después al rostro hechos pedazos? ¿Haberla cobrado en honra los beneficios y las limosnas? ¡El insulto, el escarnio, es haber despertado un amor como tú no merecías, y haber pasado después por encima de él, con la insolencia de tu oro, en el carro triunfal de tu omnipotencia!

BRIG.—¡Está loca!

PAS.—Es indudable.

CLE.—Es evidente.

BRIG.—Eso no puede ser.

AST.—No estoy loca. ¿Queréis ver cómo esto puede ser? Felisa: yo te cedo la mitad de mi fortuea para que la lleves en dote al matrimonio. Me rescato en tres millones. Los otros tres, los necesitamos nosotros para nuestra obra.

FEL.—¡Felisa!

AST.—Sé, pues, feliz, hermana Agua. Tu angustia, tu agonía, reflejadas en tu sonrisa de dulzura, me dieron la certidumbre de tu sacrificio. Sé feliz como mereces.

FEL.ª—¿Y tú, Astrea, y tú?

AST.—Yo voy a desposarme con la verdad y con el bien. Yo aún soy más feliz... ¡Si pudieras tú comprender todo lo feliz que soy! Mira hacia arriba; ¿ves ese cielo azul, sereno, diáfano?... ¡Qué hermoso es! Es la gran mirada de mi padre que me sonríe y alienta.

FEL.—Bien, ¿y qué? ¿Ha de amilanarnos y destruir todos nuestros planes la defección de una mujer, de una loca? No, y no debemos ser nosotros los humillados. Que sea la humillada ella. Felisa, ven; yo siempre te amé.

FEL.ª—¿Siempre?

FEL.—De ese templo ha de salir una pareja unida; seamos tú y yo. Acaso ello sea la dicha de mi vida. Vamos, Felisa. Adelante, señores. Esto ha sido un incidente pasajero; un cambio de factores que no altera el producto.

DAV.—Sí; le altera en un cincuenta por ciento.

FEL.—Ahora, pues, padre, madre, Felisa, amigos... ¡a la ceremonia nupcial! Después arreglaremos lo demás.

BRIG.—Claro está. Porque esa... se vaya no se acaba el mundo. ¡En la sangre lo tenía y a aquel canalla de su padre tenía que salir! Más digna que ella eres tú, Corderita, de estar a nuestro lado.

FEL.—¡Felisa mía! Vamos.

FEL.ª—Espera... Esperad todos. Aún no he hablado yo.

BRIG.—Pero ¿tú tienes algo que decir?

FEL.ª—Algo, sí. De tanto otros hablar de dignidad a vosotros, parece que también dentro de mí ha resplandecido una llamarada de esa dignidad... ¿os sorprende esto? Es natural; os extraña que una vez siquiera la Corderita no vaya mansamente donde la lleven... ¡He sufrido tantos desprecios, tantas lástimas por este amor dulce y manso que ardía dentro de mí... ¡oídme, os pido que me oigáis!... que hoy, al ver que se le da el premio anhelado, como la última limosna, asoma a mis labios el primer grito de rebeldía: ¡no le quiero! No os asombréis. Mi rebeldía no es la que mira con ojos centelleantes y grita con voz ronca y golpea con puños crispados... Este sentimiento nuevo que hoy ha nacido en mí... ¡con qué incoherencia brotan de mi cerebro las ideas!... ¿No sabéis que estaba agonizando?, ¿que acaso mis últimas palabras sean éstas?... Oíd mis últimas palabras: mi rebeldía, que brota entre miradas de tristeza y sonrisas dolientes, os dice: ¡no quiero ya esa felicidad que fué el sueño de mi vida entera! He visto, de repente, que hay en vosotros tanta impureza, que he retrocedido horrorizada, como si al ir a coger una flor hubiera visto detrás de sus pétalos un nido de víboras... Antes lo iluminabas tú, hermana Fuego; ahora que tú te vas, ¡queda tan negro todo!... ¡No quiero, no quiero morir sumergida en esa negrura!

FEL.—¿Qué dices?

TOD.—¡Ah!

AST.—¡Felisa, hermana mía... ven que te abrace! Aquí, a nuestro lado también.

FEL.ª—Sí, al lado vuestro; a morir con vosotros.

DAV.—También a ti te esperaba, y has venido. Todo lo grande y bueno ha de venir al lado nuestro. Así, juntos, los tres, todos los rebeldes. Y ahora, haced fuego. Matad lo único puro, lo único bueno que habéis encontrado a vuestro paso. Manda hacer fuego, amo bueno, porque ya ves cómo uno a uno se van apagando todos los rayos de luz de la aureola que nimbaba tu cráneo.

BON.—¡Ah!... Pero ¿creéis que me habéis vencido? No; a mí no se me vence. ¡Me desafiáis todos? ¿Hasta los que lleváis sangre mía os ponéis enfrente de mí? ¡No importa! ¡Si os vais todos, todos!... aún quedo yo! Yo, el señor, el amo, ¿entendéis? ¡El amo! Y mientras yo quede, quedará la roca a cuyos pies os arrastraréis siempre, sin poder anegar su cúspide ni horadar sus entrañas. (Empieza a congestionarse.)

CLE.—¡Muy bien!

BRIG.—¡Bonifacio!

BON.—¡Callad todos!... ¡No quiero que mi obra se desmorone... no quiero... no quiero!... ¡Fuego contra ella también!... ¡Matadles a todos... a todos!...

ACOM.—¡No, no; eso, no!

BON.—¿Quién dice que no? El que se oponga a mi voluntad... ¡allí, con ellos!... ¿Queréis ir con ellos?...

ACOM.—¡No!

CLE.—Nosotros siempre seremos adictos a usted.

SEG.—No dude usted de nuestra fidelidad.

BON.—Entonces sois míos... míos todavía, y puesto que sois míos... ¡que no quede uno vivo! Esa es mi voluntad.

PAS.—Pero... ¿ella?...

BON.—¡Contra ella, contra todos! ¡Que mueran todos los que se van, todos los que me abandonan!... ¡Que mueran!... ¡O míos... míos... míos... o de la muerte!

(Cae, presa de una congestión cerebral. Todo el acompañamiento le rodea, en medio de gran confusión.)

DAV.—¿Cómo hemos de ser tuyos, si somos ya de nosotros mismos?... ¡Astrea, Felisa, compañeros!... Nos hemos redimido; ya estamos libres... En Villarredil ha salido el Sol. ¡Vamos a vivir al Sol!

FIN

Imprenta Moderna.—Doctor Fourquet, 28.—Teléfono M 14-51.

La Novela Cómica

ebrará dentro de unos días su segundo aniversario publicando en un número especial el juguete cómico en tres actos

EL RAYO,

éxito de risa más enorme de estos últimos tiempos.

edro Muñoz Seca y Juan López Núñez

n derrochado la sal de sus ingenios en esta obra de gracia extraordinaria.

EL RAYO

rá editado con los honores que se merece: en un número especial, con cubier- en magnífico papel esparto y con la reproducción de un soberbio tricolor, bido al insigne dibujante

Federico Ribas.

Ninguna obra teatral puede ser ofrecida a los lectores de

La Novela Cómica

n motivo de su aniversario, y respondiendo al creciente favor del público, como

EL RAYO

Rogamos a nuestros corresponsales que no lo hubieran hecho ya, que determinen de una manera exacta y sin pérdida de tiempo el número de ejemplares ue desean recibir de

EL RAYO,

ues son tantos los pedidos de esta obra, que no respondemos de remitir todos s ejemplares que soliciten si no lo avisan con antelación a la tirada, pues no stamos dispuestos a hacer nuevas ediciones.

La Novela Cómica

10
:NTIMOS

:tura
e García Ortega



ONIO F. LEPINA

NTONIO PLAÑIOL

La señora Barba-Azul

LA NOVELA CÓMICA

SAINETES PUBLICADOS

De Carlos Arniches

El amigo Melquiades (dos actos).—Serafín el Pinturero (dos actos) (1).—Los granujas (un acto) (2).—El santo de la Isidra (un acto).—El tío de Alcalá (un acto).

De D Ricardo de la Vega

La verbena de la Paloma y el bot cario y las chulapas o celos mal repı midos (un acto).—El señor Luis Tumbón o despacho de huevos fre cos (un acto).

LA SEÑORA BARBA-AZUL

REPARTO

PERSONAJES	ACTORES
CUADRO PRIMERO	
Topete	Sr. Alarcón.
León	» Del Toro.
Rey dei Petróleo	» Luján.
Marinero inglés	» Barta.
Rodríguez	» E. Lorente.
Ramón Estepón	» Serrano.
Pepe	» Llorens.
Chico	Niño Espinosa.
Marinero 1.º	Sr. Merendón.
Idem 2.º	» Núñez.
Idem 3.º	» Falagán.
Idem 4.º	» Díaz.
Marineros y bebedores.	
CUADRO SEGUNDO	
Topete	Sr. Alarcón.
Maitre	» Del Toro.
Bella Chinchín	Srta. Giménez.
Príncipe Zig	Sr. Llorens.
Duque Zag	» Palomino.
Rey del Betún	» E. Lorente.
Fotógrafo	» Sola.
Criada 1.º	» Merendón.
Idem 2.º	» Núñez.
Idem 3.º	» Falagán.
Idem 4.º	» Díaz.
Pasajero 1.º	» Rilo.
CUADRO TERCERO	
Topete	Sr. Alarcón.
Olegaria	Sra. Train.
Príncipe Postmayo	Sr. Serrano.
Rey de! Petaóleo	» Luján.
Coronel Krafí	» Merendón.
Capitán Aubert	» Sola.
Oficiales franceses y alemanes, soldados y coro general.	

La acción del primer cuadro en un puerto español; la del segundo, a bordo de un trasatlántico, y la del tercero, en la América del Sur.—Epoca, actual.

De Jacinto Benavente

La sobresalienta (un acto).

De Javier de Burgos

El mundo comedia es o el baile de Luis Alonso (un acto) (3).—Las mujeres (un acto) (3).

(1) En colaboración con J. G. Renovales.
(2) En colaboración con J. Jackson Veyan.
(3) Estudio crítico por Antonio Zozaya.

De Antonio Casero

La familia de la Sole (un acto).—porvenir del niño (un acto).—Las r citas del barrio (un acto) (1).

De D. Ramón de la Cruz

La pradera de San Isidro (un to) (2).—Las castañeras picadas acto) (2).

(1) En colaboración con A. Larrubiera.
(2) Estudio crítico por Pedro de Répide.

AÑO III — Madrid, 2 de junio de 1918 — Núm. 96

ANTONIO F. LEPINA Y ANTONIO PLANIOL

La señora Barba-Azul

Bufonada en un acto y tres cuadros, música de Quisland y Escobar, estrenada en el teatro Martín en la noche del 9 de octubre de 1909

CUADRO PRIMERO

Interior de un bar o taberna en un puerto español. Al foro, puerta de entrada; forillo, vista de un trozo del puerto. En la derecha, mostrador y anaquelería. Por la escena, mesas y banquetas. En las paredes, carteles anunciadores de Compañías navieras. Es de día. León, Marineros 1.°, 2.°, 3.° y 4.°, Marineros, Bebedores y Pepe, que come.

MAR. 1.° — (Que juega al dominó con el Marinero 4.° y otros.) ¡León, León! Más cerveza.

MAR. 2.° — ¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

MAR. 3.°—¡Ya me sale! (Toca en un acordeón un aire popular.)

MAR. 1.°—¡Calla!

MAR. 4.°—¡Dominó! ¡Has perdido!

MAR. 1.°—¿De dónde? ¡Te falta un juego!

MAR. 4.°—He ganado cuatro.

MAR. 1.°—¡Mentira!

MAR. 4.°—¡A mí no me dices tú éso! (Se levanta y riñen.) ¡Ladrón!

MAR. 1.°—¡Ahora verás! (Voces, ruído, confusión.)

LEON. — (Se adelanta, abre una navaja y los separa.) ¡Quietos! ¡Al primero que se mueva le hago picadillo el corazón!

MAR. 1.°—Pero si es que ese...

LEON. — ¡Calla! Aquí no hay más guapo que yo; el que salga de la taberna con una puñalá, es porque yo se la he dao. Pagar a medias.

MAR. 4.°—Yo no pago, porque he ganao.

LEON.—Si no pagas te hago picadillo el corazón; ¡por estas!

MAR. 1.°—¿Quieres que lo juguemos otra vez?

MAR. 4.°—Bueno, estos son testigos. (Juegan.)

LEON.—¡Valientes a mí, que he despachado a cinco!... (Va al mostrador.)

M. ING.—¡Ser valiente el tabernero!

MAR. 2.°—¿Valiente? ¡Es una fiera!

MAR. 3.° — Para ese el presidio es una quinta de recreo.

VOCES. — (Dentro.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Eh! ¡Pare! ¡Ay! (Timbre de un tranvía.)

MAR. 3.° — (Va al foro con León, Marinero 2.° e Inglés.) ¡De buena se ha librado!

MAR. 2.°—¿Qué es?

MAR. 3.°—A ese que le ha pillado el tranvía.

LEON.—Lo traen aquí.

MAR. 2.°—¡Lo ha abollado!

RAM. — (Sale dando fuertes abrazos a Topete, el cual los rehuye y se muestra dolorido.) Caballero, me debe usted el respirar sosegado, me debe usted la sonrisa que inunda sus labios; en fin, me debe la vida.

TOP.—Me debe usted dejar en paz, señor mío.

RAM.—Efectivamente; aun no estará usted tranquilo. ¿Quiere usted tomar algo para el susto?

TOP.—¡Un biftec!

RAM.—No, es contraproducente. A ver, un vaso de agua. (Se lo sirve León. Palpando a Topete le hace jugar las articulaciones y le molesta mucho.) Está usted ileso; ni la más ligera erosión.

MAR 2.°—¡Gracias al salvavidas!

RAM.—¡Usted lo ha dicho! ¡Qué hermoso momento! El trescientos ochenta y cuatro avanzaba vertiginoso, lo tira a usted, lo arrolla, lo hace una pelota y cuando la multitud lanza un ¡ay! de horror, surge usted en el salvavidas como en una cuna.

MAR. 2.°—¡Claro, como que ha nacio hoy!

RAM.—Quince días llevaba en esa esquina esperando un atropello.

TOP.—Pues podía usted haberme mandado un recado a casa.

LEON.—¡Sí que es un capricho!

RAM.—Soy el inventor de ese salvavidas y necesito certificar sus maravillosos resultados. Usted me lo firmará y los señores como testigos.

LEON.—Pues si el señor se descuida, atestigua usted con muertos.

RAM.—¡Nunca! Es un invento prodigioso. ¡Firme, caballero! (Topete firma.) ¡Firme. marinero!

TOP.—¡Paréceme que estamos haciendo la instrucción!

RAM.—Muchas gracias. (A Topete.) El inventor del paraguas de bolsillo, del conejo automático y de ese prodigioso salvavidas, Ramón Estepon.

TOP.—¡He tenido una satisfacción! (Mutis Ramón.)

RAM.—¡Hasta otra ocasión!

TOM.—(Maldita sea tu estampa, ladrón.) (Se levanta y llega al proscenio.) ¡No, no puede ser! ¡No, no y no! Eso del suicidio no se ha hecho para mí. Está visto que voy a morir de la edad del señor Matusalén. Anteayer me tendía en la vía del ferrocarril para que me hiciese mortadela el tren de las diez y seis y veinte; espera que te espera me quedé como un ceporro; el tren traía cuatro horas de retraso. Ayer me ato una cuerda al cuello, me subo a un árbol y cuando estaba diciendo: San Judas, dame dame una muerte corta ¡pum! el guarda me dió una descarga de sal, que me puso el asiento de rejilla. Hoy, aguardo el paso de un tranvía eléctrico, me dejo caer delante de él... y acredito el salvavidas de ese tío. Total, tres intentos de suicidio y ni el menor chichón. Y a todo esto con un café con media tostada desde anteayer que me convidó un amigo porque era su cumpleaños. (Mirando al cielo.) Santa Rita, tú que eres abogada de los imposibles, haz que fallezca y mi primera visita es para ti. (Se sienta.)

PEPE.—(Termina de comer y llama. Acude el Chico y le da una peseta de un sonido intolerable.) Cobre.

CHICO.—(Coge la peseta, la mira, la suena y hace una mueca.) Esta peseta... (Se la da al Marinero 1.°) ¿Hace usted el favor?

MAR 1.°—(Hace el mismo juego que el Chico.) No me gusta.

PEPE.—¿Pero se ha creído ese señor que es un bombón?

CHICO.—(Da la pesata a León.) A ver esta peseta.

LEON.—(La mira, etc., como los anteriores y la tira.) Es mala.

PEPE.—(Cogiéndola.) Mala, ¿eh? Quisiera yo ver cómo quedaba usted después de haberle mordido toda la concurrencia.

LEON.—¡A mí no hay quien me hinque el diente!

PEPE.—¡Pues yo no tengo más que esa peseta!

LEON.—(Muy agresivo cogiéndole por una solapa.) ¡Estafador! De mi casa no sale nadie sin pagar; esa es mi fama.

PEPE.—(Con miedo.) Ya lo sé, pero total ha sido un real de judías.

LEON.—¿Un real? ¡Por 15 céntimos dejé al Calamares seco de un tiro

PEPE.—¿Seco?
LEON.—¡No dijo ni pío! Salí de cumplir condena y otro ladrón me quiso estafar una ración de pisto, y le hice un chirlo que tiene señal pa un rato.
PEPE.—¿Y qué pena le da usted a un real de judías?
LEON.—¡La de la vida, ¡granuja! (Abre una gran navaja.) Te voy hacer picadillo el corazón.
PEPE.—¡Socorro! ¡Que me matan! (Los marineros acuden y le sujetan.
MAR. 2.º—(A León.) Toma el real y déjale.
LEON.—(Tomando el dinero y más tranquilo.) Eso es otra cosa. Le debes la vida, que tengo un humor que mato a mi padre por 10 céntimos.
PEPE.—(A Marinero 2.º) Dios te lo pague. (Vase.)
MAR. 2.º—Y tu cuando puedas.
LEON.—(Va al mostrador.) El que no pague se deja aquí el hígado.
TOP.—(Que ha escuchado con atención.) ¿Ha dicho el hígado? ¡Santa Rita, ahora subo! ¡Que no me falle! (Palmotea.) Dios me haya perdonado.
LEON.—(Acercándose a la mesa en actitud huraña.) ¿Que va a ser?
TOP.—Bueno... pues... (Sea lo que Dios quiera.) Traiga un bistef con patatas, eso es, y merluza, eso es, y pollo, postres variados, Jerez para el pescado; Burdeos a pasto, café y un caruncho. (Me parece que es un menú mortal de necesidad.)
LEON.—¿Supongo que se habrá dado cuenta de lo que le va a costar?
TOP.—(¡La vida!) Sí, señor.
LEON.—(Va hacia el mostrador.) (Vamos, ya hemos hecho el día.)
TOP.—(Muy alegre.) ¡Ay, mo lo sirve, me lo sirve! ¡Dios mío, me parece que tengo los minutos contados! ¡Al fin, al fin! (León y el Chico sirven a Topete lo pedido y él comerá con ansia durante la siguiente escena.)
MAR. 1.º—¡Dominó!
MAR. 2.º—¡Venga cerveza!
M. ING.—¡Hip!
MAR. 1.º—¡Hurra! Canta algo, bacalao con tomate.
M. ING.—Cantar no, bailar la danza de mi país,
TODOS.—Venga, venga.
MAR. 1.º—¡Duro con el baile inglés! (El marinero inglés baila.)
ROD.—(Entra.) Hola, amigo León. ¿Ha venido ese señor yanke?
LEON.—¿El rey del petróleo?
ROD.—Sí.
LEON.—Dijo que volvería.
ROD.—Le esperaré. (Saluda a los marineros.)
TOP.—(Reparando en Rodríguez.) ¿Qué veo? ¡Rodríguez! (Se levanta y lo abraza.) ¡Tantos años sin vernos!
ROD.—¡Topete! ¿Qué haces aqui?
ROP.—Prepararme para hien morir.
ROD.—¿Cómo?
TOP.—Siéntate y toma lo que quieras, pide sin reparos
ROD!—¿Estás en fondo?
TOP.—Estoy en las últimas; pero, anda, pide, que me haces un favor. Cada copa que bebas es un minuto que me quitas de agonia.
ROD.—Pero oye, ¿estás loco?
TOP.—No, caro Rodríguez, no. ¿Qué bebes?
ROD.—Que me traigan un quince.
TOP.—¿Un quince? (A León.) Al señor, Champagne.
ROD.—Mira que te va a costar mucho.
TOP.—(¡Unas siete puñaladas!) (León sirve el Champagne.)
ROD.—¿Qué es de tu vida?
TOP.—Te la estás bebiendo.

*

ROD.—Pero...

TOP.—No me hagas caso. ¡Me preguntas por mi vida? ¡Una odisea! ¡Ay Rodríguez! tú no sabes lo que ha pasado el pobre Topete desde que le dejaste de hombre anuncio en la rue Lafayette.

ROD.—Entonces ya habías pasado las morás.

TOP.—Pues luego todo el arco iris. Pero bebe, hombre, bebe. Convida a esos amigos. ¡Eh, mozo! A esos señores lo que quieran.

ROD.—(A los Marineros.) Beber, que convida este amigo.

MAR. 1.º—Gracias.

M. ING.—¿Ser su santo?

TOP.—No, es mi cumpleaños. Beban, sin tasa.

LEON.—Bien decía yo que había hecho el día. Como éste caen pocos.

ROD.—¡Chico, te va a salir por un ojo de la cara!

TOP.—¿Por un ojo? ¡Tú no conoces la tarifa del establecimiento! Bueno, y ¿tú qué haces?

ROD.—Llevo tres años de marinero en el trasatlántico *El Cosmopolita* y estoy al pelo.

MAR. 1.º—(Bebiendo.) ¡A su salud!

TOP.—Gracias.

MAR. 3.º—Gracias, señor, y que Dios se lo pague.

TOP.—(Bueno, que se lo pague él.)

TODOS.—¡Hip! ¡Hip! ¡Hurra!

TOP.—Beber más y de lo más caro. (La muerte va a ser instantánea.

MAR. 3.º—(Al segundo que se supone que antes contaba algo que escuchaban todos.) Sigue, sigue la historia, con permiso de este caballero.

TOP.—Sí, que siga.

M. ING.—Contag, contag, mí gustar mucho las aventuras.

ROD.—Yo os contaré algo que hemos descubierto en el último viaje.

MÚSICA

MAR. 1.º (Con cómico y exagerado misterio.)
En el golfo del Carbón,
sobre el grado treinta y siete,
junto al Norte del Sudán,
por el lado del Japón,
hacia el Este de Albacete,
hay una isla
que es prodigiosa
por sus mujeres,
que son hermosas.

MAR. 2.º Y entre todas se destaca
la señora Barba-Azul.

TOP. ¡Azul!
MAR. 1.º ¡Azul!
MAR. 2.º ¡Azul!

MAR. 1.º, MAR. 2.º, MAR. 3.º Es lo que se llama
una gran mujer.

TODOS. Con toda la barba azul.
¡Azul!
¡Azul!
¡Azul!

MAR. 1.º Es la gran mujer;
se ha casado seis veces
y ha matao a los seis.

TOP. ¿Qué me cuenta usted?
MAR. 1.º Y ahora la pobre.
TOP. ¿Qué?
MAR. 1.º Desconsolada.
TOP. ¿Sí?
MAR. 1.º Busca marido.
TOP. ¿Sí?
MAR. 1.º Y no le halla.

TOP. (Casi hablado.) Dígame,
¿es rica esa mujer?
MAR. 1.º Tiene la fortuna de los seis.
MAR. 2.º Tiene un gran ingenio.
TOP. ¡Es de suponer!
MAR. 1.º ¡Tiene mil esclavos!
TOP. ¿Tiene mil esclavos?
MAR. 2.º Vive en un castillo.
TOP. Yo lo he de asaltar
MAR. 1.º Que encierra un tesoro.
TOP. ¿Que encierra un tesoro?
Yo lo he de gastar.
Cuando yo la vea
la conquistaré
COBO. ¿Usted?
TOP. Y por esas islas...
CORO. ¡Ja, ja!
¿Usted?
TOP. La pasearé.
CORO. ¿Usted?
TOP. Así, así.
Así la pasearé.
CORO ¿Usted, usted?
¡Ja, ja, ja!
TOP. Así, así, así
la pasearé.
¿Usted?
UNOS. ¡Ja, ja, ja!
OTROS. ¿Usted, usted?
UNOS. Yo, ¿y qué?
TOP. ¿Usted, usted?
UNOS. ¡Ja, ja, ja!
OTROS. (Se retiran sin cesar de reir y comentando.)
TOP. ¿Y qué y qué?

TOP.—¡Ay, Rodríguez! Yo parto inmediatamente para esa famosa isla. Me siento héroe; quiero ser el séptimo.

ROD.—¿Estás loco? ¿No has oído que esa mujer es un panteón de familia? Esos seis maridos los ha despachado en menos de dos años.

TOP.—¡Dios mío! Le dura menos un marido que a mí un par de botas.

ROD.—Con justicia le llaman la señora Barba-Azul.

TOP.—Nada, no te preocupes, a esa la dejo yo con perilla. ¡Mi porvenir está en el mar!

ROD.—Pero Topete...

TOP.—Escucha, Rodríguez. Dispuesto a suicidarme, entré aquí, donde me enteré que ese tío León, o pantera, mata a un hombre por un real de judías; en cuanto lo oí, pedí esto. Creo tengo un pie en la sepultura.

ROD.—¿Y cómo pagar esto? Yo no tengo un céntimo, y ese tío León te mata, vaya si te mata. (Bebe champagne.)

TOP.—¡Por Dios, no bebas más, deja algo para que no se ensañe!

MAR. 1.°—¡Hurra por el valiente! ¡Bebamos!

TODOS.—¡Hurra!

MAR. 2.°—¡Venga vino!

TOP.—¡No! No beban ustedes más, que les va a hacer daño.

MAR. 1.°—¡Bebamos a su salud!

TOP.—Si es por mi salud, no beban ni una gota.

ROD.—Oye, suponiendo que salgas de aquí vivo, ¿cómo vas a ir a América?

TOP.—Si salgo, a nado, si es preciso; pero tú me puedes ayudar; puedes llevarme en el barco de cualquier cosa.

ROD.—¡Imposible! Todas las plazas están cubiertas y zarpamos antes de media hora. Yo sólo aguardo aquí a un yanke para entregarle su pasaje.

TOP.—¡Ah! ¿Tienes ahí un pasaje?

ROD.—Sí; a nombre del Rey del Petróleo.

TOP.—¡Ay, Rodríguez! Tú puedes ser mi salvavidas. Dame ese pasaje, vámonos al vapor y yo paso por el Rey del Petróleo.

ROD.—Deliras, Topete.

TOP.—No me quieres, Rodríquez; no eres el que me llamaba hermano.

ROD.—No digas eso. Mira; te juro que si no viene el yanke antes de que suene la sirena para levar anclas, te doy el pasaje.

TOP.—¡Ay, Dios mío! ¡Que no venga! ¡Que lo haya cogido un tranvía! ¡Que se le haya parado el reloj! Que...

ROD.—Ahí está.

TOP.—¡Que le parta un rayo!

REY DEL PEROLEO.—(Entra muy deprisa. En todos sus actos marca una actividad exagerada. Llega hasta una mesa del primer término y palmotea, después mira el reloj) ¡Oh, mi hacerse tarde!

LEON.—(Acercándose) ¿Qué va a ser?

R. PET.—Bok; tomar cinco minutos, tener prisa *Taim is mony.*

LEON,—¿Cómo?

R. PET.—Vamos; deprisa que el tiempo es oro.

LEON.—¡Ah, ya! (Cada día se aprende una cosa nueva.) (Va al mostrador. El Rey del Petróleo saca un cuadernito en el que lee y apunta.)

TOP.—¡Voló el pasaje!

ROD.—Chico, yo no puedo hacer más.

TOP.—¡Si pudiéramos dejarle en tierra!

R. PET.—(Escribiendo) Embarcar London petróleo New York.

LEON.—Señor... (Sirve el bok y el Rey se lo bebe de un sorbo.)

R. PET.—Otro. Vamos. *Taim is mony.*

ROD.—¡Ahí tienes un gachó activo!

TOP.—¡Movido por el petróleo, figúrate! ¡Cualquiera deja en tierra a ese Dion-Buton!

ROD.—(Al Rey.) Señor, tengo el pasaje en el bolsillo y me ocuparé del equipaje.

R. PET.—(Sin dejar de escribir.) *Very güel. Taim is mony*, no olvidar. Avíseme hora justa salida. Negocio 160.000 litros petróleo perder si no embarco.

ROD.—(A Topete.) Ya lo has oído, es un tío que tiene la mar de vista para los negocios.

TOP.—¡Figúrate si se necesita quinqué para tanto petróleo!... y yo, en cambio, a dos velas... ¿Le has dado el pasaje?

ROD.—No, hombre; aquí lo tengo.

TOP.—¿Me lo darás si consigo dejar en tierra al petrolero ese?

ROD.—Que sí, hombre; pero temo que no puedas.

TOP.—¡Calla! (Se le ocurre una idea.)

ROD.—¿Qué te pasa?

TOP.—¡Casi nada! Que ese tío no embarca.

ROD.—¡No te entiendo!

TOP.—¿Ese gachó tendrá honor, verdad? Un honor limpio como una patena.

ROD.—Es de suponer.

TOP.—Pues se lo voy a poner como una rodilla, y en cuanto se ofenda y replique le desafío, le llevo al campo del honor y allí le dejo plantado.

ROD.—¿Y si te falla?

TOP.—¡Ca, hombre! Ese petrolero se queda en tierra esperándome sable en mano mientras yo embarco con rumbo a la señora Barba-Azul.

ROD.—En fin, allá tú. Suerte. (Mutis para volver a su tiempo.)

TOP.—¡Dios mío, inspírame un insulto de esos de tiro rápido.

R. PET.—(Cierra el cuaderno y mira el reloj.) *Y sis very güel.*

TOP.—Majestad, oiga usted.

R. PET.—Yo tener prisa. ¿Qué querer?

TOP.—Pues...

R. PET.—¡*Ready*! ¿Quiere precios petróleo? Superior, dos dólares; refinado, tres dólares; común, un dólar...

TOP.—Gracias; tengo luz eléctrica.

R. PET.—Entonces, ¿qué querer? Despachar pronte. *Taim is mony*. Y ganar 200 dólares por minuto y no poder perder tiempo. (Medio mutis.)

TOP.—¿200 dólares por minuto? Pues dedíqueme usted mediahora.

R. PET.—¡Imposible! Tener los minutos contados.

TOP.—Bueno; óigame usted cuatrocientos dólares; digo, dos minutos.

R. PET.—Pierdo negocio, imposible. (Medio mutis.)

TOP.—Venga usted acá. (A este tío hay que ofenderle a sesenta por hora.) (Le coge por la levita.)

R. PET.—Diga de una vez.

TOP.—(Sea lo que Dios quiera.) Que yo le voy a mascar la nuez.

R. PET.—¿La nuez? ¿Qué nuez?

TOP.—La de usted, fragmento de primo.

R. PET.—¡Oh, carácter español! Bromista, curioso tipo; pero yo no tener tiempo. (Medio mutis.)

TOP.—Nada de bromas; es que le voy a comer a usted los hígados.

R. PET.—(Muy tranquilo.) ¡Ah, usted ser antropófago! (Medio mutis.)

TOP.—¡Oiga usted! (Le coge.) (Le voy a tener que pegar y lo siento.)

R. PET.—Déjeme, soy el Rey del Petróleo. (Medio mutis.)

TOP.—(¡A ver si le quemo!) Usted no es rey ni Roque ni nada. (Le coge por el faldón.)

R. PET.—*¡Estop yentleman!*
TOP.—(¡Ahí le duele!) Y me han dicho que el petróleo de usted de tufo.
R. PET.—*¡Soquin!* ¡Mentira, ser mentira!
TOP.—(¡Ya le tengo, mío es el pasaje!)
R. PET.—Mi petróleo es el primer petróleo del mundo; el único del mundo.
TOP.—(¡Ya no se me escapa!) Y además de malo sé que lo da usted muy mal medido, porque es usted un estafador.
R. PET.—(Indignadisimo.) ¡Oh, *jepless!*
TOP.—(Pa mí que me ha nombrao la familia.)
R. PET.—No perdonar que me toquen el petróleo. El petróleo es mi honor, mi orgullo, mi vida. ¡Me dará usted una reparación!
TOP.—Sí, señor.
R. PET.—¿Acepta el desafío?
TOP.—Aceptado. (Es mío.)
R. PET.—(Sacando una cajita del bolsillo.) Aquí haber dos píldoras, una ser de veneno activísimo; otra de miga de pan. Escoger y la suerte decidirá quien morir de los dos.
TOP.—(¡Rediez, con esto no contaba yo!) Gracias, mister; no tomo nada entre horas.
R. PET.—¿No aceptar?
TOP.—La píldora en España no es arma de combate.
R. PET.—Decida. *Taim is mony.* Tengo cinco minutos para matar a usted. Son las seis, a las seis y cinco será usted cadáver.
TOP.—Yo no puedo morirme a esta hora porque estoy citado con un amigo. (¡Qué tío más bruto!)
R. PET.—¿No querer píldoras? Bien. (Saca dos pistolas iguales.) Aquí haber dos pistolas sistema americano; no fallar. (Da a Topete una, que éste coge.) Tenga; en guardia. Estos señores serán testigos.
LEON.—¡Se matan!
TOP.—(Muerto de miedo.) No tire. Yo tengo que arreglar mis cosas.
LEON.—¡Quietos! Aquí no riñe nadie.
R. PET.—¡Estar ofendido!
TOP.—(Aparte al Rey.) Oiga usted, mister. Yo no me bato hasta las siete y media, y ha de ser en el campo.
R. PET.—Imposible; yo embarcar a las seis y media o perder negocio de ciento sesenta mil litros petróleo.
TOP.—Miedo que tiene usted.
R. PET.—Yo no conocer miedo.
TOP.—Claro, porque el barco no sale hasta las ocho.
R. PET.—¿Estar seguro?
TOP.—Palabra. Yo también me voy en esa barco.
R. PET.—Entonces, bien. A las siete y media.
TOP.—Tras la muralla.
R. PET.—Allí le espero.
TOP.—Esperar sentado, míster.
R. PET.—*¡Ol rait! Taim is mony* (Mutis.)
TOP.—Sí, el tiempo es oro; hay que aprovecharlo. Señora Barba-Azul, soy de usted afectísimo.
ROD.—¿Qué hay? (Entrando.)
TOP.—Todo arreglado; me espera en la muralla a las siete y media. Dame el pesaje.
ROD.—(Se le da.) Toma, eres heroico. (Sale.)
TOP.—¡Vamos y viva la libertad! (Medio mutis.)
LEON.—(Agarrándole.) ¿Qué libertad? ¡Ven, ladrón, paga lo que debes!

TOP.—¡Dios me haya pedonado! Mande la factura a la señora Barba-Azul.
LEON.—A pagar ahora mismo o mueres.
TOP.—(Sacando la pistola.) ¡Ah! ¿Qué se debe?
LEON.—¡La Vida! (Volviéndose con la navaja.)
TOP.—(Apuntándole.) Pues cobra y dame la vuelta.
LEON.—(Asombradísimo y escondiéndose.) No tire, estamos en paz. Yo por las buenas soy un infeliz.
TOP.—¡Gracias a Dios! Señora Barba-Azul, tienes el séptimo en camino.

CUADRO SEGUNDO

Cubierta de un gran transatlánico. Sillas de mimbre, mecedoras de lona de las usadas en los vapores y un veladorcito. Derecha, salida de los camarotes de primera. Es de día.

CRI. 1.°—(Asoma por la izquierda y dice al paño.) Quitarse de ahí que ahora sale el Rey del Petróleo. (Aparecen los otros tres criados, de frac. Quédanse mirando hacia la izquierda.) Ya sabéis que es muy estrambótico
CRI. 2.°—¡Y tan estrambótico!
CRI. 3.°—Son genialidades de los archimillonarios.
CRI. 1.°—Pero es espléndido como él solo. Cuentan que dió una vez cien dólares a un limpia botas.
CRI. 2.°—Sería por dase lustre.
FOT.—(Trae una máquina fotográfica. Habla con acento francés.) ¿Sale el Rey del Petróleo? ¡Oh, qué instantánea más interesante!
CRI. 1.°—¡Eh, retírese, que puede enfadarse! Ya sabe usted que no quiere que le retraten.
FOT.—¡Pues por eso! Ye sui corresponsal del gran journal *The Times* no puedo desperdiciar información tan interesante. Cinco pesetas...
CRI. 1.°—Puede usted retirarse, porque el Rey está en puerta.
FOT.—¡Oh... la... la! Yo le sorprendere. (Vase.)
TOP.—(Sale y le rodean todos los criados. El primero le cepilla, el segundo le pasa un plumero por las botas, el tercero le limpia el sombrero y el cuarto las manchas del traje con un pañito. Vaya una vida, ni de arzobispo! Lo malo es dormir en una cómoda.
CRI. 1.°—Perdonad, señor, lleváis algo de polvo.
TOP.—Es del camino.
CRI. 2.°—Señor, las botas.
CRI. 3.°—Excelencia, llevais el sombrero sucio.
TOP.—Es comodidad.
CRI. 4.°—Aquí tenéis una mancha.
TOP.—Es de petróleo. Gajes del oficio.
CRI.—4.°—Aquí téneis otra.
TOP.—Es igual.
CRI. 4.°—No, esta parece de huevo.
TOP.—Sí, es de huevo y manteca; un descuido de anoche. Yo soy algo descuidado; además olvidé mi equipaje. Los negocios. ¡Oh, los negocios! Yo gano doscientos dólares por minuto.
CRIADOS.—¿Doscientos dólares? (Le cepillan con afán loco.)
TOP.—(Me van a poner como nuevo.) Bueno, basta, yo no poder perder el tiempo. No te times... Bueno el tiempo es oro.
CRI. 1.°—¿Desea algo el señor?
CRI. 2.°—¿El desayuno?
TOP.—Hombre, sí quiero matar el gusanillo. Venga media de Cazalla
CRI. 1.°—¿Cómo?
TOP.—(Me colé.) Un chocolate con bizcochos; pero de Matías López
CRIADOS.—(A un tiempo.) ¡Va! (Mutis corriendo. Topete se asusta.)

TOP.—Me río yo de las fugas de vocales. ¿Se habrán olido que soy un rey de camama? Porque me parece que no les he dicho nada que ofenda.
BELLA.—(¡El Rey del Petróleo! Si yo pudiese ser reina consorte.)
TOP.—¡Rechufla, que escultura! Y yo de etiqueta.
BELLA.—(Saca del bolso un espejo, una bolsita de polvos y se acicala.) A ver si le conquisto.
TOP.—(Anda, se está haciendo la *toilette*; pues yo no soy menos.) (Se sacude con el pañuelo y se alisa ei pelo con la mano.)
BELLA.—(¡Ya estoy tan guapa!)
TOP.—(¡Ya estoy tan guapo!)
BELLA.—(¿Y por dónde le entraré yo a este hombre?)
TOP.—(¡Si me saliera un piropo de esos incandescentes!...)
BELLA y TOP.—(A un tiempo.) Caballero... Señora... Plancha. Usted primero.
BELLA.—No, usted.
TOP.—De ningún modo, las señoras delante.
BELLA.—Pues... Dígame. ¿Qué rumbo llevamos?
TOP. ¿Rumbo? Espere. (Pone los brazos en cruz y mira hacia la izquierda.)
BELLA.—Parece que está usted castigado.
TOP.—No, es que me oriento.
BELLA.—¡Ah, ya!
TOP.—Mire usted. Frente de mí sale el sol; es el Sur. A mi espalda está el Norte. Este es el Este, este el Oeste, si vamos al Este...
BELLA.—Que no lo quiera Dios.
TOP.—El sudoeste, el sudoeste... (Sudo tinta.)
BELLA.—Bueno, pero ¿a qué altura estamos?
TOP.—Estamos a la altura de una zapatilla en eso de Geografía. ¿Le es a usted igual que nos lleven a donde quieran?
BELLA.—¿Ha dicho usted que nos lleven?
TOP.—Sí, señora; lo he dicho porque con una mujer que lleva el rumbo de usted, va uno a pique sin remedio.
BELLA.—(¡Lo cazaré!) Es usted el primer rey galante que he conocido.
TOP.—Porque con las señoras abdico, me paso a la república y no consiento que me coronen. ¡Me gusta la libertad! (Se acerca mucho a ella.)
BELLA.—¡Ay, por Dios!
TOP.—Sí, señora. ¡Viva la libertad! (Intenta y casi la abraza.)
BELLA.—¡Eh, que me voy a tener que declarar en estado de sitio!
TOP.—¿De qué sitio, palmera?
BELLA.—(Ya es mío!) Del que usted quiera, guasón. (Con la coba del mareo, camelado del todo.) ¡Ay, caballero, que se me va la cabeza!
TOP.—¡Y a mí también!
TOP.—¡Vaya usted con Dios, solomillo perfumado! Me la comía a usted.
BELLA.—Antropófago. (Mutis.)
MAITRE.—(A Topete, muy amable.) Míster.
TOP.—(Volviéndose rápidamente.) ¿Quién anda ahí?
MAI.—Míster...
TOP.—(¡Ah, vamos! Es el jefe del comedor.)
MAI.—Di ser pliss tu sei mi guot ji güises tu it ai am tu guor disposol.
TOP.—(Demonio, me habla en extranjero y debe ser de comer. ¡Me he lucido!) Oiga, dígamelo en castellano.
MAI.—¿Pero el señor no habla inglés siendo norteamericano? (Ceremoniosísimo y con acento extranjero)
TOP.—(Pues es verdad que soy yanke.) Sí, hombre, yo hablo el inglés desde que nací...

MAI.—¡Oh, qué prodigio!
TOP.—Pero como estamos en aguas españolas quiero rendir ese homenaje a España. ¿No hago bien?
MAI.—¡Oh, yes! Pues estoy a sus órdenes.
TOP.—¿A mis órdenes?
MAI.—¡Oh, yes! Deseo saber lo que le apetece al señor para almorzar.
TOP.—¡Cualquier cosa! Yo como de todo.
MAI.—¡Oh, no! La comida no es selecta, y un paladar tan regio como el del señor estará acostumbrado a comidas muy delicadas.
TOP.—Hombre, por mí que no hagan extraordinarios. ¿Hay cocido?
MAI.—¿Cocido? ¡No!
TOP.—Quien dice cocido dice otra cualquier cosa. ¿Qué hay hecho?
MAI.—Lo que hay no le va a gustar al señor. Sopa de tortuga.
TOP.—No, eso tarda mucho.
MAI.—Pastel de liebre.
TOP.—Es demasiado ligero.
MAI.—¿Está viendo el señor como este menú no es para su delicadísimo paladar? El señor desea algo más escogido, más selecto.
TOP.—Sí, sí; otra cosa.
MAI.—Bien; pues el señor dirá y tomaré nota.
TOP.—Apunte.
MAI.—¿Sopa?
TOP.—La sopa... de ajo y con mucho pimentón.
MAI.—¿Ajo?
TOP.—Ajo, ajo... Parece que estamos alegrando a un rorro.
MAI.—¿Plato de entrada?
TOP.—¿De entrada? Apunte judías estofadas.
MAI.—¿Judías?
TOP.—Sí, hombre, tengo ganas de probar las judías del Barco que son muy nombradas.
MAI.—¿Segundo plato?
TOP.—Pisto, pero abundante ¿eh? (para un rey todo el pisto es poco). Además los ordubres que sean de costumbre. ¡Ah!, y una ensalada de pepinos.
MAI.—¡Yes! He podido observar que el señor quiere hacer una comida con platos a la española. ¿No le gusta la comida americana?
TOP.—La americana no me sienta.
MAI.—Estará fatigado el señor de los platos a la rusa, de los platos a la inglesa...
TOP.—De lo que estoy fatigado es de los platos a la funerala.
MAI.—No conozco esa cocina.
TOP.—Pues donde está esa cocina, boca abajo todo.
MAI.—¿Vinos? Tenemos Burdeos, tenemos Rhin, tenemos Porto.
TOP.—¡A mí Valdepeñas!
MAI.—¡Oh, yes! (Medio mutis.)
TOP.—*Oyes*. Después café con media.
MAI.—Vuestra majestad será servido. (Mutis.)
TOP.—(Volviendo al proscenio.) ¡Mi majestad yo! Como me conozcan me van a destronar de una bofetada. ¡Qué loca es la suerte! Hace cuatro días comía quincenal y hoy me hacen un croquis del almuerzo. (Sentándose en una mecedora.) Si después de esto logro la mano de la señora Barba-Azul y enviudo, me río yo de la suerte de don Tancredo.
ZIG.—(Sale acompañado de Zag. Ambos visten pantalón blanco, americana negra con una flor blanca en el ojal y gorrita blanca con galón negro. Se procurará que estos dos personajes sean muy semejantes en es

atura; ambos son rubios y llevan grandes bigotes a lo Kaiser y monócu-o.) !Armando!

ZAG.—¡Orlando!

ZIG.—¡Hele aquí!

ZAG.—¡Es el rey del petróleo!

ZIG.—¡Hele al fin le hemos cogido!.

ZAG.—¡Lo tenemos!

ZIG.—Lo allanaremos. Señor, habiendo sabido que viajaba hombre an célebre con rumbo a las Américas, le hemos seguido el rastro.

TOP.—¿Es a mí?

CRI. 1.º—(Saliendo vertiginosamente con un servicio de chocolate.) Señor, el chocolate a la francesa, sin canela y con bizcochos.

TOP.—¡Ah, el desayuno! Muy bien. (Mutis Criado.) ¿Ustedes no querán, verdad? (Después de comer.)

ZIG.—¡Oh, gracias!

TOP.—¿Y con quien tengo el gusto?...

ZAG.—El señor es el Príncipe Zig, de la casa Coburgo Gotha.

ZIG.—Y el señor es el Duque Zag, de la misma casa de Coburgo. Somos hermanos.

TOP.—No lo pueden ustedes negar, son dos gotas. Siéntense, compañeros.

ZAG.—(Sentándose.) Con su venia.

ZIG.—Con su licencia. (Estos personajes harán movimientos y tomarán actitudes muy semejantes.)

CRI. 2.º—(Sale rápido con un servicio de chocolate.) ¡Ah!

CRI. 3.º—(Por el mismo lado con otro servicio.) ¡Ah!

LOS DOS.—Señor, a la francesa, sin canela y con bizcochos. (A duo.)

CRI. 2.º—Yo fuí el primero.

CRI. 3.º—Antes fuí yo.

CRI. 2.º—Mi chocolate será el que tome el señor.

CRI. 3.º—Será el mío.

TOP.—Que haya paz, vamos.

CRI. 2.º—Señor, yo...

CRI. 3.º—Por servir al señor...

TOP.—No quiero cuestiones; dejad los dos, el chocolate no ocupa lugar.

CRI. 2.º—Señor...

CRI. 3.º—Señor... (Vanse.)

TOP.—(La emprende a dos manos con el chocolate.) Ustedes dirán lo que desean.

ZIG.—Nosotros sentimos la admiración de lo célebre.

ZAG.—De lo grande

ZIG.—Usted nos atrae.

ZAG.—Nos arrastra.

ZIG.—Viajamos de incógnito y sólo ante su figura nos descubrimos.

TOP.—Por mí cúbranse ustedes.

ZAG.—Es comodidad.

ZIG.—Nuestra pasión es el autógrafo.

ZAG.—Por una frase escrita de mano de un hombre célebre recorremos el mundo de zona a zona.

ZIG.—Tenemos estas tarjetas para que nos las firmen Pío X, el Zar, Machaquito, el Chaldi... (Las pasa de mano a mano.)

TOP.—¿Y esta?

ZIG.—Pa el Gato.

ZAG.—Dos mil celebridades. Sólo nos falta usted.

TOP.—¡Por Dios!...

ZIG.—Fuera modestia.
TOP.—Ustedes no me conocen. (¡Pero que ni de vista!)
ZAG.—En fin, tenga la tarjeta.
TOP.—¿Y qué he de poner? (Vaya un aprieto. Aquí terminó mi reinado.)
ZIG.—Cualquier tontería, siendo de usted...
TOP.—Muchas gracias. (Se queda pensativo.)
FOT.—(Saliendo con la máquina.) ¡Oh, qué actitud más interesante! ¡Ya le tengo! Quieto, un momento.
TOP.—(Al ver al Fotógrafo se tapa rápidamente la cara.) ¡No! ¡No! He dicho que no me retrato.
ZIG.—Caballero, no interrumpa al señor.
FOT.—Es que soy corresponsal de *The Thimes*.
ZAG.—Bueno; ahora no le interrumpa.
FOT.—¡Oh, yo lo retrataré, vaya si lo retrataré! (Mutis.)
TOP.—(Este tío me va a buscar un compromiso.)
ZIG.—(A Zag.) Qué modestia.
TOP.—Esto ya está. Tome. (Aquí fué Troya.)
ZIG.—(Leyendo.) «El petróleo es como el dinero: si no se gasta, no luce.»
ZAG.—¡Oh, oh!
TOP.—(Me la he ganado.)
ZAG.—(Va a abrazar a Topete, y éste huye creyendo que le va a agredir.) Deje que le abrace.
ZIG.—Es colosal. Deje que le estreche.
TOP.—(Menos mal.) Eso no vale nada.
ZIG.—Esa comparación es digna de la pluma de Víctor Hugo.
ZAG.—Ese paralelo es digno del cerebro de Tolstoi.
TOP.—Es mi género; escribo siempre para-lelos.
CRI. 4.º—(Sale precipitadamente con un servicio de desayuno.) Señor, el chocolate a la francesa, sin canela y con bizcochos.
TOP.—¿Otro? ¿Es pitorreo?
CRI. 4.º—Señor, yo...
TOP.—En fin, déjalo; lo tomaré a media mañana.
CRI. 1.º—A sus órdenes. (Vase.)
ZIG.—¿Tiene usted el trust del chocolate con bizcochos?
TOP.—Sí, señor. (Váyase para cuando no lo tomaba en un mes.)
ZIG.—En fin, reciba, pues, el homenaje de nuestra admiración. Y cuente con el apoyo incondicional del Príncipe Zig de Coburgo Gotha.
ZAG.—Duque de Zag...
ZIG.—Palacios imperiales...
ZAG.—En Nuremberg.
TOP.—Tabernillas, 6. (Me he colado.) 832, Avenida de New York.
ZIG.—¡Zig!
ZAG.—¡Zag! (Saludan.)
TOP.—Vayan ustedes con Dios. (Los imita.)
CRIADOS 1.º, 2.º, 3.º y 4.º—(Salen a tiempo y dicen:) Señor, la hora del vermouth ha sonado.
TOP.—¡Caramba, cómo pasa el tiempo y yo aún con el chocolate!
CRI. 1.º—¿Quiere el señor el vermouth?
CRI. 2.º—¿Con bitter?
CRI. 3.º—¿Gotas amargas?
CRI. 4.º—¿Aceitunas?
CRI. 1.º—¿Anchoa?
TOP.—Con todo, con todo. (Se van los Criados corriendo. El mismo efecto de la escena primera.) El apetito se me va a quedar permanente.
MAI.—Señor. (Saliendo.)

TOP.—¿Eh? ¡Ah!
MAI.—Tengo que deciros algo muy importante.
TOP.—¿Qué? ¿Se han encallado las judías?
MAI.—¡Oh, no! Más importante.
TOP.—¿Se han pegado?
MAI.—Las judías están en su punto. ¿A que no sabéis quién viaja en *El Cosmopolita* y desea saludaros?
TOP.—¿Alguien que me conoce?
MAI.—Mucho. Perdone el señor, en confianza me ha contado intimidades; me ha dicho que le conoce desde que el señor no tenía qué comer.
TOP.—¡Ah! Entonces me conoce desde ayer.
MAI.—No; alégrese el señor, alégrese. Más... Más.
TOP. Ya estoy como unas castañuelas. Venga.
MAI.—¡El Rey del Betún!
TOP.—¿El betún? (El Rey del Betún íntimo del Rey del Petróleo... En cuanto me vea me deja a su altura.)
MAI.—Bueno, ¿y qué le digo?
TOP.—Dígale que no estoy en casa.
MAI.—Comprenda el señor que aguarda impaciente para verle. En cuanto supo que viajaba el señor en su compañía exclamó: ¡Al fin voy a poder estrechar a mi amigo querido!
TOP.—Sí; pues sí que me estrecha. (Me deja como un listón.)
MAI.—¿Está dispuesto el señor?
TOP.—Sí. Estoy dispuesto a recibir una paliza que me va a quitar el tipo.
R. BET.—(Dentro.) ¿Dónde está ese picaronaso? (Con acento americano.)
TOP.—¡Ay, el limpiabotas! Me saca lustre a estacazos. Sujétale que es muy bruto y toma carrerilla para los abrazos.
MAI.—Déjele señor; ya sé que son ustedes uña y carna.
TOP.—Más uña que carne.
R. BET.—(Dentro.) ¿Dónde está para estrujarle?
MAI.—De esta hermosa escena quedará memoria en el barco.
TOP.—Sí; ya verá usted qué escena, ni la del sofá. (Salen pasajeros.)
R. BET.—¿Dónde estás, querido Evans?
TOP.—(Escondiéndose.) Cállense ustedes; díganle que no estoy, verán que broma. (Se oculta tras las butacas o del palo del buque.)
R. BET.—(Saliendo.) Pero Evans... ¿no vienes a mis brazos? (Sale con los brazos abiertos. Este personaje es negro y viste de blanco.)
TOP.—(¡Qué negro se pone esto!)
R. BET.—Oiga, ¿dónde está mi amigo del alma el Rey del Petróleo?
MAI.—(A Betún.) Ahí está: es una broma que quieregastar.
R. BET.—Ven aquí, buena piesa. (Saca a Topete, éste se tapa la cara con el brazo como esquivando el golpe.) Basta de bromas, Evans; oyes, Evans... escucha, Evans. (Viéndole la cara.) ¿Quién es este tío?
TOP.—(¡Me la gané!)
MAI.—El Rey del Petróleo, señor.
R. BET.—¿Ese es el Rey del Petróleo?
TOP.—(Ahora viene el porrazo.)
R. BET.—Ese no es rey ni de las lamparillas.
TOP.—No hagan ustedes caso, el señor miente; está mochales.
PAS. 1.º—Dice verdad, este no es el Rey del Petróleo. Yo le conozco.
R. BET.—Usted es un impostor que usurpa el nombre de mi amigo.
TOP.—¡Mentira!
B. BET.—(Muy tranquilo.) Mire, niño, yo soy primer premio de boxeo en Caracas, gané la copa Lipton en la India y como rechiste le voy a dar un puñetazo que me va a valer el campeonato.

TOP.—Mire uste, eso ya es ponerse en razón. (Si le llevo la contraria me deja oxtraplano.)

MAI.—¡Oh, era un impostor!

ZIG.—¿Has visto, Armando?

ZAG.—¿Has visto, Orlando?

TOP.—(¡Estoy perdido!). Bueno, ustedes tendrán que hablar. (Intenta marcharse y le sujetan.)

MAI.—Aquí a responder de los cargos que se le hagan.

TOP.—(Señora Barba-Azul, te veo y no te veo.)

ZIG.—Ahí va la tarjeta, ¡falsificador!

ZAG.—¡Es un granuja, que lo castiguen!

BELLA.—Un castigo ejemplar.

PAS. 1.º—¡Severo!

CRI.—(Salen con el vermouth y disputan por servir a Topete.) Señor, el vermouth.

TOP.—(Coge una copa y bebe.) ¡Qué tragos más amargos!

MAI.—(Quitándole la copa.) No le déis nada; es un estafador.

CRI. 1.º—¿No es el Rey del Petróleo?

MAI.—¡Nos ha engañado! (Topete va a coger la copa al Criado 2.º y éste le rechaza y se bebe el vermouth. El mismo juego se repite con los otros al mismo tiempo que sigue el diálogo.)

R. BET.—¡Al agua con él!

TODOS.—Sí, sí, al agua.

TOP.—(Mi reinado no es de este mundo.)

CRI.—(Cogiéndole.) Al agua. Canalla, sinvergüenza, impostor.

TOP.—(Resistiéndose.) ¡No, no, por Dios! El baño no me sienta.

TODOS.—¡Al agua! ¡Al agua!

TOP.—(Resistiéndose como una fiera.) ¡No, que me va a hacer daño el chocolate! (Todos le empujan y se mueven con gran confusión.)

FOT.—(Sale y enfoca al grupo.) ¡Quietos! ¡Quietos un momento! (Todos quedan en las forzadas actitudes en que son sorprendidos.) ¡Al fin! ¡Qué hermoso retrato íntimo del Rey del Petróleo! (Telón rapidísimo.)

CUADRO TERCERO

Jardín en un país tropical. Sillas y mecedoras de mimbre. Es de día. Al levantarse el telón, aparece el coro de hombres y mujeres y Tom; luego Olegaria y Príncipe. Baile de los cocos.

TOM.—(Con Negro primero y Negritos está en el foro derecha mirando hacia el interior de dicho término.) ¡Vivan los novios!

CORO.—¡Vivaan!

TOM.—¡Viva la reina de la hermosura!

CORO.—¡Viva!

TOM.—¡Ya llegan lo bailarine de lo coco! (Comienza el baile saliendo primeramente uno sólo que baila marcando el ritmo con golpes que da con medios cocos que lleva atados en las manos sobre otros que lleva encima de cada rodilla y en el pecho, haciendo combinaciones y repiqueteos rítmicos. Después de la primera parte del motivo y cuando pasa a repetirse, salen otros cuatro (dos por cada lado) provistos de los mismos medios cocos y hacen igual que el primero—. El efecto de este baile depende del mayor número de bailarines.)

OLEG.—(Sale del brazo del Príncipe. Viste ridículo traje de novia; es fea y vieja. El Príncipe de levita; es también ridículo.) Gracias, gracias.

PRIN.—Basta, basta. No puedo más. (Tiembla y se muestra recelosísimo.) No me llega la camisa al cuerpo.

TOM.—¡Ahora a beber a la salud de los novios! (Vase el coro.)

OLEG.—Muy bien, lo habéis hecho mejor que la última vez.
PRIN.—¡Ay, Olegaria! ¡Ay, Olegaria de mi vida!
OLEG.—¿Qué te pasa? ¿Ya estás temblando?
PRIN.—No, es que tirito. Vete, Tom.
TOM.—A tus órdenes, chacal enfurecido. (Vase.)
PRIN.—Lee y tirita conmigo.
OLEG.—Yo no tiemblo por nada. (Lee una carta que le ha entregado el Príncipe.) «Amado Príncipe; Ven a ocupar tu trono o ponte en salvo. Tus partidarios se han alzado en armas; tu tío pidió auxilio a sus protectores los alemanes, y estos quieren cortar tu divina cabeza.»
PRIN.—¡Ay! (Se deja caer sobre el hombro de Olegaria.)
OLEG.—¿Qué te pasa?
PRIN.—Nada, es que se me va la cabeza.
OLEG.—«Han descubierto tu retiro y te persiguen. Por otra parte, Francia quiere elevarte al trono para luego ser protectora de tu estado.»
PRIN.—Ya has oído que hán descubierto mi retiro.
OLEG.—¡Claro, por mí, que he llegado a ser célebre! ¡Una mujer que enviuda seis veces en dos años!...
PRIN.—Era preciso, fué una idea luminosa que se me ocurrió.
OLEG.—¡Luminosa! Muy bien que fingiésemos que habías muerto cuando se sospechó que fueses el Príncipe de Postmayot; pero después fingir otras seis bodas y otras seis defunciones, no se le ocurre al que asó la manteca.
PRIN.—Todo lo hice por ti.
OLEG.—Has conseguido que me llamen la señora Barba-Azul.
TOM.—(Saliendo.) Señora, un caballero blanco que quiere entrar.
PRIN.—¿Un hombre? ¡Ay, estamos perdidos!
TOM.—Me dió esta tarjeta. (Se la da a Olegaria).
OLEG.—¿Una visita? (Leyendo.) «Simón Topete y Rentero, Tabernillas, 6, 3.°, letra A.»
PRIN.—¿Eh?
OLEG.—¡Ah!
PRIN.—¿Será un espía?
OLEG.—La fama de la señora Barba-Azul atravesó los mares.
PRIN.—Ese tío viene por mí.
OLEG.—¡Por mí!
PRIN.—Se quiere introducir en la isla con ese pretexto.
OLEG.—Bueno, Tom, échale.
PRIN.—¡No, no, eso no! Sería peor. Hay que emplear la astucia; aquí de mi talento. Ton, dí a los criados que me lloren y llorarme los dos. He muerto. El séptimo esposo de la señora Barba-Azul ha subido al cielo. (Vase.)
TOM.—(Aparece en el foro, queda un momento intrigado al ver llorar a los dos, avanza un poco y dice:) ¿Se puede? (Contestan con un gran sollozo.) ¡Rediez! La han cogida fosterriere. ¡Camará, vaya una perra! (Nuevos sollozos.) ¡Caray, es que le meten a uno el corazón un un puño! Penetraré, a ver si los consuelo. (Entra y llega hasta Olegaria que está sentada y llora, cubriéndose la cara con el pañuelo.) Señora... (Olegaria, sin descubrir la cara, lanza un gran sollozo.) (También ésta la ha cogido tamaño grande. ¿Qué le diría yo para consolarla? Por el bulto debe ser una mujer arrogante, tal vez bella, me lo dice el corazón.) Señora, por Dios. ¡Caramba, que me están ustedes poniendo el corazón como una pelotilla!
OLEG.—¿Qué deseas? (Se descubre.)
TOP.—(Me ha engañado el corazón, es un murciélage con rodete. Menos mal que tiene millones y una isla.)

OLEG.—Siéntate y habla.

TOP.—Mira, yo soy un hombre que de aquí (Bolsillo.) ni un cuarto, pero de aquí (Corazón.) una casa de vecindad. Te oí nombrar, conocí su historia y vengo desde España a capturar tu mano

OLEG.—¡Un viaje tan largo!

TOP.—¡Y de recreo! Lo empecé de rey y lo terminé de Roque.

OLEG.—(A Tom.) Retírate.

TOM.—¡Dios le haya perdonado! (Mutis.)

TOP.—Oye, aunque sea mal preguntar, ¿qué os ocurre que estáis tan tristes?

OLEG.—Hace media hora que soy viuda del séptimo.

TOP.—¿Cómo viuda? ¡Pero si en el barco me dijeron que te habías casado hace poco!

OLEG.—¡Esta mañana!

TOP.—¿Esta mañana? ¡Caray! Pues te duran menos que una palícula.

OLEG.—Ha muerto sin llegar a ser mío, y era dulce como el chumbo.

TOP.—Se conoce que los matas con el guiño.

OLEG.—¡Soy desgraciada!

TOP.—¡Yo te haré feliz!

OLEG.—¿Qué dices?

TOP.—No en vano vine desde Europa para verte, pera amarte; seré tuyo hasta la tumba.

OLEG.—¿Pero no ves que amarme es fallecer?

TOP.—A mí no hay quién me mate, me consta.

OLEG.—¡Morirás si te casas!

TOP.—¡Quiá! Estoy fuerte. Mira, yo no he tenido en mi vida más que dos enfermedades, un garrotillo de pequeño y un garrotazo de mayor.

OLEG.—Desiste, céfiro.

TOP.—De ningún modo, murmullo. De esta isla saldrá un cadáver: el tuyo o el mío; es un duelo a muerte.

OLEG.—(Está muerto por mis pedazos; le seguiré la corriente.) Tú lo quieres, sacrifícate.

TOP.—Gracias, clavel reventón. Ya hablaremos de la fecha... Oye, ¿y aquí cuando se da el golpe? (Comer.)

OLEG.—¿Tienes hambre?

TOP.—Desfallecimiento. Estoy con tres patatas suflés desde ayer.

OLEG.—¡Tom!

TOM.—(Saliendo.) ¿Qué quieres, apoteosis?

OLEG.—Que den a este caballero de almorzar lo que desee.

TOP.—Ese almuerzo ya es una prueba de cariño; y puesta a dar pruebas, ¿por qué no me das algo de ropa? Me vine con lo que estaba en casa.

OLEG.—También le darás la ropa que necesite.

TOM.—Bien, crepúsculo.

TOP.—(Amorosísimo.) ¡Serás mía!

OLEG.—¡Tuya o de nadie, caro esposo!

TOP.—¿Esposo? Oye, capullo, ¿cuánto te duro el que másí

OLEG.—El penúltimo. Se casó en estío y cayó con la hoja; era un roble.

TOP. — Yo te duraré eternamente; soy un alcornoque. (Sale con Tom.)

OLEG.—¡Ay, infeliz de la que nace hermosa! ¡Cállate, corazón, que tienes dueño!

PRIN.—¡Ay! ¡Ay! ¡Dios mío! ¡Lo he oído todo detrás de ese macizo!

OLEG.—Entonces, ¿por qué tiemblas, gallína?

PRIN.—Porque eso del amor es un pretexto. ¿No has notado que su andar es cauteloso, su hablar es quedo y su mirada es torva?

OLEG.—Que estorba ya lo había notado.

PRIN. — Pues hay que echarle a todo trance y nosotros tenemos que uír inmedialamente.

OLEG.—¿Ya quieres huir?

PRIN —He visto desembarcar unos soldados en la isla.

OLEG.—El miedo te hace ver visiones.

PRIN. — No; no es cierto. Vamos a recoger lo más preciso y a echar a se hombre para que no nos espíe. (Mutis. llevándose a Olegaria.)

TOP. — (Sale fumándose un veguero colosal y viste de levita.) Lo que aoe la ropa y la alimentación. He comido opíparo. Me he puesto esta levita y me falta el canto de un duro para el excelentísimo. La comida ha ido al estilo del país. La sopa a la americana, el pescado a la americana, l pollo a la americana y los fiambres a la levita, porque como a mí la ortuna me dura tan poco, no quiero que me coja la desgracia sin provisiones. Luego mi taza de café y este puro que hay que fumarle con cabalete. ¡Ay, señora Barba-Azul, si te sobreviera! (A Olegaria que sale.) Ven a mis brazos, adormidera.

OLEG.—(Con dignidad.) Apártate, que me pringas; soy pura.

TOP.—¿Qué dices, palmera?

OLEG. — Que te engañé; la leyenda de la señora Barba-Azul es falsa,

TOP.—¿Cómo?

OLEG.—Fué un engaño necesario.

TOP.—Voluble como todas; al fin mujer.

OLEG.—Vete y olvídame.

TOP. — ¿Cómo quieres que te olvide después de haber comido por tu cuenta? ¡Jamás!

OLEG.—Eres tierno. Reflexiona y ahueca.

TOP. —¡Nunca! ¿No ves que tú eres mi debilidad? Tengo hambre de tu amor y si me marcho me quedo a dieta.

OLEG. — Pues quédate en la isla; tuya es. Tiene minas de petróleo y grandes plantíos. Es mi indemnización, yo la abandono.

TOP.—¡Ay, gracias, gracias, musa de la alimentación! ¡Ay, yo propietario, dueño de una isla, sin tener que pagar al casero! Déjame que te estreche, que te venere, que te bese la mano. (Se arrodilla y le besa la mano repetidas veces con efusión.)

KRAFF.— (Sale por el foro con los oficiales. Traen revólvers en la mano y apuntan a Topete.) (La besa la mano; él es.) ¡Alto, monseñor! En nombre del Emperador, daos preso.

TOP. — ¡Ay! (Se levanta asustado y trata de huír.) Pero, ¿qué dice ese tío.

OLEG.—¡Ay, Dios mío! (Mi amado esposo está perdido,)

KRAFF.—No os asusteis, Princesa. (A Topete.) Vos, monseñor, direis si estais dispuesto a obedecerme.

TOP.—Hombre, viene usted con unos amigos que yo no les puedo negar nada.

KRAFF.—Si os moveis nos veremos obligados a disparar.

TOP.—(Muy asustado.) ¡Por Dios! Descuide usted, seré una estatua. (Queda en uua postura rídicula sin atreverse a mover ni un dedo.) Pero que no me apunten, que me veo en la lista de los acribillados.

KRAFF.—Fiamos en vuestra palabra, monseñor.

TOP.—(¡Menos mal!) (A Olegaria, aparte.) Oye, siempreviva, ¿quién es ese salvaje?

OLEG.—(Sí, eso es; así salvo al Príncipe.) ¡Ay, esposo de mi alma! (Abraza efusivamente a Topete.)

TOP.—¿Ahora salimos con esas? A buena hora, mangas verdes.

OLEG.—(Abrazándole nuevamente.) ¡Pichón de mi vida!

TOP.—(Rápido.) ¡Pichón no, que me van a tirar!

OLEG.—(Aparte a Topete.) ¡Calla, por Dios! Va en ello la vida de él. La indemnización será doble.

KRAFF.—El emperador de Alemania ha puesto precio a vuestra cabeza.

TOP.—¡Hombre! ¿Qué me cuenta usted? Y ¿qué precio le ha puesto?

KRAFF.—El de mi vida.

TOP.—¡Pues pierde dinero!

OLEG.—(Aparte a Topete.) Si pasas por el Príncipe y le salvas, te espera una gran fortuna; si te niegas, te fusilan.

TOP.—(Idem.) Es que yo me veo fusilado de todos modos.

OLEG.—(Voy a avisar al Príncipe.) (Al Coronel.) ¿Me permitís que vaya a preparar su equipaje?

KRAFF.—Desde luego.

OLEG.—Gracias. (A Topete.) Dentro de unos minutos estará todo arreglado. (Alto.) Animo, esposo mío. (Mutis.)

KRAFF.—Príncipe de Postmayot...

TOP.—¿Posma yo?... ¡Eso es demasiado!

KRAFF.—Monseñor, no olvideis que si intentais huir tengo que hacer fuego; va en ello mi vida.

TOP.—No, la mía. ¡Pero no haga usted barbaridades! Yo le explicaré...

OLEG.—(Sale y dice rápidamente a Topete.) No temas ya nada.

TOP.—Pero si dice...

OLEG.—Pronto ha de descubrirse que no eres el Príncipe.

TOP.—Eso es verdad, pero si antes...

OLEG.—(Alto.) Amado mío; aquí tienes un equipo completo. (Tom le entrega el maletín y vase.)

TOP.—Gracias. (Me he caído con todo el equipo.)

OLEG.—¿No me das un abrazo? (Topete se resiste.) En el maletín van cincuenta mil pesetas.

TOP.—(Súbitamente.) ¡Un abrazo no, cincuenta mil! (Le abraza efusivamente.)

OLEG.—No te emociones.

KRAFF.—Monsseñor, hemos de partir.

TOP.—¡Vamos! (Abraza a Olegaria.)

KRAFF.—El maletín lo llevará uno de mis oficiales.

TOP.—¡No; eso si que no! Yo iré al cadalso, pero con mi maletín.

KRAFF.—¡Qué entereza! Cuando gusteis. Si me permitís me cogeré de vuestro brazo.

TOP.—(A Olegaria, muy trágico.) ¡Si vuelvo, hasto ahora... Si no, hasta que nos veamos!

OLEG.—(En el mismo tono.) ¡Da recuerdos al tío!

TOP.—¡De tu parte! (Salen.)

OLEG.—(Al paño.) Ven ya, que se alejan.

PRIN.—(Sale cargado con maletas, paquetes, líos, etc., etc.) ¡Ay, estoy hecho un lío! Huyamos pronto.

OLEG.—Verás cómo te pesa.

PRIN.—No lo sabes muy bien. (Se le cae un lío.)

OLEG.—¡Cobarde! Perdemos la corona para siempre.

PRIN.—¡Con tal de que salvemos la pelleja!

TOM.—(Saliendo.) Valiente león, han desembarcado en la isla varios soldados franceses y algunos llegan aquí para que los mandes, rayo de la guerra.

PRIN.—¡Si que los voy a tener en el embarcadero!... (Se oye un tiro.)

OLEG.—¡Ay! ¡Ha sido en el embarcadero! ¡Pobre extranjero!

PRIN.—¡Encomendémosle a Dios!

TOP.—(Entra corriendo con el traje en desorden, muy asustado y pa-
pándose.) ¡Ay, socorro! ¡Socorro!... Que me han tirado y no sé dónde
ne han dado.

PRIN.—¿Eh?

OLEG.—¿Cómo?

TOP.—¡Ay! Mírenme, regístrenme, que yo no sé si me han dado aquí,
iquí o aquí. (Se tienta.)

OLEG.—(Que le reconoce.) Aquí.

PRIN.—¡A ver!

OLEG.—Un bulto.

TOP.—No asustarse; son los fiambres.

PRIN.—Está ileso.

TOP.—¡Ay, gracias, Dios mío! Está visto que no hay quien me mate.

OLEG.—¿De modo que hizo fuego sobre ti?

TOP.—Yo no sé lo que hizo. Viste que salimos de aquí que parecía que íbamos a dar una vuelta; monseñor por arriba, monseñor por abajo... pues de pronto me apea el tratamiento y ¡pum!... si no hago un extraño me deja como una calcomanía.

PRIN.—(Indignado.) ¡Traidor! ¡Quiso matarme!

TOP.—Quiso matarme a mí, si le es a usted igual.

PRIN.—Moralmente ha sido a mí a quien han tirado, caballero.

TOP.—Moralmente sí; pero si atina, el que está disecado a estas horas soy yo.

OLEG.—(Ruido y voces dentro.) ¿Qué ruido es ese?

TOP.—Otros soldados que me persiguen.

PRIN.—¡Los franceses!

TOP.—No sé si son franceses o chinos; el caso es que al verme empezaron a gritar: ¡viva el Príncipe de Postmayot!...

PRIN.—¡Huyamos pronto!

TOP.—Sí, huyamos.

PRIN.—No, tú quedas aquí en mi nombre.

TOP.—¡Por Dios, que en nombre de usted me van a dejar seco!

PRIN.—Toma la escritura de donación de la isla; tuya es.

OLEG.—Te la has ganado. (Salen Olegaria y el Príncipe.)

TOP.—¡Sí que me la he ganado por primo!

CAP.—(Dentro.) ¡Viva el Príncipe Postmayot!

VOCES.—(Dentro.) ¡Viva! (Salen todos y repiten los vivas.)

TOP.—¡Dios sabe para lo que querrán que viva!

CAP.—Monseñor, hemos llegado a tiempo de librar vuestra regia cabeza de las manos de los alemanes y nos pertenece.

TOP.—¿Para qué quieren ustedes mi cabeza?.

CAP.—Para ceñirle la corona del principado.

TOP.—Muchas gracias.

CAP.—Príncipe de Postmayot, creo llegado el momento de que dirijáis la palabra e estos nobles soldados que os han de ayudar a reconquistar la corona. Necesitan saber vuestra opinión.

TOP.—¡Hombre, a mí no se me ocurre nada!

CAP.—Algo que levante su ánimo. Soldados, coged en hombros al príncipe de Postmayot, que va a arengaros. (Los Soldadoa intentan cogerle.)

TOP.—No, por Dios.

CAP.—¡Arriba, señor!

TOP.—¡No, arriba, no! (Lo suben.)

CAP.—Necesitamos vuestra opinión.

TOP.—Pues mi opinión... (Tambaleándose.) mi opinión es que me voy a caer.

CAP.—¡Chist! El señor va a hablar, oigamos.

TOP.—Señores, yo hablaré, pero ponerme en el suelo, que me va a dar el vértigo y me voy a desnucar.

SOLDADOS.—¡No, no!

CAP.—Ya lo oís, monseñor; hablad.

TOP.—Señores, yo no soy digno de estar a esta altura... a esta altura que me habéis puesto. Y fijarse bien en lo que hacéis elevándome al trono, porque una caída... (Se escurre.) Una caida puede ser funesta... He dicho .. he dicho que me bajéis.

CAP.—¡Viva el príncipe de Postmayot!

SOLDADOS. | ¡Viva!

R. PET.—(Saliendo.) ¡Oh, el bandido! (Sacando la pistola.)

TOP.—(Viéndole.) (¡Te has caído Postmayot!)

CAP.—Ahora, bajadle, soldados.

TOP.—¡No, ahora, no! Subirme, que se me ha olvidado una cosa. Subirme. (Le suben.) Señores... nosotros... yo...

R. PET.—(Pausadamente se acerca al grupo y dice.) ¡Chist! Haga el favor de bajar.

TOP.—No puedo bajar ahora porque estoy muy ocupado.

R. PET.—Yo fletar barco para seguir a usted, estafador.

TOP.—(Queriendo disimular.) Señores... yo...

R. PET.—Vengo matar usted y no poder perder tiempo.

CAP.—(Al Rey.) ¿Quién es usted para amenazar al príncipe? Soldados.

R. PET.—¿Y quién ser el príncipe?

CAP.—El señor.

R. PET.—¿El señor? El señor ser un estafador que tomó nombre mio para viajar gratis.

CAP.—¿Oís esto? Contestad a esa calumnia.

TOP.—El señor tiene la palabra.

R. PET.—Ser un canalla que también engañar a ustedes.

CAP.—(A Topete.) ¿De modo que no sois el príncipe de Postmayot?

TOP.—Hombre, yo no he dicho que lo fuese.

CAP.—¡Hemos sido engañados! Soldados, corramos en busca del príncipe de Postmayot! (Los soldados tiran a Topete en el suelo y vanse corriendo tras el Capitán. El Rey del Petróleo saca la pistola y apartándose unos pasos se pone en guardia. Topete se levanta y se coloca tras él.)

R. PET.—Mi honor estar manchado. Yo perder apuesta si no le mato. Además, perdí por usted negocio ciento sesenta mil litros petróleo.

TOP.—¿Petróleo? ¿Ha dicho usted petróleo? (Se quedan frente a frente.) Baje usted la mano. Esta isla es mía; aqui está la escritura. (La muestra.) Poseo unos yacimientos de petróleo. Si usted quiere los explotamos a medias.

R. PET.—¡Oh, eso ser diferente! Honor ser honor y negocio ser negocio. Vamos a ver los yacimientos.

TOP.—(¡Y no haberme acordado yo antes del flaco de este tío!) ¡Si, míster, usted llegará a emperador del petróleo y yo seré príncipe heredero! (Telón.)

FIN DE LA OBRA

Imprenta Moderna.—Doctor Fourquet, 23.—Teléfono M. 14-53

De Jorge y José de la Cueva

Aquí hase farta un hombre (un acto).

De Muñoz Seca y Pérez Fernández

La nicotina (un acto).—Coba fina (un acto).—¡Por peteneras! (un acto)

De D. Tomás Luceño

¿Cuántas, cuántas, calentitas? (un acto) (1).—¡Viva el difunto! (un acto) (1).

De Muñoz Seca y Sebastián Alonso

El contrabando (un acto).—De balcón a balcón (un acto).

(1) Estudio crítico de D. Jacinto Octavio Picón.

De Linares Rivas

El señor Sócrates (un acto).

De Antonio Ramos Martín

La cocina (un acto).—La afición (un acto).—La gran familia (dos actos).—La real gana (un acto)

De otros autores

«El golfo de Guinea», por Paradas, Jiménez y S. Carrère.—«La tarasca del barrio», por J. Mesa Andrés.—«Los hombres que son hombres» y «El dinero y la vergüenza», por Julián Moyrón.—«El gitanillo», por M. Garrido.—«Los pelmazos», por L. Candela y E. Nieto.—«Don Juanito y su escudero», por Calonge y Reoyos.

COMEDIAS PUBLICADAS

De Linares Rivas

El abolengo (dos actos).—El ídolo (dos actos).—Aire de fuera (tres actos).

De Muñoz Seca

El roble de la Jarosa (tres actos).—Doña María Coronel (dos actos).

De Asenjo y Torres del Alamo

El brillo de los caireles (cuatro actos).—Las pecadoras (tres actos).

De Flers y Caillavet

Corazonadas (un acto).

De Alfredo Testoni

La aventura del coche (tres actos) (1).

(1) Traducción de Lepina y Tedeschi.

De Sabatino López

Una buena muchacha (tres actos) (1).

De Antonio Palomero

El amigo Teddy (tres actos).

De Pérez Galdós

Celia en los Infiernos (tres actos).

De Paúl Gavault

Mi tía Ramona (tres actos) (2).

De otros autores

«Lo que no muere» (dos actos), por Sebastián Alonso y Luis Manzano.—«El amor que huye» (un acto), por Julio Pardo.

(1) Traducción de Lepina y Tedeschi.
(2) Traducción de José Juan Cadenas.

ZARZUELAS PUBLICADAS

«El Tambor de Granaderos» (un acto), por Sánchez Pastor.—«El Cristo de la Vega» (tres actos), por Cantó y Soldevilla.—«El puñao de rosas» (un acto), por Arniches y Asensio Mas.—«La patria chicha» (un acto), por S. y J. Alvarez Quintero.—«Bohemios» (un acto), por Perrín y Palacios.—«Molinos de viento» (un acto), por L. Pascual Frutos.

Una interesantísima biblioteca se forma coleccionando los números de

La Novela Policiaca

Números publicados:

I. — La muñeca trágica.
II. — Los dos pilletes.
III. — El secreto de la biblioteca.
IV. — El suplicio de Max Vert.
V. — El guante rojo.
VI.—La marca infame o el hombre de las dos caras.

Próximos a publicars

Franz Hallers.

Fantomas.

Hugo de Montreux.

A continuación, todas las mejores y más sensacionales obras del teatro policíaco.

20 CTS. — NUMERO — 20 CTS.

El papel en que se imprime «La Novela Cómica» es fabricación especial de la Papelera Española